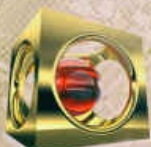


Cristin Ferro

BOY
???

**Los
de tíos
Almudena**

GIRL
???



Bookit



Cristin Ferro

BOY ??? GIRL ???

Los
de tíos
Almudena

Bookit

Los líos de Almudena

Cristin Ferro



1.ª edición: Agosto 2017

Copyright

© Cristin Ferro 2017

© Editorial LxL 2017

www.editoriallxl.com

dirección@lxleditorial.com

ISBN: 978-84-17160-06-7

No se permite la reproducción total

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación, u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art.270 y siguientes del

CODIGO PENAL).

Diríjase a CEDRO (Centro Español De Derechos Reprográficos) Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 917021970 / 932720447. Los personajes, eventos y sucesos que aparecen en esta obra son ficticios, cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Impreso en España – Printed in Spain

Diseño cubierta – Alexia Jorques

Maquetación – Rachel's Design

*A todas las mujeres, estén o no embarazadas, que luchan día a día por ser
ellas mismas.*

Agradecimientos

Esta novela no habría sido posible de no ser por el apoyo de mis locas, ellas siempre tienen una palabra de ánimo cuando la necesito y, precisamente ellas fueron las que me animaron a dar vida al jefe. En especial mi Eve, que ha sido parte inspiradora de esta alocada historia, junto a Vane y todas las embarazadas que me rodean últimamente (ya parece una plaga y empieza a preocuparme).

Decir que me he sentido apoyada por mi entorno, es quedarme corta porque realmente han ido más allá, persona que se ha ido enterando es persona que me ha animado a seguir adelante y eso se agradece, mucho.

No puedo olvidarme a mi marido (la otra vez se me enfadó y eso que, sí lo mencioné por lo que mejor lo dejo bien claro). Siempre me aguanta las neuras, que tengo unas cuantas, y siempre me anima a seguir. Él es mi fuerza, mi ambición y mis ganas.

A mi suegra y a Mari, que leen todo lo que escribo, aunque sea un desastre, solo puedo decirles gracias. A Xulia por ser una fuente inagotable de positividad. A Rocío que no deja de interrogarme sobre el jefe y me hace sonreír con sus locuras...

Podría tirarme así todo el día porque sois muchos los que me apoyáis y no quiero dejarme a nadie, pero ya paro que me enrolla más que una persiana.

Si tu nombre no está aquí no significa que no seas importante, solo que mi cabeza anda a mil cosas y se me coló, si me conoces sabes de sobra que soy un desastre.

De nuevo agradecer a Editorial LXL por la confianza al volver a contar conmigo, y por el buen rollo que tenemos en el grupo Bookit, sois las mejores chicas.

Índice

[Los líos de Almudena](#)
[Cristin Ferro](#)
[Agradecimientos](#)
[Índice](#)
[Prólogo](#)
[Al principio](#)
[Placer](#)
[Citas](#)
[Tiempo](#)
[San Valentín](#)
[Embarazada](#)
[Reconciliación](#)
[Trabajo](#)
[La boda](#)
[Regreso a casa](#)
[Confesiones](#)
[Discusiones](#)
[Ecografía](#)
[Atacada](#)
[Separación](#)
[La encerrona](#)
[Reencuentro](#)
[El artículo](#)
[Complicaciones](#)
[Mi peor pesadilla](#)
[El hospital](#)
[Pesadillas](#)
[Álvaro](#)
[Locuras por amor](#)
[Epílogo](#)
[Sobre la autora](#)

Prólogo

—¡¡Suéltame!! ¡¡Socorro!! ¡Que alguien me ayude!

—Cállate, zorra, o en vez de asustarte haré algo más.

Cierro la boca al instante. Su olor a sudor, alcohol y a saber a qué más, me produce arcadas, pero me esfuerzo por no decir nada.

«Por Dios, Álvaro, ¿dónde estás?».

—Escúchame bien. El jefe dice que dejéis de investigar o acabaréis mal. Díselo a tu compañero. Si no hacéis caso a las notas, las amenazas irán empeorando y esto es solo un adelanto de lo que puede pasar.

Me da una bofetada que hace que una gota de sangre se deslice desde mi labio inferior. Automáticamente, me rodeo la cintura con los brazos más fuerte. Lo más importante es defender a mi bebé. A él no puede pasarle nada. Me encojo y, ese fulano, me agarra del pelo obligándome a mirarlo. Me estremezco y él sonrío.

—Haces bien en tenerme miedo. Ahora ve a decirle a ese periodista que, o deja de meter las narices donde no debe, o a la próxima no saldrás tan bien parada.

Asustada, asiento y me dejo caer al suelo cuando él se aleja. No sé el tiempo que paso ahí tirada, las manos de alguien me levantan y busco al dueño con la mirada. Al reconocer sus ojos azules, me lanzo a sus brazos y rompo a llorar.

Al entrar en el piso va corriendo al baño y no tarda mucho en regresar. Me guía hasta allí y empieza a quitarme la ropa, o lo que queda de ella. Su mirada se desvía hacia mi cara y varias veces lo veo apretar los dientes. Le está costando controlarse y es totalmente comprensible. Ya desnuda, me ayuda a meterme en la bañera, que está mediada, y se arrodilla en el suelo a mi lado. Echa jabón en la esponja y, despacio, la desliza por mi cuerpo,

lavando los restos del olor de ese tipo, la suciedad del callejón y la que yo siento que me cubre y nadie puede ver. Me estremezco y él me mira serio. Mudo, termina de bañarme, me envuelve en una toalla y, tras sentarme en el retrete, de cuclillas frente a mí, empieza a curar mi labio, que ha vuelto a sangrar. Me duele, pero no voy a quejarme. Esta vez las amenazas han ido más allá. Estoy asustada, pero no me voy a dejar amedrentar.

—Ya está.

Se levanta y a mí con él. Despacio, me lleva hasta la cama, donde me acuesta. Pausadamente, se sienta a mi lado y me rodea con su brazo. Me recuesto en su cuerpo y escondo mi cara en su pecho.

—Ahora vas a decirme qué ha pasado.

—Álvaro...

—Sin excusas, Almudena.

—Él... Ellos... Me han dicho que avise a Jorge de que deje la investigación o la próxima vez será peor. Pero no es cierto... —Su mirada me calla.

—¿No es cierto?

Se levanta de la cama y me mira furioso. Empieza a pasear de un lado al otro del dormitorio sin dejar de mirarme.

—Dices que no es cierto. Explícame entonces cómo has pasado de recibir amenazas en el trabajo a recibirlas en casa. Y de eso... a esto. —Ofuscado, señala mi cara y yo me encojo.

—Álvaro, no te enfades. Hay que hablar con la policía...

—¡¡Que le den a la policía!! En un mes no han hecho una mierda. Si te vuelven a atacar y la cosa se les va de las manos, podrías morir. ¿No lo entiendes, verdad? ¡¡Estás arriesgando la vida de mi hijo!!

—¿Tu hijo? Eso es todo lo que te preocupa, ¿no?

—No, me preocupáis los dos. Esto se está volviendo muy peligroso, nena. Quiero que te alejes. Que lo dejes.

Rápidamente me levanto de la cama y lo fulmino con la mirada. Furibunda, niego y camino hacia él. En este momento la rabia regresa y la dejo salir, no es el culpable, pero sí va a ser quien pague.

—Ni lo sueñes. Es mi trabajo y no lo voy a dejar. ¡Ni por ti ni por nadie!

—¡¡No es por mí, maldita cabezota!! Es por ti, por nosotros y, sobre todo..., por nuestro hijo. ¿Es que estás buscando que le pase algo? ¿Es eso? Porque lo parece... Estás arriesgando tu vida y la suya de una forma muy egoísta.

—¿Yo soy egoísta? ¡¡Te has vuelto totalmente loco!! Escúchame bien, ¡no voy a dejarlo! Es mi trabajo, ¡mi sueño! Si no puedes con eso, será mejor que me vaya.

—¡¡Pues lárgate!! No pienso ir detrás. Pero si le pasa algo a mi hijo por tu insensatez, me vas a conocer, Almudena.

—¡¡No me amenaces, maldito controlador!!

—Mis amenazas sí te molestan, pero las de los que de verdad quieren hacerte daño, no. Me largo..., haz lo que quieras, pero, ojo, nunca doy segundas oportunidades. ¡A nadie! Si te vas, atente a las consecuencias.

Su mirada me hiela por dentro. Sé que no está bromeando, pero no puedo quedarme. Si lo hago tengo que ceder a sus demandas y no quiero hacerlo. No puedo permitir de nuevo que me digan qué hacer. Con mis padres he tenido más que suficiente.

—¡¡Deja de decirme lo que tengo que hacer!!

—Adiós, Almudena.

—Adiós, Álvaro.

Lo veo salir y me derrumbo, caigo de rodillas al lado de la cama y ahogo un sollozo. Acabo de perder al hombre de mi vida, y duele como nada ha dolido jamás. Me paso la mano por el vientre y suspiro. ¿Estaré haciendo lo correcto?

Al principio

Pues aquí estoy, la alocada e irreverente Almudena Cid toma por fin las riendas de su vida. Bueno, quizá ese «por fin» no esté bien, pero, tras dejar a Álvaro y decidir por mí durante unos meses, ha llegado el momento de recuperar mi vida. No soy una mujer fácil, ni mucho menos dócil. El hecho de que él sea un mandón irreprimitible, no hace que yo sea menos autosuficiente. Y eso es algo que parece no comprender.

Estoy embarazada de cinco meses, me siento feliz por ello y estoy deseando que mi niño llegue a este mundo para poder contar los deditos de sus manos y pies. Puede parecer una tontería, pero es algo que deseo hacer. Eso y mil cosas más que tenía intención de compartir con él, y ya no podrá ser. Todo por culpa de ese orgullo masculino de macho alfa que no puede dejar a un lado.

Pongámonos en situación...

Meses atrás...

Vicky ha quedado por fin con su desconocido, que ya no lo es tanto. Alex aparece en la cita con Álvaro y, como ella no quiere que se meta en sus cosas, nos lo endilga a Alba y a mí. Lo cierto es que es un hombre que llama la atención a donde va, y no solo por lo bueno que está. Tiene un aura de alfa que hace que quieras obedecerle, aun en contra de tus propios deseos. La noche empieza tranquila en la coctelería donde hemos quedado. Charlamos y, aunque su mirada me hace removerme inquieta, me mantengo firme. O lo intento...

Cuando vamos a esa discoteca y nos llevan a la zona vip por ir con él, me asombro, no imaginaba que fuese alguien tan importante.

Para dar intimidad a Alex y a Vicky, lo sujeto de la mano y lo arrastro a la pista, tampoco es que haga el intento de resistirse... Alba nos acompaña, pero a ella parece darle miedo o simplemente no quiere acercarse más, no lo tengo muy claro. Empezamos bailando los tres y acabamos los dos solos, muy pegados, moviendo nuestras caderas de forma que parece que hacemos de todo menos bailar. La lujuria se apodera de mí, y la dejo fluir. Me pongo de espaldas a él y me pego bien a su cuerpo sin dejar de moverme sensualmente, obvio. La mano de Álvaro rodea mi cintura y me pega del todo a su cuerpo firme, nuestros movimientos se acompasan y la dureza de su

miembro en mi culo me dice todo lo que necesito saber. Le sonrío sobre mi hombro y lo dejo solo en mitad de la pista.

Él va en busca de Alex y, como si nada pasara, yo a por mis amigas. Nos pasamos horas bailando, provocando a cuanto hombre quiera mirar, pero yo solo busco una mirada, la de Álvaro.

Por fin Alex y Vicky se van y yo me siento libre para atacar. Dejando alucinada a Alba, camino decidida hacia él, me detengo a un metro y le recorro con la mirada. No es necesario que diga más, agarra mi mano con firmeza y tira de mí. Acabo chocando contra su duro pecho e inmovilizada sin darme apenas cuenta. Sonrío y él arquea las dos cejas, me alzo de puntillas y le hablo al oído, alternando palabras con pequeños mordiscos en el lóbulo de su oreja.

—Yo sé lo que quiero —me separo un poco y soplo sobre su humedecida oreja—, ¿qué quieres tú?

No dejo que responda, me libero de su agarre y camino sensualmente hacia la salida. A los pocos segundos, noto su presencia detrás de mí y sonrío. Esta noche he pescado un pez de los gordos.

En la salida de la discoteca, paramos un taxi que nos lleva directos a un hotel, no hablo en todo el camino, me limito a mirarle y pasarme la lengua por el labio cada vez que lo pillo observándome. Al bajar del taxi le escribo un mensaje a Alba disculpándome por dejarla tirada, estaba con Fran y no sola, pero viviendo juntas, no me siento bien al marcharme sin avisar. Entramos en el hotel, silencioso a estas horas de la madrugada, y vamos directos a solicitar una habitación. Hay algo raro en cómo la recepcionista habla con Álvaro, pero no hago mucho caso y me entretengo mirando a mi alrededor. Todo es lujo y decadencia. Hay un cuadro en una pared que me deja un poco intranquila, quizá sea mi mente calenturienta, pero parece una pareja en pleno acto. Me acerco sin darme cuenta, aunque la mano de Álvaro me detiene, niega y me quedo a su lado de mala gana.

Ya con la llave nos vamos al ascensor y ahí, en vez de subir, como era de esperar, bajamos, cosa que me desconcierta. ¿A dónde me lleva este hombre? Intranquila, cambio el peso de mi cuerpo de un pie a otro continuamente. A saber con qué me va a salir... Una conversación con Vicky se abre paso en mi mente y me estremezco. Ella me dijo un día que a su jefe le iba eso del BDSM¹. «Espero que no tenga intención de dominarme...». Mis

pensamientos se ven interrumpidos por el ruido de las puertas al abrirse. Alzo la mirada y me quedo inmóvil.

—¿Qué es esto? —Me acerco a él para hablarle al oído y que me escuche, aunque con la música atronando, lo dudo—. ¿Dónde estamos?

Él no habla, solo me mira y coloca su mano firme en mi espalda. Me guía entre la gente hasta la barra y hace una señal al camarero, que viene veloz y lo trata como a su mejor cliente. Algo me dice que me he metido en la boca del lobo...

Pide por los dos y ni me consulta, eso me crispa los nervios, pero decido callarme, no vaya a pensarlo mejor y dejarme con las ganas. Para no montarle una escena delante del camarero, miro lo que nos rodea y mi boca se va abriendo cada vez más. ¡¡Madre del amor hermoso!! ¿Dónde me ha traído este insensato? A simple vista parece un club normal, pero si te fijas, ves cosas que no debería ver nadie. Parejas, tríos... No están haciendo nada raro, pero hay algo en sus movimientos que te deja claro lo que va a pasar en cuanto abandonen este lugar. Mis ojos se abren del todo al ver a una pareja escondida de los ojos curiosos, como los míos, apoyada en la pared, haciendo movimientos característicos de un buen empotramiento.

«¡¡Maldita sea!! ¿Dónde estamos?» Una mano grande y de dedos firmes cierra mi boca, sacándome de mis tortuosos pensamientos. Le miro a los ojos y parece divertido. Cojo aire y, cuando voy a hablar, me lo impide colocando un dedo sobre mis labios.

—No juzgues, solo disfruta.

Asiento, no muy convencida, y atrapo la copa que el camarero ha dejado delante de mí. De un trago me la bebo y, sorprendida, miro a Álvaro. Él está concentrado en mí, en mis movimientos y en mis sensaciones. Sin esperar a que le diga nada, se acerca a mi oído.

—Soy muy observador.

—Ya lo veo...

Mi mente va a mil por hora, entre el lugar en el que estamos y el hombre que me acompaña, se debaten mis neuronas. Al final gana él. Al deslizar su mano por mi mejilla suavemente, me sorprende y le miro, sonrío... Espera, ¿qué?, ¿sonrío? Él nunca sonrío a no ser que... No me da tiempo de acabar mis pensamientos cuando su mano se enreda en mi melena y tira de ella con

fuerza, haciendo que alce la cabeza. Achico los ojos, enfadada por esa demostración de hombre de las cavernas, y su mirada parece relucir. Vuelve a sonreír, se bebe su copa y suelta mi pelo. Como si fuera mi dueño, agarra mi mano y me guía entre la gente, de vuelta al ascensor. Esta vez sí subimos.

El ascensor se detiene en la octava planta, y tira de mi mano. Camina hasta la puerta que abre con la tarjeta y, tras entrar los dos, cierra silenciosamente. Tanto silencio me pone nerviosa, pero no parece dispuesto a romperlo. Me lleva hasta la cama y me empuja, le fulmino con la mirada a la vez que apoyo el peso de mi cuerpo en los brazos y elevo mi torso. Me mira y vuelve a sonreír. ¿Por qué sonrío? Según Vicky, solo sonrío cuando trama algo... Mis ojos se centran en él y en sus movimientos, se quita la chaqueta y la apoya en una silla, se desabrocha los primeros botones de su camisa y me mira. ¡¡Ay, Dios, qué calor me está entrando!! Se detiene y niega, ¿por qué niega? Se aleja de mí y mi mirada va hasta sus firmes nalgas, este hombre se cuida y se conserva muy bien. Me relamo pensando en dar un mordisco a una de esas tentadoras nalgas, justo en ese momento, alzo la mirada y le descubro observándome a través del espejo. Me ha visto comérmelo con los ojos y parece que le ha gustado. Sin apartar su mirada de la mía, se desabrocha los botones restantes de la camisa, dejando a la vista un pecho trabajado, con sus músculos definidos y una línea de vello rubio que baja hasta sus pantalones. Sin pensar en lo que hago, me incorporo, sentada lo miro y, cuando voy a levantarme, niega. Me congelo y espero a que haga algo, pero solo me mira. Vuelvo a hacer amago de levantarme y su mirada se oscurece a la vez que niega de nuevo. Un movimiento de cabeza que hace que se me erice la piel.

¿Qué me hace este hombre?

—Desnúdate.

Abro mucho los ojos y me pongo de pie. Acaba de darme una orden, cosa que odio, pero que me ha puesto a mil. Voy a abrir mi boca para replicar, pero sus ojos me dicen que mejor me calle. Ante su atenta mirada, me bajo la cremallera del vestido, estoy deseando ver la cara de tonto que se le va a quedar cuando sepa lo que viene debajo. Lentamente lo dejo caer y fijo mi mirada en su rostro. La tela resbala por mis curvas, dejando a la vista mi sujetador, uno sin tirantes, pues el vestido es palabra de honor. Sus ojos relucen, haciendo que el azul se intensifique, y yo sonrío. Mucha gente cree que porque estoy rellenita no me cuido. Craso error. Yo salgo a correr con Alba algunos días y practico ejercicios para mantener el cuerpo como a mí

me gusta. Usar una talla cuarenta y dos no significa estar gorda. Aunque muchos sí lo crean.

Muevo mis caderas para que el vestido siga deslizándose por mis muslos y deje a la vista mis minibragas. Álvaro hace amago de acercarse, pero se contiene, aprieta los puños y yo ahogo una risa. Siempre es lo mismo... Soy una mujer sensual, con curvas, y me encanta serlo, pero, sobre todo, me gusta la reacción de los hombres al verme desnuda. Y la de Álvaro está siendo increíble. Sus pantalones dejan divisar cuánto le gusta lo que ve, marcando una incipiente erección. Me doy la vuelta y pierdo de vista su cuerpo, pero sé que valdrá la pena. Acabo de bajarme el vestido y mis medias quedan a la vista. Toda mi ropa interior es negra, del mismo color que mi vestido, y con encaje, que la hacen aun más sensual. Soy consciente de que no me ve sonreír cuando apoyo la pierna en la cama y empiezo a deslizar la media por mi muslo. Lentamente repito la operación con mi otra pierna y escucho cómo él ahoga un gemido cuando me agacho para sacarla de mi pie. Sin girarme, echo las manos atrás y alcanzo el cierre de mi sujetador, me paso la lengua por el labio inferior a la vez que le miro sobre mi hombro, dejando caer ese trozo de tela lleno de encaje al suelo. Su impaciencia me revitaliza y me da fuerzas para acabar lo que he empezado. Si pensaba que iba a dejar que me mangoneara, es que nunca ha estado con una mujer de verdad. Coloco mis pulgares en la cadera y los voy bajando muy lentamente hasta que se deslizan dentro de mi ropa interior, despacio descienden y arrastran la tela, dejándome completamente desnuda. Me giro lentamente y su mirada hambrienta me reconforta, no me he equivocado al provocarlo.

—Acércate.

Contoneando mis caderas descaradamente, me acerco a él. Me detengo cuando casi nos tocamos y espero. Seguro que me va a ordenar algo más y estoy deseando saber qué va a ser. Para mi placer, no ordena nada, solo actúa. Coloca su cálida mano en mi cadera y desciende hasta mi nalga sin dejar de moverla. Yo, tonta de mí, sonrío, y esa sonrisa se desvanece de golpe. Un azote en mi culo me hace dar un respingo y fruncir el ceño.

—Si te digo que te desnudes, lo haces y rápido —otro azote, y yo lo fulmino con la mirada—, nunca intentes acelerar las cosas —otro azote más y, para mi eterno bochorno, empiezan a gustarme—, porque harás que vayan mucho más despacio.

Culmina sus palabras con otro azote y yo me muerdo el labio para no gemir. Ni de broma se va a enterar de lo que sus endiabladas manos acaban de conseguir. No me muevo, aunque deseo apretar las piernas y devolverle, como mínimo, uno de los golpes. Me quedo estática a la espera de que siga. Por ahora no me ha defraudado. Su mano vuelve a subir hasta mi cadera y se desliza hacia mi ombligo. Hace círculos a su alrededor y me provoca un cosquilleo muy revelador. Este hombre tiene las manos mágicas.

Coloca las dos manos en mi cadera y gira mi cuerpo, dejando mi espalda pegada a su pecho. Hago hasta lo imposible por no demostrar cómo me está gustando su rudeza, no debería gustarme. Como si fuese consciente de mis intenciones, baja una mano hacia mi pubis y juguetea con un dedo por mi ingle. Tanteando la zona pero sin ir más allá. De un tirón retira su mano y se separa de mí. Confusa le sigo con la mirada, se detiene al lado de la cama y me mira.

—Acércate.

¡Ya estamos otra vez con las órdenes! De mala gana camino hasta él, eso sí, sin dejar de menear las caderas para provocarlo. Ni de broma me dejo amilanar por este hombre. Él niega y yo sonrío. Me paro a su lado y me paso la lengua por mi labio superior. Si quiere guerra, se la voy a dar.

—Tumbate boca arriba —me mira serio—, y que sea rápido.

Me muerdo la lengua para no reír y me tumbo como ha ordenado. Agarra mi muñeca y la eleva hasta la cabecera de la cama, allí la ata con algo. ¿De dónde ha sacado la tela para atarme? Miro mi mano y la ira fluye por mi cuerpo.

—Eso son mis medias, maldito neandertal. Son caras y no quiero que me las rompas.

—Te compraré otras.

—No quiero otras, quiero esas, ¡¡para ahora mismo!!

Se detiene a medio atar, se queda con la seda en las manos y me mira serio. Yo no me retracto y continúo desafiándolo con la mirada. Durante largos segundos, nos retamos el uno al otro, ninguno cede, ninguno quiere ser quien dé el brazo a torcer. De pronto, noto que aprieta la mandíbula y susurra muy serio:

—Si me detengo, te llevaré a tu casa y esto nunca se repetirá. ¿Es eso lo

que quieres?

1

BDSM es un término creado para abarcar un grupo de prácticas y fantasías eróticas. Se trata de una sigla que combina las siglas resultantes de Bondage y Disciplina; Dominación y Sumisión; Sadismo y Masoquismo

Placer

Me quedo muda, ¿en serio pretende dejarme a medias? Resoplo indignada y aparto la mirada.

—Me debes unas medias.

Continúa atando mi mano. Al acabar, se desplaza al otro lado de la cama y con la otra media ata mi otra mano. Doy un tirón y confirmo que la seda no es mala como atadura. Él camina despacio y se detiene a los pies de la cama, se agacha delante de mí y sujeta mi tobillo. Yo agrando los ojos al intuir lo que va a hacer. No puede inmovilizarme del todo, ¿o sí? Mis pensamientos se detienen al ver que rodea mi tobillo con un trozo de tela negra, lo ata firme y va a por el otro. ¿De dónde ha sacado esa tela? Más le vale que no sea mi ropa interior... Vuelvo a centrarme en él, en cómo sus manos estiran la tela para abarcar mi otro tobillo. Me dan ganas de retirarlo para que no lo sujete, pero no serviría de nada, con un solo pie poco podría hacer. Me ata y se levanta. Camina hasta el centro de la cama y apoya una rodilla en ella. Desde donde estoy, lo veo justo en medio de mis piernas. Me invade una vergüenza repentina al darme cuenta de la perspectiva que él tiene desde su posición. Doy un tirón a mis ataduras y parece reaccionar.

Retrocede y, ante mi atenta mirada, se desnuda. Al ver caer la camisa mi boca se hace agua, nunca hubiera imaginado que, tras esa pinta de hombre de negocios serio y responsable, habría semejante obra de arte. Mi mirada se desliza por sus brazos totalmente tatuados. El derecho tiene, volando desde su hombro, un águila, un tigre en el codo y un búho en el antebrazo, todo rodeado de tribales. En el izquierdo es aún más espectacular, una golondrina sale de su hombro hacia los diamantes de sus bíceps, que rodean una bola de billar con el número ocho. Descendiendo, encuentro una tela de araña en su codo, una rosa en su antebrazo, y unas letras que no logro identificar, cierran en la muñeca. Su pecho está libre de tinta, toda está en sus espectaculares brazos. Me relamo al darme cuenta de que ya se ha quitado los pantalones mientras yo seguía mirando sus brazos.

Lleva unos bóxers blancos de Calvin Klein que marcan su cuerpo de la forma más escandalosamente *sexy* que hay. Noto cómo mi temperatura

corporal sube, y vuelvo a tirar de las ligaduras. Me gustaría poder pasar mis manos por ese cuerpo y dibujar las líneas de tinta oscura de sus brazos. Resignada a solo poder mirar, me concentro en lo que hace. Se sube a la cama de rodillas entre mis piernas y me mira mientras asciende sus curiosas manos por mis muslos hacia mi centro.

—¿Estás preparada para mí?

Esa arrogancia que destilan sus palabras, lejos de desagradarme como debería, me hace desearlo más. Me muerdo el labio para no gemir cuando sus dedos pasan por mi sexo. Su sonrisa ladina me lo dice todo, está encantado. Como si nada, se vuelve a levantar y se aleja. Yo lo miro conmovida. «¿A dónde demonios va este hombre ahora?».

Desaparece de mi vista y me remuevo inquieta. «¿No será capaz de irse y dejarme así? No, claro que no... Su ropa está en el suelo delante de mí, no se iría sin ella». El sonido de pasos que se acercan me saca de mis locos pensamientos. Lo busco y me quedo alucinada al verlo, está desnudo. ¡Desnudo!

Mis lascivos ojos le recorren y él parece disfrutar con eso. Se acerca y deja caer algo sobre mi pecho. Me encojo al sentir el frío del hielo y lo fulmino con la mirada. Sonríe y lo sujeta con los dedos para deslizarlo por un pecho haciendo círculos, y repetir los movimientos en el otro. El frío hace que mis pezones se contraigan y se pongan duros. Ante mi atenta mirada, él se inclina y mete uno de ellos en la boca, lo muerde y se separa. El hielo reemplaza a su boca y me estremezco. Durante lo que parecen horas, se dedica a torturarme con su boca y con varios cubitos de hielo.

Mis muñecas empiezan a resentirse de los tirones que doy cada dos por tres a las ataduras, me duelen y empiezan a enrojecerse, pero nada parece importar al señor Cromañón. Él continúa con toda esa calma, calentando mi cuerpo y dejándome siempre insatisfecha. Si de mí dependiese, esta noche se iría a casa con un dolor de huevos más que merecido, por hacerme rabiar.

Como si adivinara mis pensamientos, se pone de pie, baja hasta el final de la cama y empieza a masturbarse delante de mí.

—¿Se puede saber qué estás haciendo?

—Nena, si no lo sabes... tenemos un problema.

Gruño de pura frustración y él continúa dándose placer. Cuando ya lo

doy por perdido, se sube a la cama y, con una rodilla a cada lado de mi cabeza, ordena:

—Abre la boca.

¿¡Qué!? Este se ha vuelto loco, no hay duda al respecto, loco de remate. Me tiene atada a la cama, caliente como nunca antes en mi vida, y pretende que yo... Niego sin decir nada, estoy segura de que aprovecharía el movimiento de mis labios para metérmela en la boca. Su gesto se torna más serio y yo alzo una ceja. ¡Esto es la guerra!

—No me hagas repetirlo, Almudena, abre la puta boca. ¡Ya!

Niego y, sin ser consciente, me relamo. Su mirada no pierde detalle y vuelve a mover su mano arriba y abajo. No será capaz... ¿verdad? Ningún hombre se masturba teniendo opción de... La cara de placer de Álvaro me asusta, está cerca de acabar y ni de broma va a hacerlo en su mano. Me incorporo rápida y doy un lametón a su glande. Al no esperárselo, he provocado justo lo que quería, que su control se rompa y empiece a actuar de una buena vez. Su mano se enreda en mi pelo y tira con fuerza haciéndome abrir la boca, por pura inercia, para quejarme, momento que él aprovecha para meter su duro miembro en ella. Satisfecha por haber quebrado su control, hago círculos con la lengua en su sensible carne y lo escucho gemir. Descontrolado, empieza a mover las caderas sin soltar mi pelo. Mi yo travieso sale de juerga y aprovecho una de sus acometidas para morder su miembro con suavidad, no quiero lesionarlo. Esto se trata de placer y, aunque solo lo tiene él, al menos ya no estamos jugando.

Noto que su mandíbula se aprieta ante mi audaz movimiento y un cálido líquido desciende por mi garganta. ¡¡Acabo de arrebatarse el control al señor Cuesta!! Aunque ahora me sienta más insatisfecha que nunca... Espero que decida hacer de una vez lo que se supone que veníamos a hacer a este hotel. Se retira despacio de mi boca y saca su mano de mi enredado cabello. Me mira incrédulo y yo me relamo. —Me has mordido...

—Ahora resultará que no te ha gustado.

—Nunca nadie me había... —Su mirada desconcertada me sorprende.

—¿Vas a soltarme de una vez?

—No.

—¿No? ¿Cómo que no?

Todo rastro de duda o desconcierto ha desaparecido. Resoplo y me remuevo, intento cerrar mis piernas, pero es imposible por las ataduras. ¡Necesito alivio y lo necesito ya! Su atenta mirada está centrada en mí, su miembro sigue duro y eso me complace, a ver si ahora cumple con su parte. Se da la vuelta y camina hasta desaparecer de nuevo. Pero ¿qué le pasa a este hombre? Resoplo e intento cerrar mis piernas inútilmente. Los pasos de Álvaro se acercan y doy gracias a Dios al ver lo que trae. ¡¡Por fin!!

Se pasa la mano un par de veces por el pelo y me mira, parece aturdido todavía, y me alegro. Sin mediar palabra rasga el paquete con los dientes y se coloca el preservativo. Se sube a la cama y se sitúa entre mis piernas. Yo no me atrevo ni a respirar, no vaya a cambiar de opinión... Se pega a mi cuerpo y desliza su miembro por mi sexo, me estremezco, si hace eso otra vez se llevará el susto de su vida. Mi orgasmo está a punto de hacer acto de presencia. Estoy deseando que vuelva a acariciarme cuando noto cómo se adentra en mi cuerpo. Una sola embestida, certera y profunda, une nuestros cuerpos. El placer estalla en mi interior y, a partir de ese momento, todo son gemidos y suspiros.

No sé el tiempo que ha pasado, ni en qué momento desató mis manos. Es de día y la luz entra por las ventanas de la habitación. Me estiro en la cama y encuentro un cuerpo firme y cálido a mi lado. Abro un ojo y me sorprendo al ver un par de ojos azules que me observan. Sonrío y vuelvo a cerrarlos.

—Buenos días. Levántate, voy a pedir el desayuno.

—Buenos días, amo. Sí, amo.

Lo digo con ironía y, para mi desconcierto, lo escucho soltar una carcajada. De mala gana me bajo de la cama y busco mi ropa. Me apresuro a vestirme, sin las medias, pues están destrozadas, y voy tras Álvaro. Lo encuentro en la sala adyacente al dormitorio, ahí es donde desaparecía la noche anterior. Me mira de arriba abajo y asiente. Me señala la silla frente a él y me siento.

—¿Estás bien?

Su pregunta me ha desconcertado, le miro y, sacando ese arte para fingir que he perfeccionado con los años de convivencia en casa de mis padres, le respondo tranquila:

—Sí, claro, ¿por qué no habría de estarlo?

—Deja de dar la vuelta a todo lo que te digo.

Aprieta los dientes para no decir a saber qué, cuando voy a hablar, unos golpes en la puerta me sobresaltan. Álvaro se pone de pie y abre al empleado del hotel. Le da una propina y lo despide raudamente. Deja la bandeja sobre la mesa y se sienta de nuevo. Comemos en silencio y empiezo a sentirme incómoda. Suspiro y le miro.

—Y tú... ¿estás bien?

—Por supuesto... —Me mira desconcertado—. ¿Por qué lo preguntas?

—Bueno, ayer parecías algo alterado. Siempre he pensado que eras un hombre frío y verte perder el control de esa forma me ha... sorprendido.

Sonrío como el gato que se ha comido al canario. Le he dejado pensativo y eso me encanta.

—¿Qué sabes tú de mi control o falta de él?

Parece curioso y yo vuelvo a sonreír. Vicky se va a enfadar por esto, pero valdrá la pena el enfado de mi amiga solo por verle la cara a este hombre. Sonrío con malicia, me recuesto en la silla y me explico sin dejar de mirarle:

—Un día, Vicky fue a la oficina antes de hora. Temprano. Muy temprano... —Sus ojos indican que no entiende lo que le quiero decir—. Ella te vio, estabas con una mujer en tu despacho... —Me callo a la espera de que entienda, y sus ojos brillan por un segundo—. Dijo que tú la dominabas, que la azotabas y que nada de lo que ella hacía o decía lograba desconcertarte.

Los recuerdos de esa conversación regresan al completo y no puedo evitar echarme a reír. Ese día, la pobre Vicky estaba alterada y no hacía más que bracear y resoplar mientras nos explicaba cómo él trataba a aquella mujer.

—¿Te parece gracioso?

—¿Qué? No, no es por ti. Ese día, Vicky estaba como loca, decía que no entendía que a las mujeres le gustara eso —le guiño un ojo y sigo desayunando como si nada—, la pobre tuvo que hacer un gran esfuerzo para volver a mirarte a la cara.

Se me queda mirando confundido. De repente parece caer en algo y sonrío ladino. A saber qué se le ha pasado por la cabeza ahora.

—¿Os lo contáis todo? —Asiento y sigo comiendo—. Interesante...

No me deja acabar de comer, se levanta y tira de mí hacia él. Me besa con hambre y yo me dejo hacer. Suspiro, sin poder evitarlo, al sentir sus manos meterse bajo mi vestido. Ahora va a darme los buenos días como debe. Sonrío y le dejo hacer.

Es casi mediodía cuando salimos del hotel. Caminamos un par de calles y llegamos a la que debe ser su casa, bajamos al garaje y en su coche me lleva a la mía. Parados delante del portal, todavía dentro del coche, nos miramos. Me pide el número de teléfono y, una vez guardado, sonrío. Parece que vamos a repetir. Me dice que me llamará y antes de salir le doy un beso de esos que te dejan con ganas de más. Feliz, llego a mi casa, donde Alba me espera con cara de perro, pero eso es lo de menos. Ha valido la pena.

Citas

Durante un tiempo, quedamos, mínimo, una vez por semana. La relación se va haciendo más seria sin siquiera pretenderlo. Hemos pasado por el club varias veces y ya no me sorprende ver escenas tan subidas de tono en público. La razón es que me he visto enredada en alguna, gracias al deseo desmedido de Álvaro. Siempre acabamos en la habitación de la primera vez, haciendo que desee más que nada sentirle en mi interior. Es un verdadero maestro en hacerse desear.

Llega San Valentín y, con él, la cita más increíble que he tenido en mi vida. No sé cómo ha sabido que me encanta el Circo del Sol, pero ha comprado entradas de primera fila para ver su nuevo espectáculo. Me quedo como tonta cuando estamos cenando y las saca de la chaqueta de su traje. Siempre me sorprende, pero nunca lo había hecho así. No solemos quedar para nada más que darle gusto al cuerpo, pero, a partir de este día, todo ha cambiado. Hemos empezado a vernos más, a quedar para comer o cenar dos o tres veces por semana. Duermo todos los fines de semana en su casa, siempre tras una insuperable sesión de sexo. Poco a poco, mis sentimientos han ido cambiando y me descubro a mí misma pensando cómo sería tener algo serio con él.

Cenando, me propone dar un paso más en la relación. Yo no sé muy bien qué responder, él es dominante, y yo odio que me digan lo que tengo que hacer. Desde niña odié que mis padres me utilizaran como querían, nunca me gustó sentirme tonta y no quiero que me ocurra lo mismo en mi relación con él. Por eso, la conversación se torna muy seria y ambos proponemos lo que esperamos de la ella.

Estamos sentados en la mesa de un restaurante muy caro, apartada de las demás y en la penumbra. Álvaro sujeta mi mano y me mira a los ojos.

—Almudena, me gustaría poder quedar sin escondernos, que tus amigas y mis amigos nos vean como a una pareja.

—Yo... no sé si podría ser tu pareja, Álvaro, tú quieres una sumisa y yo no lo soy.

—Si quisiera una sumisa, no estaría contigo. Tengo muchas mujeres disponibles y estoy aquí. Nunca nadie me ha desafiado, y te aseguro que nunca me ha gustado tanto como cuando tú lo haces.

—¿Estás seguro de que quieres eso? Si sale mal...

—Si sale mal, nada, no va a salir mal. Me gustas, mucho. Me gusta cómo me siento al estar contigo, y quiero que todo el mundo sepa que eres mía. ¡Solo mía!

Sus ojos brillan con algo que no entiendo, posesión quizá. Me devora con la mirada y yo me estremezco. Cada vez que me mira así, acabamos cometiendo alguna insensatez.

—Yo... no quiero que me digas qué puedo o no hacer, qué ropa usar ni nada por el estilo. Yo decido por mí misma y siempre tengo la última palabra.

—Y yo no quiero que cambies. Me gustas así, me vuelves loco así.

—¿Eres consciente de lo que me pides? Yo de mi pareja lo quiero todo. No te perdonaría si vas al club sin mí, si te acercas a otra o la miras más de la cuenta.

Sus ojos brillan al mencionar el club. Realmente, el club al que me llevó la primera noche es la antesala de uno de BDSM. Allí puedes encontrar sumisos y amos buscando compañía, así como gente que quiere hacer todo tipo de cosas que ni me atrevo a pensar, mucho menos a explorar. Soy una mujer moderna, pero no me gusta compartir a mi pareja. No podría soportarlo.

—Yo exigiría lo mismo.

—Corrígeme si me equivoco... ¿Me estás pidiendo que seamos pareja?

—Por ahora vamos a dejarlo en que nadie más va a tocarnos a ninguno de los dos. ¿Te sientes así más cómoda?

—Exclusivos... Me gusta.

Mal sabe que, desde que estuve con él la primera vez, no he estado con ningún otro. Mis pensamientos siempre vuelven a él, aun en contra de mí misma. Me gustaría no recordarlo tanto, pero las veces que he salido con las chicas y he tenido opción de estar con otro, algo me lo ha impedido. Por eso me alegra que me lo pida, así me aseguro que a él tampoco le toca nadie más.

La cita continúa y, como todas las anteriores, acabamos en la cama.

Los meses pasan y continuamos saliendo, solo que ahora ya no nos escondemos. Vicky y Alex por fin han arreglado sus diferencias y van a casarse. La que no está tan bien es Alba, se ha tenido que mudar a Valencia

porque su padre está muy enfermo. Me da un poco de rabia que tenga que dejarlo todo por ellos, pero lo entiendo. Sus padres al menos la han querido y cuidado como todo padre debería hacer.

Al marcharse Alba del piso, me tocó afrontar muchos gastos que no estaba preparada para asumir y acabé hablando con ella y buscando una nueva compañera. Alba no quería, pero logré convencerla.

Mi trabajo de periodista me encanta, pero no me deja mucho tiempo libre ni muchos ingresos. He ascendido y ya no soy la que entrega el correo, ahora ayudo en la investigación. Es mucho más divertido y es por eso que me hice periodista. Cuando estaba estudiando, más de una vez me pregunté si sería una buena idea, y siempre acababa convencida de que era lo que quería hacer. A Álvaro no le entusiasma mi trabajo, lo sé, aunque nunca me dice nada. Cuando hablamos de nuestra relación, los dos decidimos respetar las decisiones del

otro y esa es la mía, por lo que él la respeta, o eso parece...

Hace unos días nos llegaron unos anónimos al periódico. En ellos avisaban a mi compañero Jorge, el periodista del cual estoy aprendiendo, de que no metiese sus narices donde no debía. Ambos nos reímos de esas notas, pero cada dos o tres días aparece una nueva, y ya empieza a darme mala espina.

Esta noche tengo una cita con Álvaro, estoy acabando de prepararme a la vez que pienso cómo voy a contarle lo de las amenazas. Es un controlador y sé que no le va a gustar. Me miro al espejo y me sonrío. Vestido corto negro, tacones de infarto y melena al viento. Estoy lista para camelar a mi novio.

Salgo por la puerta y ahí está Álvaro, apoyado en su coche esperándome. Sus ojos brillan al verme y yo me contoneo para él. Sé que le gusta cuando camino sensual. Me mira de arriba abajo y sus ojos se detienen en mis piernas, llevo medias y seguro que está recordando cómo me las destroza todas. Me abre la puerta como un caballero y, cuando estoy sentada, se coloca sobre mí para ponerme el cinturón de seguridad. Sus labios atrapan los míos hambrientos y al momento se separa y se va a su sitio.

Le encanta dejarme con la miel en los labios y, por Dios, que yo adoro que lo haga, pero no hoy. Hoy necesito centrarme en contarle lo que pasa en el periódico y si se acerca mucho no seré capaz de hacerlo.

Llegamos al hotel de nuestra primera cita y niego, hoy no puede traerme

aquí. Hemos venido muchas veces al club, solo a la antesala, pues sigo negándome a ir más allá, y siempre acabamos sudorosos en la habitación. No es lo que necesito hoy, he de estar centrada y su cercanía no ayuda precisamente. Lo miro y, al ver mi cara, vuelve a cerrar la puerta del coche por la que estaba a punto de salir.

—¿Qué pasa?

—Yo..., me gustaría ir a cenar y que hablemos.

Sujeta mi cara con las manos y me obliga a mirarle, sus ojos me advierten de que no le mienta. Intento que suelte mi rostro y no me deja, nerviosa me remuevo en el asiento y eso parece alterarle más.

—¿Qué coño pasa?

—Por favor, Álvaro, vamos a cenar a otro lugar y hablemos.

Noto que no le gusta, pero accede. Se reincorpora al tráfico y vamos a un restaurante. Aparcamos y entramos en absoluto silencio. Cuando el camarero toma nota del pedido, me mira serio.

—Habla.

—Yo... Promete que no te vas a enfadar, no es culpa mía.

—Ya estoy enfadado, habla de una vez.

Resoplo y lo miro apesadumbrada. Realmente no quería que las cosas fueran así, pero ya no hay nada que hacer. Cojo aire y empiezo a hablar:

—Hay un problema en el periódico. Han llegado algunas amenazas para que detengan alguna investigación. No es nada serio, pero llegan notas cada tres días y quería que lo supieses.

—Si no fuese serio no estarías tan nerviosa.

Me muerdo el labio, es muy listo y además me conoce muy bien. Sus ojos azules profundos se clavan en los míos oscuros.

—Las amenazas son para mi compañero —voy bajando la voz hasta casi un susurro—, al que estoy ayudando en la investigación.

—¡¿Qué?! ¡¿Estás loca?!

Los gritos de Álvaro hacen que todos en el restaurante nos miren. Yo me escondo como puedo para que no vean mi bochorno, y Álvaro empieza a coger aire despacio para serenarse. Sabía que esto iba a pasar, por eso no

quería que estuviésemos solos. Así tiene que contenerse para no dar un espectáculo. Poco a poco se acerca a mí y susurra:

—No creas que esto se va a quedar así. Me has tendido una trampa y ten por seguro que me la voy a cobrar.

Su voz tan serena y contenida me da un poco de miedo. Miedo a lo desconocido y a mi reacción, pero soy consciente de que es mi culpa por haberlo provocado.

Los dos obviamos el tema del periódico y pasamos la cena hablando de lo que hemos estado haciendo durante los días que no nos hemos visto. Le cuento que Fran, Vicky y yo vamos a ir el fin de semana siguiente a visitar a Alba. La pobre está muy deprimida y necesita a sus amigos para animarse. Le parece bien y, más tranquilos, acabamos de cenar.

Al subir al coche, Álvaro no dice nada, su gesto se ha vuelto sombrío y sé lo que viene. Conduce hasta su casa y, sin mediar palabra, nos subimos en el ascensor. Entramos en su piso y me señala la habitación.

—Tienes un minuto para desnudarte, si no cumples, te castigaré.

Asiento y salgo corriendo. No ha pasado ni medio minuto cuando entra y me dice que no he cumplido. Sabía que esto iba a pasar, por lo que no me sorprende. Acabo de quitarme la ropa y voy hacia la cama. Él niega y me hace una señal para que camine hasta donde está. Trago saliva al verlo tan serio y obedezco.

—De rodillas.

Desconcertada, me dejo caer y espero su siguiente orden, que no llega. Ante mis ojos se desabrocha el cinturón y se lo quita. Camina alrededor de mí y yo me inquieto. Nunca había estado tan enfadado. Se para detrás de mí y tensa el cinturón. Intuyo lo que viene y no me hace mucha gracia. Pero sé que él lo necesita, por eso callo y le dejo hacer.

—Has sido una niña muy mala y voy a castigarte por ello. Voy a darte diez azotes, no quiero ni un sonido o volveré a empezar. ¿Entendido?

No hablo, solo asiento y me muerdo el labio. El cinturón impacta en mi trasero y me tenso. ¡Cómo duele! Un golpe tras otro, y yo reprimo las ganas de gritar, de llorar o simplemente de gemir. Me muerdo el labio con saña hasta hacerme sangre, pero no hago ni un sonido. Cuando acaba, se coloca detrás de mí y, como un poseso, se abre el pantalón, me empuja la espalda

para que apoye las manos y de una embestida se adentra en mi cuerpo.

Algo nota que se queda parado. Acaba de darse cuenta de que ni estaba preparada para él ni tenía ganas de que hiciese eso. Yo sigo mordiéndome el labio para no hacer ruido, despacio sale de mi cuerpo y tira de mí. Caigo sobre él como una muñeca rota. Su mirada triste me deja desconcertada, ¿qué he hecho mal? Por primera vez, Álvaro me coge en brazos, me da un beso tierno en la frente y camina conmigo hasta el cuarto de baño. Acciona el agua y espera, aún conmigo en brazos, a que salga caliente. Entramos en la ducha. Él sigue vestido, pero no parece importarle.

El agua caliente me reconforta y, poco a poco, vuelvo a sentirme bien. Como si lo notase, me deja en el suelo. El agua sigue corriendo y ha empapado su ropa. Me apuro a quitársela y, cuando estamos desnudos, nos abrazamos. No sé qué es lo que ha pasado, pero él necesita que lo reconforten más que yo.

Me alzo de puntillas y quedamos frente a frente. Soy una mujer alta y no necesito mucho para poder atisbar sus ojos.

—¿Qué he hecho?

Me mira incrédulo y me besa con ternura. Me abraza con fuerza y, sobre mi cabello mojado, susurra:

—Tú no has hecho nada, he sido yo. Soy un bruto, no estabas preparada para nada de lo que ha ocurrido... Perdóname.

—No tengo nada que perdonar. No te negaré que me duele el culo como nunca antes, pero no estoy enfadada contigo.

Nos abrazamos y besamos. Bajo el agua de la ducha, los dos dejamos que nuestros gestos hablen por nosotros y acabamos haciendo el amor por primera vez. Hasta hoy, nuestros encuentros no podían ser denominados así, más bien éramos dos locos hambrientos de sexo que se devoran como si no hubiese un mañana. Esta vez es tierno, sus caricias son ligeras y dulces. No dejamos de besarnos, acariciarnos y disfrutar del simple hecho de estar juntos. Cuando nos unimos, nuestras miradas se anclan y, en todo el tiempo que su cuerpo está en el interior del mío, no volvemos a apartar la mirada.

Tiempo

El tiempo pasa rápido, sentada en el tren miro a mis amigos. Vicky y Fran están hablando sin parar de sus parejas y yo los observo sonriendo. Por mi cabeza nunca pasó el que llegase a ser tan feliz y tener a mi alrededor gente que me quisiera tanto. Sigo sumida en mis divagaciones cuando escucho el anuncio de que hemos llegado a Valencia. Estoy deseando abrazar a Alba y que nos cuente cómo le va la vida. Pero, sobre todo, quiero saber qué la tiene tan nerviosa. Cada vez que hablamos parece estar flotando en una nube.

El tren se detiene y los tres cogemos nuestras maletas, sonrientes, salimos del vagón y caminamos hacia la zona donde Alba nos espera. En cuanto la vemos, nos abrazamos como locos, gritando y dando saltitos. A nuestro lado la gente pasa y nos miran extrañados, cosa que a nosotros nos da igual. Por fin estamos juntos de nuevo y eso es lo único importante. Felices, salimos de la estación y, en su coche, nos vamos a su casa. Alba vive en una zona muy bonita, está alejada de la ciudad, pero a un paso en coche. Nos deja de parlotear todo el camino y, al llegar, nos reparte en las habitaciones libres. Su madre nos recibe con cariño, nos hace mil preguntas y, cuando estamos totalmente instalados, nos deja solos. Alba llega feliz y bajo su guía vamos hacia la playa.

Una vez acomodados al sol, disfrutando del verano y de los amigos, empiezan las confesiones. Fran nos cuenta que está teniendo algún problema con Miguel, pero que espera que todo se solucione. Vicky sonríe como una tonta y niega, parece que todo le va genial, y me alegro, ya bastante ha tenido con el padre que le ha tocado. Por fin Alba nos cuenta algo sobre su vecino. David. Estamos alegremente hablando de él cuando hace acto de presencia y todos nos quedamos tontos al verle. ¡¡Es David Rojas, el futbolista!!

Lanzamos un montón de preguntas a cada cual más indiscreta, pero él las esquiva todas. Lo que es normal, está acostumbrado a lidiar con la prensa. De la playa nos vamos a cenar y de ahí al jardín. ¡Alba comparte jardín con un futbolista famoso y no nos lo había dicho! Como si intuyese la que se le viene encima, se encoge de hombros y continúa como si nada. Al hablar de la enfermedad de su padre, el ambiente se enrarece y acabamos todos lagrimeando. Su salud es muy delicada y el final se acerca. Yo me siento a su lado y agarro su mano para intentar que note mi apoyo. Me sonríe, y así nos

quedamos lo que resta de la noche, juntas y apoyándonos como siempre hemos hecho.

Pasamos el fin de semana con nuestra amiga y, aunque ha contado mucho, creo que se calla más aún. David no vuelve a aparecer y tengo la sensación de que Alba se altera por ello, me da que eso de ser su amor de la juventud se traduce a que sigue embobada con él. Ojalá me equivoque, ese tipo parece un rompecorazones y creo que acabará por hacer daño a mi amiga.

Ya en el tren de regreso a Madrid, Vicky y Fran me dicen que ellos han llegado a la misma conclusión, Alba está loca por su vecino y nosotros no estaremos cerca para apoyarla cuando el desastre suceda. Porque sucederá...

Triste por haber dejado a mi amiga en Valencia, agarro mi móvil y me dedico a intercambiar mensajes con Álvaro el resto del camino. En la estación nos esperan los hermanos Cuesta, a cada cual más sexy, para llevarnos a cada uno a su casa.

Nunca imaginé sentirme tan bien al lado de este hombre que lo controla todo. Al principio me sentía algo aturdida y, poco a poco, he ido cediéndole algo de control. Nunca todo, yo no soy una persona que se deje manejar, y es algo que él debería saber a estas alturas de nuestra relación.

Ha pasado un mes desde que le conté a Álvaro sobre las amenazas que recibimos en el periódico, las cuales, lejos de desaparecer, se han multiplicado. Hoy llegó una a mi nombre, es la primera que va específicamente para mí y me he asustado mucho. No sé cómo se va a tomar Álvaro que mi nombre se vea envuelto en todo esto, pero no pienso dejar que esa gentuza gane. Decidida, agarro mi móvil, le saco una foto al anónimo y salgo del despacho de mi jefe. Ahí se queda él hablando con la policía y explicándole lo que prefiera. Cuando llegó el primer anónimo no le dimos importancia, él dice que es normal con estos artículos. No quiere que nadie intervenga en la investigación, por eso, hasta ahora, no habíamos llamado a los representantes de la ley, pero yo me niego a continuar así. Por esa razón los avisé y ahora él tiene que dar explicaciones.

Nerviosa, salgo del edificio y voy directa a casa de Álvaro. «Al mal paso darle prisa», dicen. Pues a ello. Parada delante del portal, indecisa si llamar o irme, no dejo de ir de un lado a otro. Estoy tan ensimismada que, cuando una mano se coloca en mi cintura, grito. Álvaro se apura a separarse y sujeta mi

cara para que le mire a los ojos. Sus pulgares limpian unas lágrimas que ni sabía que había derramado, y me besa tierno.

—¿Qué sucede, nena?

—Yo... —Lo miro e intento sonreír, pero no me sale—. ¿Podemos subir?

No dice nada, solo sostiene mi mano y me lleva al interior del edificio. El portero nos mira, pero no le hacemos ni caso, vamos directos al ascensor y de ahí al salón. Me guía hasta el sofá y, cuando me siento, se acucilla frente a mí.

—Dime qué sucede.

—No te enfades... —Saco mi móvil y le enseño la foto.

—¿Qué coño significa eso, Almudena? ¿No se suponía que tú no estabas en peligro y que eso pronto pasaría?

—Yo..., la policía dice que son amenazas sin sentido, que no debemos darlas importancia.

—¿Sin sentido? ¡¡Ahí está escrito tu nombre!!

Ofuscado, se levanta y empieza a pasear de un lado a otro del salón, se pasa las manos por el pelo y me mira, niega y vuelve a repetir el proceso durante lo que parece una eternidad.

—Álvaro, yo estoy bien. ¡¡Mírame!!

Se detiene y me mira fijamente, sus ojos azules se clavan en los míos y me estremezco. En tres pasos se coloca delante de mí, se agacha y sujeta mi cara con sus manos, firme pero sin hacerme daño.

—Si algo te llega a pasar no lo soportaría. ¡No sé por qué no lo entiendes, joder!

Me besa fuerte, dejando clara su posesión, y yo le dejo hacer. En este momento necesita eso, no se lo voy a negar. Sus manos empiezan a tirar de mi ropa con fuerza y en un suspiro estoy desnuda. Da rienda suelta a su desazón y yo se lo permito. Su necesidad es la mía y no quiero que se preocupe. Se baja los pantalones y, como un loco necesitado, se tumba sobre mí, coloca mis manos sobre mi cabeza y las agarra firme con una sola mano. Con la otra se dedica a torturar mis pezones al mismo tiempo que muerde mis labios. Dolor y placer se funden y suspiro, solo él consigue que mis pensamientos se volatilicen al sentir su contacto. Gimo descontrolada al

sentirlo dentro de mí, sus fuertes empujones me hacen daño y me hacen sentir de gelatina por el placer. Una vez alcanzamos el éxtasis juntos, suelta mis manos, nos abrazamos y permanecemos así hasta que me susurra:

—No quiero que te pase nada, ¿por qué no cambias de proyecto?

Me tenso entre sus brazos, nuestras pieles están aún cubiertas de sudor y eso hace que su comentario me duela más. Como puedo, me aparto de él, me pongo de pie y le miro furiosa.

—No vuelvas a decirme qué hacer. Tú y yo acordamos que nunca lo harías. —¿Crees que no lo sé? Cada maldito día me lo recuerdas.

Orgullosa, me empiezo a vestir, esta discusión no va como debería. Álvaro se levanta y despreocupado se va al cuarto de baño. Siento el agua correr y suspiro. Por lo visto no quiere hablar más. Bien. Recojo mis cosas y, dando un sonoro portazo, me voy.

Esta semana se me está haciendo eterna, no me ha llamado ni me ha escrito un solo mensaje. Por orgullo, yo tampoco lo he hecho y, ahora, siento que quizá me precipité al irme de esa forma. Álvaro es muy orgulloso y, sobre todo, muy controlador, no creo que se sienta bien con esta situación, pero a mí tampoco me gusta y no por ello me encierro en mí misma.

Hoy es domingo y no me apetece salir de casa. Me pongo una película en el ordenador y sin salir de la cama la veo.

El mes de agosto en Madrid es un agobio de calor, los pobres incautos que no tenemos vacaciones debemos seguir con nuestra vida y soportar el sofoco. Hoy, lunes, han llegado nuevos anónimos con amenazas al periódico y, la verdad, esto ya me está cabreando. No sé qué le pasa a esa gente, pero si no quieren que les descubran, que no hagan nada malo.

El proyecto de Jorge trata de descubrir una trama de corrupción en un ayuntamiento de Cuenca. El alcalde malversa fondos y hemos averiguado que algún concejal también está metido en el ajo. Por lo visto, hemos sido poco discretos y quieren que dejemos de meter las narices, mal saben que Jorge es como un perro, cuando tiene el rastro llega hasta el final. Yo, que estoy a su lado, no pienso ser menos. Si él aguanta esto, yo también.

A la salida del trabajo me encuentro a Álvaro, está apoyado en su coche y mirándome fijamente. No se mueve, pero noto cómo su mirada se torna cálida al verme. Indecisa, me acerco a él y espero a que hable, como no lo

hace, decido romper yo el hielo. Él ha dado el primer paso y ha venido a buscarme.

—Hola... ¿Cómo estás?

Me mira de arriba abajo y resopla. Se aleja del coche y acorta la distancia que nos separa, sin llegar a tocarme.

—Mejor que tú. Tienes ojeras y se te ve cansada.

—Gracias, eso es lo que toda mujer desea escuchar en labios de su pareja.

La ironía en mi voz le saca una sonrisa, de esas de lado que tanto me gustan y que ponen a Vicky de mala leche. Se acerca a mí y me besa, apenas un roce de sus labios, dejándome con las ganas y deseando más, mucho más. Suelto el aire que no sabía que estaba reteniendo y me lanzo a sus brazos, que como siempre, me reciben de buen grado. Nos besamos, ahora sí, con hambre y pasión. Un carraspeo nos recuerda dónde estamos y cortamos el beso. Me separo despacio de él y me encuentro con Jorge que me mira socarrón.

Jorge es de la edad de Álvaro más o menos, tiene el pelo negro y más largo de lo que marca la moda. Lleva perilla, lo que le da un aire sexy y, con esos expresivos ojos negros, es el tipo de hombre que toda mujer querría en su cama. Todas menos yo, que tengo a mi señor Cuesta. La mirada de Álvaro va de él a mí y viceversa, me tenso al percatarme de su observación y carraspeo. Decidida a romper la tensión, los presento y las miradas de los dos chocan, creo que no se han caído en gracia.

—¿Querías algo Jorge? Yo ya me iba...

—No, ve tranquila. Un placer conocerte Álvaro, nos vemos.

Álvaro no responde y se me queda mirando a la espera de que hable. Yo no sé qué decir, por eso me encojo de hombros. Él gruñe y se mete en el coche. Resoplo y hago lo mismo. Me lleva a casa sin decir ni media palabra, si no lo conociese mejor, diría que está celoso. No tiene motivos para estarlo, Jorge es solo mi jefe. Vale, que está muy bueno, pero yo no quiero estropear lo que tengo con Álvaro por nada del mundo. Cuando me deja en casa y se va, mi cabeza empieza a maquinarse qué hacer para que lo entienda. Una bombilla se enciende y empiezo a preparar mi plan.

Llega el día siguiente, me levanto rápida y, como una bala, me voy a la ducha, me visto, peino y maquillo en tiempo récord, y salgo corriendo a parar

un taxi. Le doy la dirección del trabajo de Álvaro y sonrío ladina, este no sabe lo que le espera. El taxi me deja delante del impresionante edificio y entro, paso los controles de seguridad y corro hacia el despacho de Vicky, no quiero que nadie me vea. Entro apresurada y cierro la puerta, lo que interrumpo me hace sonrojar: encima de su escritorio está Vicky y entre sus piernas está Alex. Carraspeo para que recuerden que no están solos y los dos me miran sonriendo antes de volver a besarse. ¡¡Qué capullos!! Lo hacen a propósito.

Voy hacia ellos y meto mis manos entre sus caras, los dos estallan en carcajadas y se separan. Alex sale y me deja con Vicky, el día anterior la llamé para que me ayudase y ella accedió. Dijo que le debe muchas a su jefe y se las quiere cobrar. Aceleradas y sin dejar de reír, preparamos todo. Al acabar, voy a buscar los cafés, sonriendo camino hacia la oficina, cargada con la bandeja. Vicky va a buscar a las chicas, compañeras suyas que están de muy buen ver, para que entren en la oficina de Álvaro cuando yo les avise.

Decidida, abro la puerta sin llamar, con la bandeja cargada de café y pasteles, como Vicky me indicó, camino hasta su escritorio y, ante su mirada de sorpresa, la dejo delante de él. Desde mi móvil hago una llamada perdida a Vicky y, zalamera, me voy a sentar sobre las piernas de Álvaro, que aún no ha recuperado el habla. Me pego a su cuerpo y le beso con dulzura.

—Buenos días.

Le vuelvo a besar y, cuando sus brazos rodean mi cintura, escucho un carraspeo. Hago todo por no sonreír y me giro, parada frente a los dos hay una mujer pelirroja muy guapa que es Vicky, acompañada de dos más, una morena y una rubia. Las dos son guapas y van arregladas formalmente, aunque bajo su ropa se adivinan cuerpos de escándalo. Ahora empieza la función. Me hago la ofendida y miro a Álvaro herida, me levanto de su regazo y me alejo.

Él parece no saber cómo reaccionar, mira a las chicas y de nuevo a mí. El pobre está confuso y eso me hace sonreír, lo que me delata. Al ver mi sonrisa niega y gruñe.

—¡Largo de mi oficina todos! ¡Fuera!

Hago el intento de salir con mi amiga y una mano en mi brazo me detiene, le miro y veo sus ojos que relucen, me estremezco y me detengo. Miro hacia la puerta, allí está Vicky que me guiña un ojo y cierra. Sonrío y

vuelvo a mirar a mi hombre.

—Eres una mujer muy traviesa, nena, no digas nada, lo he pillado.

Silencia mi boca con un beso típico de los suyos y, poco después, se separa de mí dejándome, como siempre, con ganas de más. Me relamo y recobro la compostura para hablar:

—Deberías... Tener compañeros de trabajo guapos y sexys no significa nada. Si fuese por eso, me mudaría aquí y montaría guardia delante de tu oficina. Todas tus trabajadoras parecen modelos.

Álvaro se ríe y me acerca a su cuerpo. Sus manos se mueven ávidas por mi espalda y yo intento apartarme. Me apetece quedarme aquí con él, pero no puedo llegar tarde al periódico.

—Tengo que ir a trabajar, solo he pasado a saludar.

Le doy un beso de esos que quitan el sentido y me escabullo de sus brazos. Su mirada llena de promesas me sigue hasta la puerta, cuando voy a cerrarla a mi espalda, meto la cabeza y le lanzo un beso, me sonrío y niega.

—Vete ya o acabarás sobre mi mesa y sin ropa en menos de un minuto.

—No me tientes...

Le guiño un ojo y me despido con la mano. Feliz, salgo de la oficina y me voy al trabajo, donde me esperan más anónimos y más problemas. Hoy ni eso consigue borrar mi sonrisa de tonta enamorada.

San Valentín

Los meses han pasado y el padre de Alba ha empeorado de forma alarmante. Lo hemos hablado entre todos los amigos y hemos decidido ir a visitarla este fin de semana. En el trabajo las cosas siguen más o menos igual, nuestra investigación se ha estancado y los anónimos han dejado de llegar. Al no meter las narices donde ellos no quieren que las metamos, nos dejan en paz. Jorge está cabreado y sé que en cualquier momento volverá a retomar el caso con más ganas, si eso es posible.

Este año, por primera vez en mucho tiempo, he pasado las fiestas con mi verdadera familia, mis amigos, y no la que me ha tocado. Acabamos todos en Santiago. Como éramos muchos, nos fuimos a un hotel cercano y disfrutamos de la compañía de la familia Salinas. Pasamos unos días inolvidables entre amigos, anécdotas divertidas y situaciones que nunca olvidaré. Hubo un momento en el que vi a Clara jugando con Santi y se me pasó por la cabeza añadir otro pequeñín a ese reducido grupo. Confusa, sacudí mi cabeza y alcé la vista, nunca voy a olvidar la mirada de comprensión que Álvaro me dedicó. Ese hombre me conoce como nadie y eso me asusta mucho.

El dos de enero regresamos a Madrid y, desde entonces, extraño despertarme con Álvaro cada día. Esa semana haciendo todo juntos, me dejó claro que quiero avanzar en nuestra relación y espero aprovechar el viaje a Valencia para hacérselo ver.

Por fin es la hora de salir hacia Valencia, esta vez vamos a ir en coche. Los hermanos Cuesta han puesto sus supercoches a nuestra disposición y, una vez repartidos en ellos, salimos hacia el hospital donde está Alba. El camino se nos hace corto, pues lo pasamos cantando, desafinando, cómo no, y riendo igual que niños pequeños. Al llegar al estacionamiento, Alex nos guía hacia la entrada y, ya dentro, Álvaro asume el control de la situación. No sé qué narices ha hecho, pero aquí estamos todos, subiendo en el ascensor y con Clara a nuestro lado.

La primera en ver a Alba es Clara, que corre y la abraza, después llegamos los demás y hacemos lo mismo. Nos pasamos un par de horas hablando de mil cosas, entre ellas la desastrosa relación con David. Me siento

mal al saber que lo que yo temía sucedió y no estuve a su lado. Seguimos charlando como si nada hasta que un ruido estridente nos interrumpe a todos. Una avalancha de médicos y enfermeras entra a la habitación y, lo que nadie quería que pasara, sucede. El padre de Alba ha fallecido.

Álvaro asume el mando como solo él sabe hacerlo y empieza a dar órdenes a todos. Sin ser conscientes de cómo, estamos todos en casa de Alba instalados. No permiten que nos vayamos a un hotel y nosotros decidimos quedarnos a hacerle compañía todo el tiempo que podamos. Los días siguientes son confusos, entre velorio y funeral. Alba está destrozada y, aunque no lo admitirá jamás, la he visto buscar entre la gente a David. El muy estúpido no ha aparecido y eso es una ofensa que ella no va a olvidar fácilmente. Decidimos quedarnos un día más y apoyar a nuestra amiga, eso es lo único que ahora mismo pasa por nuestra cabeza. Vicky, Fran y yo no nos separamos de ella en ningún momento. Sabemos que nos necesita y, cuando mañana nos tengamos que ir, no habrá nadie aquí para apoyarla.

La hora de irnos llega y en mi pecho se hace un nudo, no quiero dejarla sola, pero poco puedo hacer. Si el estúpido de su vecino se hubiese dignado en aparecer, al menos con él sabría que está bien, pero no..., el señor famoso está muy ocupado con su vida para dedicar unos minutos a su vecina de toda la vida. Enfadada con el mundo y más aún con ese estúpido del que mi amiga está enamorada, me despido de ella. La abrazo muy fuerte y le exijo que me llame en cualquier momento que necesite hablar. Ella sonrío por puro compromiso, y yo me subo al coche derrotada.

Cuando llegamos a Madrid, tras horas de viaje y silencios interminables, Álvaro no me lleva a mi casa, me lleva a la suya y yo me dejo hacer. Nada me apetece más que pasar la noche entre sus brazos. La cara de Alba no abandona mi mente, esa mirada triste y su gesto de derrota son algo que no voy a olvidar nunca.

Lo que resta del mes de enero solo paso por mi casa para coger ropa limpia, prácticamente vivo con Álvaro y estoy deseando que me pida dar ese paso.

Llega San Valentín, he decidido que este año mi regalo para Álvaro será lo que a él le gusta, por ello he comprado unas esposas y una fusta. Las tengo en mi bolso y, cada vez que veo el paquete, un escalofrío me recorre. Yo me tenía por una mujer moderna, pero jamás me imaginé disfrutando de este

estilo de vida. Cuando al fin es hora de salir del trabajo, la anticipación empieza a hacer de mí una masa gelatinosa. Voy en el taxi sin apartar la mirada de mi bolso, el papel de regalo, que envuelve la fusta, brilla, y yo parezco una urraca mirándolo. El taxi se detiene y, ante mi mutismo, el taxista toca el claxon. Apurada, salgo del coche y corro hacia la casa de Álvaro. Al entrar, me recibe la total oscuridad, rota solo por una hilera de velas que marca el camino hacia el dormitorio. Emocionada lo sigo, ¿quién iba a pensar que semejante mandón tendría un detalle así? Me paro en la puerta y contemplo la cama, sonrío al ver una nota. Me acerco y la leo:

Desnúdate, tu baño te espera.

Sonriendo, obedezco y entro en el cuarto de baño. Me decepciono al no ver a Álvaro, yo creía que me haría compañía. Otra nota, sobre el lavamanos, llama mi atención, me acerco y leo:

A la bañera, ya.

Me río y hago lo que me ordena, este hombre es mandón hasta escribiendo. Tras desnudarme, me sumerjo en el agua caliente y suspiro. Cierro los ojos y empiezo a tararear una canción de Natalia Jimenez, «Tú y yo», que lleva varios días rondando mi cabeza.

—Un solo encuentro, tan solo una palabra, aunque no quiera pienso en ti. Y sin tus ojos recuerdo tu mirada, todas las noches te espero en mí... — Me gusta la canción, nena.

Toda mi piel se eriza al sentir su aliento rozar mi cuello. Intento girarme para verle y poder saludarle como se merece.

—Álvaro... —gimo al sentir sus labios—, ¿me haces compañía?

—No, esto es para ti.

Distraído, sigue besando mi cuello, con un susurro en mi oído me eriza la piel.

—Sigue cantando, me está gustado la letra.

Obedezco y sigo cantando muy bajito. Mi concentración se evapora cuando echa un poco de jabón en su mano y empieza a deslizarla por mi piel, enjabonándose y al mismo tiempo haciéndome sentir la mujer más deseada del mundo. La letra de la canción pasa a un segundo plano y estoy pendiente de sus gestos, sus caricias despistadas y sus tiernos besos en mi cuello. Una

vez lavado todo mi cuerpo, me levanta y me seca con mimo, me guía hasta el dormitorio y me pone una bata. Yo le dejo hacer, me gusta cuando se pone en plan amoroso. Me conduce hasta la cocina donde nos espera una succulenta cena. Sé de sobra que él no ha cocinado, pero el detalle es lo que cuenta.

Nos sentamos uno frente al otro y, entre su mirada caliente y mis suspiros, comemos la deliciosa cena. De postre me sirve fresas con chocolate y cava. Soy una golosa y no lo niego, me encanta el chocolate, pero las fresas me gustan mucho más, sobre todo si Álvaro me las da... La combinación de los dos es algo así como el afrodisiaco perfecto.

De pronto, Álvaro saca una cajita de su chaqueta y yo la miro asombrada, la abre y mis ojos se llenan de lágrimas. ¡Una llave! Es la llave de su casa. Le miro y, al ver mis lágrimas, se arrodilla a mi lado.

—¿Por qué lloras? Si no quieres venirte conmigo aún, no pasa nada, a mí me encantaría...

Coloco un dedo sobre sus labios para que se calle y suspiro. Sonrío y le beso. Es lo que he estado esperando desde que estuvimos en Galicia. Todo lo que yo deseo está en esta casa, todo lo que yo necesito es él.

—No hay nada que desee más que venirme a vivir contigo.

Lo abrazo con fuerza y nos besamos con pasión. Una luz se enciende en mi cabeza y me aparto ligeramente. Le guiño un ojo y voy a por su regalo. Se lo tiendo y me mira curioso. Sé que él ya tiene sus juguetes, pero estos van a ser solo de nosotros dos. Abre los paquetes y sus ojos destilan deseo a medida que va destapando lo que contienen. Colgando de un dedo tiene las esposas y, en la otra mano, la fusta, ambas tienen detalles de cuero rojo y me parecieron apropiadas para el día del amor.

Me arrincona contra la pared y con ansia devora mi boca a la vez que sus manos atrapan las mías, las coloca sobre mi cabeza y escucho el clic característico de las esposas al cerrarse. Solo ha rodeado una de mis muñecas y las sensaciones ya se han desatado. Nuestras miradas se encuentran y la pasión se desencadena. Me arrastra hasta el dormitorio con la clara intención de estrenar el regalo.

En cuanto cruzamos el umbral de la puerta, su rol de dominante se activa y empieza el juego. Se detiene y me recorre con la vista. Solo una bata cubre mi cuerpo mientras que él está completamente vestido. Con la fusta en la

mano sonríe y da un golpe seco sobre la palma libre.

—Desnúdate.

Obedezco muy despacio, me aflojo el cinturón de la bata y lentamente voy descubriendo mi cuerpo. Sus ojos recorren cada curva como si no las hubiese visto en años. Me relamo, y me hace un gesto con un dedo para que me acerque. Camino hacia él contoneando mis caderas y me quedo a unos centímetros de rozar su cuerpo.

—S came la camisa.

Eso es una orden que estoy deseando cumplir. Deseosa de ver y tocar su cuerpo, empiezo a desabrochar los botones. Ya con la camisa en la mano espero sus nuevas órdenes, que no se hacen esperar.

—Ve a la cama y colócate sobre tus manos y rodillas, a cuatro patas, ahora.

Obedezco rápida y me subo a la cama. Desde mi postura no logro verle, sus pasos me advierten que se acerca y suspiro al tener su trabajado pecho frente a mis ojos. Su mano agarra las esposas y la cierra sobre mi mano libre, inmovilizando así las dos. Trago saliva audiblemente y me da un golpe seco en el trasero con la fusta. Sin decir nada, comienza a dar vueltas alrededor de la cama, abandonando mi campo visual para volver a entrar en él a los pocos minutos. Cuando se detiene frente a mí de nuevo, está casi desnudo. Su piel solo la ocultan unos bóxers negros que marcan su miembro erecto. Me relamo y espero ansiosa lo que est  por venir.

Siento la picazón del cuero en mis nalgas cuatro veces seguidas. Para calmar el dolor, pasa su palma sobre la zona golpeada y me acaricia con delicadeza. Segundos después, la fusta vuelve a golpear mi carne, esta vez en mis muslos, y ahogo un gemido. El dolor es soportable, la reacción de mi cuerpo es humedecerse, y la recompensa de  lvaro seguro que me dejar  temblorosa cada vez que recuerde este momento. La fusta golpea mis pechos y me estremezco, sus manos cubren mis sensibilizados senos y los amasan con fruición. Frustrada por las caricias a medias, me remuevo, y él sonríe. Sabe bien lo que me hace y lo disfruta. Escucho pasos, sus manos aferran mis caderas con fuerza y su miembro roza la entrada de mi sexo. Con una embestida firme se clava en mi interior y los dos nos perdemos en las sensaciones de nuestros cuerpos unidos. Sus embestidas me arrastran por la cama y acabo perdiendo el apoyo de mis manos, caigo desmadejada sobre la colcha en una de sus brutales embestidas. Parece poseído al tirar de mis

caderas para elevar mi trasero y facilitar sus penetraciones. Sus gemidos y los míos se funden al igual que se funden nuestros cuerpos. Grito su nombre al alcanzar el orgasmo y, en la siguiente embestida, siento el calor de su semen en mi interior.

Los dos estamos agotados sobre la cama. Álvaro acaba de quitarme las esposas y frota cariñosamente mis muñecas. Suspiro y le miro a los ojos, esos ojos azules que en otro tiempo me parecían fríos y hoy son la luz de mis días.

—Has vuelto a olvidar la protección. Debería ir al ginecólogo y pedir la píldora. Así nos evitaríamos preocupaciones.

—No me importan las consecuencias, nena, vas a vivir conmigo y, si sucede algo, lo afrontaremos juntos.

Sonriendo me abrazo a él y me acomodo sobre su firme pecho. No hay mejor lugar para dormir que sobre el corazón del hombre que me ha robado la cordura. Entre mimos y caricias, Álvaro se queda dormido. Yo me quedo soñando despierta con lo que puede ser y lo que será. A partir de mañana mi vida cambiará y estoy deseando que llegue el momento de estar solos los dos. De convivir. De dormir juntos cada noche y despertar a su lado cada mañana. Suspiro y cierro los ojos. Mis sueños pueden hacerse realidad al fin.

Embarazada

Llevo un mes viviendo con Álvaro y nos va de fábula. Hace poco que los anónimos volvieron a llegar al periódico y esta vez me preocupan más, pues las amenazas se han hecho más serias. Cuando se lo conté a Álvaro, casi le explota la cabeza de la ira, pero finalmente logré que lo dejase correr, nada que unos cuantos besos no puedan arreglar. Si además va combinado con un poco de sumisión, imposible que mi señor Cuesta se resista.

Desde hace días me levanto de la cama con mareos y siento náuseas al ver la comida, creo que he pillado un virus, pues tanto vomitar no puede ser normal. Álvaro empieza a preocuparse y me ha puesto un ultimátum. Si mañana no estoy mejor, va a llevarme al médico. Lo cierto es que no me he quejado porque estoy asustada, aunque no lo admitiré delante de él.

Mi cuerpo hoy se ha negado a colaborar y por ello me encuentro en la sala de espera de una clínica privada, a la cual Álvaro me ha traído para que me revisen. Su preocupación ha llegado a cotas demasiado altas y no ha esperado a mañana, como había dicho. Al entrar en el cuarto de baño y verme de rodillas delante del retrete, ha tomado la decisión por mí. Me han sacado sangre y hecho alguna prueba de rutina antes de enviarme de nuevo a la sala de espera, donde me encuentro. Cuando el doctor me llama, los dos entramos a su consulta serios. Nos sonrío y sus palabras nos dejan anonadados.

—Felicidades, ¡van a ser padres!

—¿Qué? ¿Cómo...?

—Disculpe, pero si tengo que explicarle cómo, significa que no es usted el padre.

Álvaro y yo nos miramos alucinados por lo que acabamos de oír decir al médico, que sonrío. La sorpresa nos ha dejado bloqueados, pero era obvio que tanto jugar con fuego al final tendría su sorpresa.

—Todas las pruebas han salido bien, no se preocupen, solo ha de cuidar un poco su alimentación y tomarse unas vitaminas.

El médico sigue hablando, pero yo sigo en el momento embarazo. ¡Estoy embarazada! Dios, no me lo puedo creer... ¡¡Embarazada!! La mano de

Álvaro atrapa la mía y juntos salimos de la consulta, los dos sonreímos, pero no hablamos. Llegamos al coche y nos subimos. Una vez dentro nos miramos y, feliz, sujeto su cara entre mis manos y le beso con todo mi amor.

—¡Vamos a ser papás!

—Aún no me lo creo, tengo que decírselo a mi hermano...

—Vamos a verle, seguro que estará con Vicky...

Sin decir nada más, salimos hacia la casa de Alex. Aunque no viven juntos, estos días previos a la boda pasan mucho tiempo allí para ultimar detalles. Por eso no nos sorprende cuando abre la puerta Vicky con Clara a su lado. Gritando como una loca, entro en su casa con mi hombre detrás de mí. Todos me miran y yo aferro la mano de Álvaro para empezar a hablar:

—Vamos a ser papás, ¡estoy embarazada!

—¡¡Felicidades!!

Nos abrazamos y, mi alegría es tal, que acabo zarandeando a Vicky y gritando a Alba por teléfono. Fran me dice que está deseando ser tío y yo lloro de la emoción. Mis amigos han asumido el papel de tíos y estoy segura de que van a ser los mejores del mundo. Así como estoy segura de que van a volver loco a Álvaro con sus rarezas.

Cenamos en casa de Alex entre risas, nos enteramos de algún cotilleo jugoso de la boda y amenazamos con contarlo. Finalmente, prometemos callar, pues los novios quieren que sea sorpresa, y accedemos a sus peticiones. A la hora de irnos, tras dar un beso a cada uno, salgo por la puerta hacia el coche sin dejar de sonreír. Hoy no pierdo la sonrisa, parece haberse pegado a mi cara de forma permanente.

El camino a casa lo pasamos haciendo mil planes para nuestro hijo, especulando si será niño o niña, yo quiero un Álvaro en miniatura, y él dice que prefiere una mini-Almudena guerrera para consentir. No nos ponemos de acuerdo, sin embargo, no importa, hoy nada más importa. ¡Vamos a ser papás!

O eso creía yo...

Al llegar a casa, Álvaro recoge el correo. En el ascensor me llena de besos, entramos en el piso y se lleva las cartas consigo a su oficina. Yo voy al dormitorio a cambiarme de ropa, estoy en ello cuando Álvaro irrumpe en él

con el semblante serio y la furia brillando en sus ojos. Nunca le había visto tan enfadado, le miro sin entender qué pasa. —Sabes dónde vives.

—¿De qué hablas? No te entiendo...

Agita un papel delante de mi cara y sigue gritando como un energúmeno. Dice tal cantidad de insensateces y palabras soeces que suspiro y de un grito le mando callar. Me fulmina con la mirada y empieza de nuevo, aunque más calmado:

—Ha llegado un anónimo a casa, ¡a mi casa!, en el que dicen que dejes la investigación. Joder, Almudena, que esto no es una broma. Voy a llamar a la policía y si es necesario te pondré vigilancia.

—Tú no harás tal cosa, ¿te has vuelto loco? Esto no es una película de gánster donde la pobre chica necesita que la protejan.

—Puede que antes cediera, ahora llevas a mi hijo contigo y no voy a permitir que nada malo os suceda a ninguno de los dos. Ya estoy harto de permanecer quieto viendo cómo alguien amenaza tu integridad y tener que quedarme al margen, ¡yo no soy así!

—¡Claro que no! Tú eres un controlador, dominante y abusivo al que no le gusta que le lleven la contraria. Métete esto en la cabeza, Álvaro, si me entero de que me has puesto vigilancia, me largo de aquí.

—¡Es por tu bien!

—¡¡Me importa una mierda!! No quiero que nadie me siga, no quiero perder mi intimidad y menos aún quiero vivir con miedo. Si me pones un guardaespaldas eso me recordará a cada minuto lo que puede pasar. ¿Es eso lo que quieres?

—No... —se pasa las manos por el pelo alterado y gruñe—, pero tampoco voy a permitir que te pase nada.

Álvaro sale del dormitorio y se va a su despacho. Pasan horas y no regresa. Me tumbo en la gran cama sola. La que debería ser la noche más feliz de mi vida, se ha convertido en una verdadera pesadilla.

Reconciliación

¡Tres días! Llevamos tres días conviviendo en el más absoluto de los silencios, si a esto se le puede llamar convivir. Él no habla, y yo me niego a ceder a sus demandas. Quiero a Álvaro, lo quiero muchísimo, pero no voy a conceder mi independencia por nada. Entiendo que esté preocupado, así como entiendo que no quiera que me pase nada. Lo que no logro entender es ese afán de salirse siempre con la suya. Estos tres días que no hemos hablado han sido largos, tristes y solitarios. En el trabajo, por más que lo intento, no logro concentrarme, nada es capaz de apartar de mi mente la cara de Álvaro al ver ese anónimo. Comprendo que lo esté pasando mal, yo también lo hago, pues es a mí a quien amenazan, y no por ello hago un drama cada vez que recibo una de esas malditas cartas.

Mi jornada laboral llega a su fin y, con la sensación de no haber hecho nada, recojo mis cosas y camino desganada hacia la salida. Como ayer, tendré que parar un taxi, como ayer, tendré que cenar sola y, como ayer, me iré a la cama vacía. Álvaro ha estado durmiendo en la habitación que era de Alex y, prácticamente, no le he visto. Cuando llego, él está encerrado en su despacho, espera a que yo me acueste para hacerlo él y, por la mañana, cuando me levanto, ya se ha ido. Resoplo apesadumbrada y salgo a la calle.

Incrédula por lo que ven mis ojos, los cierro y los mantengo así por unos segundos, al volver a abrirlos él sigue ahí. Está apoyado en su coche, con los brazos cruzados y su rostro serio. A mí lo único que me importa es que ha venido a por mí. Que este enfado es absurdo y vamos a volver a estar bien juntos. Suspiro y camino hacia él.

—Álvaro...

—Sube al coche, nos vamos al club.

Alucinada, entro en el coche y no aparto la mirada de él. En este momento está cerrando la puerta y poniéndolo en marcha. No sé cómo tomarme esto, por un lado me alegra que haya venido a por mí y que respete la promesa de no ir allí sin solo, por otro lado... Temo cómo pueda acabar el día. Perdida en mis pensamientos y en absoluto silencio, hacemos el viaje hasta ese hotel que tan buenos momentos nuestros atesora.

Nerviosa, me bajo del coche y le acompaño hasta la recepción, como cada

vez nos dan la llave y entramos al ascensor. Tal y como dijo, el ascensor desciende hasta el club y abandono la cabina al lado de Álvaro. Por primera vez no se detiene en la barra, le miro y él coloca una mano en mi cintura para guiarme. Suspiro al ver hacia dónde nos dirigimos, no sé si quiero entrar ahí.

Una puerta de madera maciza, custodiada por un vigilante de seguridad, es lo único que nos separa de la zona exclusiva para socios vip en la que aún no he entrado y a la que hoy Álvaro quiere llevarme. Aunque continúo molesta, confío en él, sé que si digo no, será no, pero temo lo que ese «no» pueda acarrear en este momento. Resignada, cruzo el umbral de la puerta y mi piel se eriza al escuchar los gemidos que provienen de alguna sala próxima. Álvaro detecta mi nerviosismo, sujeta mi mano y tira de mí hasta una puerta, ante ella nos detenemos. Ahí parada le miro de reojo, está concentrado en meter la llave magnética en la cerradura. Cuando escucho el clic que anuncia que podemos pasar, me estremezco. No sé qué me voy a encontrar ahí, lo que tengo claro es que no me voy a acobardar. Si esto es lo que él necesita, tengo que probar para saber si podré ser quien se lo dé.

Sin dejar de temblar por los nervios, me adentro en la sala y el sonido de la puerta al cerrarse me sobresalta. Alzo la vista que tenía perdida en el suelo, evitando mirar lo que me rodea, y ahogo un gemido. Sin poder creer lo que ven mis ojos, empiezo a girar sobre mí misma. En el momento en el que Álvaro entra en mi campo de visión, me detengo y cierro la boca, que ni sabía que tenía abierta. Él camina hasta donde estoy y me sujeta el mentón haciendo que le mire a los ojos.

—¿Quieres que nos vayamos?

¡Dios! ¿Cómo respondo a esa pregunta? Inquieta, me remuevo y no dejo de morderme el labio, él advierte el movimiento y con el pulgar libera la tierna carne de mis dientes. Me mira a la espera de una respuesta y yo no sé qué hacer. Indecisa, vuelvo a mirar a mi alrededor y me estremezco. Al fondo de la sala hay un par de estructuras extrañas, además de una cruz. En un lateral, hay una especie de sofá con forma rara, en el otro un montón de látigos, fustas, palas y demás armas de tortura colgadas en la pared. Suspiro y niego, si esto es lo que quiere, veamos lo que significa.

—Dilo, Almudena, ¿nos quedamos?

—Sí.

La afirmación no es más que un susurro y ha logrado que los ojos de

Álvaro brillen. Decidido a disfrutar el momento, asume el rol de amo y empieza a quitarse la chaqueta, la camisa y los zapatos. Ante mí se queda con los pantalones del traje y nada más. Como una hambrienta ante un banquete, lo devoro con los ojos. Me quedo mirándole fijamente, no aparto la mirada de él hasta que su voz me espabila.

—Desnúdate y ponte de rodillas.

Obedezco rápida. A las malas he aprendido que cuanto más lo intento seducir, más me hace esperar por mi satisfacción. Me saco la ropa y la voy dejando sobre un taburete que hay a mi lado, al estar desnuda siento frío y toda mi piel se eriza. La mirada inquisidora de Álvaro lo registra y frunce el ceño. Camina decidido hacia un artilugio de lo más extraño, una especie de silla rara.

—Ven aquí.

Acudo a su llamada y dejo que me ayude a colocarme en la posición que desea. Me sonrojo al ser consciente de que este chisme, en el que me he arrodillado y apoyado el torso, deja mi culo en una posición muy cómoda para él. Una caricia en mi espalda me saca de mis atribulados pensamientos, la mano de Álvaro recorre mi piel y hace que reaccione a su contacto. Sus dedos trazan círculos por mi espalda hasta llegar a mis nalgas, las cuales abarca con las dos manos y aprieta con fuerza. Mi respiración se acelera, presa de la excitación que solo él es capaz de provocar en mí. En pocos minutos, he pasado del bochorno y la vergüenza, a la más oscura excitación.

Escucho los pasos que se alejan y me quedo pensando en cómo ese simple roce ha podido excitarme tanto. Intento moverme, pero un azote en mi culo me lo impide. Álvaro ha regresado... Siento un nuevo azote y trato de averiguar, por el tacto, con qué me está golpeando, giro la cabeza para verle y me relamo. ¡Cómo me pone esa mirada de amo y señor! Sus ojos se clavan en mi lengua y me siento ganadora en la batalla por el control, aunque sea por un segundo. Un nuevo impacto hace que mi sexo se humedezca y ahogo un gemido. Esto no está bien... Su mano empieza a roza mi piel, lentamente desciende por el centro de mi espalda, se cuela entre mis nalgas y baja, no sin detenerse en esa zona prohibida, hasta mi húmedo sexo. Un gruñido me confirma lo que ya sé, estoy muy mojada y ansiosa por sentirle en mi interior. Vuelve a alejarse y suspiro, como ya suponía, va a hacerme suplicar.

Se coloca detrás de mí y cuela esos dedos que obran magia en mi cuerpo,

entre mis nalgas de nuevo. Siento el tacto frío de un líquido y la persistente caricia en mi ano. Suspiro al notar que abandona la zona que tan extrañas sensaciones me está dando. Regresa a los pocos segundos para introducir un dilatador anal en mi cuerpo. Me muerdo el labio ante las extrañas sensaciones que me embargan, me gusta y al mismo tiempo me disgusta, me duele y me excita sentir eso en mi interior. Percibo un beso sobre mi espalda y desecho los pensamientos. Es momento de sentir y no de pensar.

Una suave caricia es lo que precede a un azote en mi culo, con el impacto, el dilatador se ha movido y me ha excitado más aún. Álvaro continúa azotando mi trasero y, cada pocos golpes, aprovecha para mover el dilatador, de pronto noto que la presión aumenta y gimo. Un gemido mitad dolor mitad excitación. Lo que este hombre hace con mi cuerpo es pecado, me convierte en una ninfómana con solo rozarme. Detiene los golpes y vuelve a acariciar mi espalda, al llegar a mi nuca, enreda la mano en mi pelo suelto y tira de mí hacia él. De esa forma me incorpora y me guía hasta unos trozos de cuero que cuelgan del techo. Con delicadeza pero de manera firme, rodea mis muslos con el cuero, me deja elevada del suelo, a la altura exacta para lo que viene a continuación. Coloca mis manos en dos cintas más cortas y, con las piernas abiertas, y totalmente indefensa, me deja sola. Otra vez se ha alejado. Me siento expuesta, sensual y muy caliente. Espero que de una vez decida acabar con esta tortura que no hace más que alargarse, me tiene deseosa de sentirle en mi interior.

Álvaro regresa con unas pinzas, se agacha frente a mí y empieza a mordisquear y chupar mis pezones con fuerza. Mis sensibles pechos hacen que mi excitación aumente y resoplo resignada. En ese momento, una pinza atrapa dolorosamente mi pezón y grito. Álvaro sonríe y apresa el otro del mismo modo. Esta vez estoy preparada para el dolor y solo gimo.

Ante mi cuerpo desnudo, Álvaro se deja caer de rodillas y me devora con la mirada. Suplico interiormente para que por fin haga algo por mí, para que al menos me dé una pequeña satisfacción que me quite de este estado de excitación tan incómodo. Su lengua asciende desde mi rodilla hasta mi ingle para volver a descender y hacerme suspirar queriendo más. Repite la operación en mi otra pierna y gimoteo descontrolada. Necesito un orgasmo y lo necesito pronto. Álvaro me mira a los ojos y sonríe. Se acerca a mi sexo y atrapa mi clítoris entre los dientes, gimo de placer y él lo suelta. Frustrada, lo fulmino con la mirada y se ríe. Da un lento lametón a mi sexo y se levanta, se

quita los pantalones y los bóxers frente a mí, sujeta la erección con la mano y se acaricia con lentitud.

Frustrada a más no poder, lloriqueo, ya vale de tanto calentarme y excitarme para nada. Intento moverme, soltarme o, al menos, conseguir un mínimo roce que me haga llegar. Estoy muy cerca y no necesito mucho, una simple caricia y estallaré en miles de pedacitos.

Álvaro continúa ante mí, acaba de sujetar mis piernas y se ha rodeado la cintura con ellas. Mentalmente pido que lo haga, que se entierre en mí y me conceda al fin ese orgasmo que tanto anhelo. Lo hace, de un brutal empujón se mete en mi interior y, con rapidez, vuelve a salir.

Lágrimas de frustración corren por mis mejillas y la impaciencia me invade. Aprieto mis muslos a su alrededor y obligo a su cuerpo a que se roce con el mío. Con mis piernas me impulso y rozo mi necesitado sexo contra la rígida erección de Álvaro, que aprieta los dientes y sostiene mis muslos con fuerza. Abre mis piernas y se aleja. Lloriqueo y le sigo con la mirada.

—Por favor... No puedo más.

—Claro que puedes. Tú puedes con lo que te echen.

Su voz, susurrada en mi oído, me hace estremecer. Siento presión de nuevo en mi trasero y Álvaro baja una mano por mi vientre hacia mi excitado clítoris. Lo atrapa entre los dedos al mismo tiempo que la presión en mi ano aumenta. Su respiración acelerada en mi oído me hace estremecer, estoy tan excitada que, si vuelve a tocarme, estallaré. Para mi desconsuelo, aparta la mano y siento cómo la presión de mi culo disminuye. Retira el dilatador y siento de nuevo algo frío, sus dedos están extendiendo el lubricante y se adentran curiosos en esa parte inexplorada de mi cuerpo. Suspiro al sentir regresar la presión, dos dedos se adentran sin impedimentos en mi dilatado ano. Los retira y los sustituye por su miembro. Coloca las manos en mis caderas y susurra en mi oído:

—Dímelo si te duele, me detendré.

Solo atino a asentir, y él empieza a colarse en mi cuerpo. Lentamente se hunde en mí, noto la presión y como mi excitación aumenta. Ahogo un gemido al sentir que se retira y vuelve a intentar adentrarse en mi interior. Respiro con sonoras bocanadas y se hacen más evidentes al sentir sus dedos en mi sexo. Álvaro acelera los empujones y, con sus traviosos dedos, se

dedica a pellizcar, acariciar y atormentar mi dolorido clítoris. No sé qué pasa desde el momento que el orgasmo me arrasa, siento que todo a mi alrededor desaparece. Que floto y nada más me importa. Abro los ojos y me veo tumbada en el diván extraño, Álvaro me mira sonriente. Los dos sonreímos. —Te quiero, Álvaro, te he extrañado estos días, no sabes cuánto...

—Yo también te he extrañado, nena. —Me besa con dulzura y susurra sobre mis labios—: Te quiero, más que a nada en este mundo, tú y nuestro hijo sois lo más importante para mí.

Por mucho tiempo solo hacemos eso, nos miramos en silencio y disfrutamos de la experiencia compartida. Estoy recostada sobre el pecho del hombre que más quiero. El único al que he permitido hacer muchas cosas con mi cuerpo, las cuales jamás pensé siquiera hacer. Miro mi pecho y descubro que las pinzas también han desaparecido. Suspiro y me quedo adormecida sobre él. No hay sitio en el mundo en el que prefiera estar más que aquí, con él.

Pasado un buen rato, nos levantamos, nos vestimos y, agarrados de la mano, salimos del club en dirección a casa. Lo de esta noche ha sido una experiencia increíble, nunca creí que, tras esa puerta a la que tanto temía, fuese a encontrar tanto placer. Esa intimidad con Álvaro que me ha dejado tan sensible y deseosa de más. Desde mi asiento, en el coche, le miro y suspiro. Mi hombre es un amo muy cuidadoso y lo quiero más por eso. Solo él sabe lo que necesito antes que yo misma.

Trabajo

Han pasado dos meses desde que me han dado la feliz noticia de mi embarazo. Tres meses de convivencia feliz y llena de discusiones con sus más que deseables reconciliaciones. Norma, la señora encargada de la limpieza y de mantenernos alimentados, se ocupa de casi todo, y yo solo tengo que dejarme querer e ir a trabajar, aunque, si fuera por Álvaro, no iría. Yo no quiero ceder mi independencia y por ello me mantengo en mis trece.

Alba, al fin, se ha comprado un piso en Madrid. Para mi felicidad, no está lejos del de Álvaro y en dos minutos caminando voy de mi casa a la de mi amiga. Ella ahora vive con su madre y están superando lo ocurrido como pueden, la muerte de un familiar nunca es sencilla. Para apoyarla está Lucas, su compañero de trabajo, que la trata como a una reina y se desvive por hacerla sonreír.

Me levanto de la cama y, desganada, me arreglo para ir a trabajar. En días como hoy, en los que mi pequeño peleón no deja que coma nada, me gustaría hacer caso a mi dominante pareja y quedarme en casa, pero no puedo. Jorge ha encontrado una nueva pista en el caso de Cuenca, y yo tengo que ayudar.

Mañana es viernes, lo he pedido libre en el trabajo, pues el sábado se casa Vicky en Santiago y tenemos que ir todos para allá. La despedida de soltera de Vicky fue una reunión de chicas y chicos gais de lo más tranquila. Fuimos a cenar y a bailar, como hacíamos antes de que los hermanos Cuesta entraran en nuestras vidas. Álvaro se fue con Alex a celebrar su despedida y estoy segura de que ellos la han disfrutado más.

Desganada, salgo de casa, paro un taxi y me voy a trabajar. Las náuseas no me dejan en paz y antes de mediodía va a ser imposible meter algo en mi estómago revuelto. Entro en el periódico y busco a Jorge, mis revolucionadas hormonas hacen un baile al verle, está inclinado sobre su mesa, con las mangas subidas hasta los codos y con el bolígrafo en la boca. Si Álvaro no cubriese mis necesidades de embarazada caliente, seguro que él sería un muy buen candidato. Me reprendo por mis pensamientos lujuriosos y doy una bofetada mental a mis hormonas. Yo solo necesito las atenciones de mi Álvaro. ¡Nadie más!

Decidida, camino hasta mi mesa, coloco mi chaqueta y mi bolso, me dejo

caer en la silla y pregunto en un murmullo:

—¿Alguna novedad?

—Toma.

Jorge deja caer en mi mesa una carpeta llena de movimientos bancarios, extractos y facturas que no acabo de entender. Le miro y, sonriendo, marca un par de movimientos con el bolígrafo.

—Estos son los que nos van a dar un premio al mejor reportaje de investigación, preciosa, estamos a un paso de destapar la trama.

Una enorme sonrisa invade mi cara y empiezo a buscar concordancias, movimientos que no deberían estar ahí y nombres de gente que no aparecen en ningún registro del ayuntamiento. Pasadas cuatro horas, con los ojos rojos y una sonrisa de satisfacción, corro hasta Jorge y le enseño lo que he encontrado.

—Este concejal tiene varias cuentas en paraísos fiscales, ¿desde cuándo un concejal tiene tanto dinero? Además, he revisado los movimientos que me permiten y hay enlaces con dos empresarios importantes de Madrid. Creo que les tenemos...

—Joder, Almudena, eres buena.

Efusivo, Jorge me abraza y yo me quedo congelada, es la primera vez que lo siento tan cerca y no me encuentro cómoda con esta situación. Él me suelta y va a su mesa corriendo, hoy no hay pausa para comer, por más que mi cuerpo necesite la comida. Estamos demasiado cerca y ninguno quiere dejarlo ahora.

La tarde pasa y con ella mi hambre se va convirtiendo en debilidad. Cuando me levanto para recoger mis cosas e irme a casa, todo se nubla y caigo al suelo. Cuando vuelvo a abrir los ojos, escucho gente que habla a mi alrededor, también pitidos y pasos. Por un momento no sé dónde estoy, pero lo ocurrido en el periódico regresa a mí como un tsunami. ¡Me he desmayado! Álvaro se va a enfadar si se entera de que no he comido nada en todo el día... Giro la cara y me encuentro los ojos preocupados de Jorge, ¿por qué está él aquí?

—¿Dónde estoy?

—Por fin te despiertas, menudo susto me has dado. Estamos en el

hospital, no reaccionabas y los de la ambulancia han decidido traerte aquí. Te han puesto suero y parece que las cuatro horas que has dormido te han ido bien.

Intento asimilar lo que me dice, pero mi cerebro no parece muy por la labor de colaborar. ¿Ha dicho que llevo cuatro horas en el hospital? Ay, Dios... ¡Álvaro me va a matar!

—¿Dónde está mi teléfono?

Jorge me lo da, por lo visto lo tenía él. Con la mano temblorosa marco el número de Álvaro y espero.

—¿Nena? Joder, Almudena, que estaba a punto de ir a la policía. ¿Dónde coño estás?

—Álvaro..., estoy en el hospital.

Los gritos de Álvaro me molestan y aparto el teléfono de mi cara, Jorge se apura a cogerlo y procede a explicarle lo ocurrido, sigo escuchando cómo grita y me estremezco. Va a estar muy enfadado cuando llegue. Jorge corta la llamada y me mira de reojo.

—¿Por qué no le has avisado? Estoy segura de que ha llamado mil veces y tú tenías mi móvil...

—No lo hice porque no quise. Lo último que necesitas es a ese loco gritando.

—Ese loco, como tú dices, es mi pareja y el padre de mi hijo. Es mejor que no lo olvides...

Me giro en la camilla a la espera de que alguien me diga qué me pasa y si me puedo ir o no a casa. Escucho los pasos de Jorge al salir y me quedo pensando en la boda. Mañana tengo que coger un avión y, si estoy así, Álvaro no lo va a permitir. Pero yo ni loca me pierdo la boda de mi hermana, porque eso es Vicky, más una hermana que una amiga. Ya puede enfadarse, los dos tenemos que estar en esa boda sí o sí.

Decidida a salir de aquí cuanto antes, llamo al timbre y aparece una enfermera, le pido ver al médico y, a los pocos minutos, él aparece. Para mi desgracia lo hace al mismo tiempo que Álvaro. Las preguntas del doctor me ponen en una situación comprometida, no le quiero mentir y eso me acobarda, porque si mi hombre se entera de que no he comido... Me

estremezco solo de pensar en la que se puede liar.

Álvaro permanece atento y, como yo pensaba, al escuchar que no tuve tiempo de comer sus ojos se oscurecen, ay, madre... ¡La que me va a caer! Pasada una hora estoy saliendo del hospital, agarrada al brazo de un muy serio Álvaro y pensando en cómo hacer para estar presentable el sábado en la boda. El camino hasta casa se hace en el más absoluto silencio y no sé muy bien la razón. Supongo que ha influido todo: que Jorge me ayudara, que no le avisara y que no haya comido.

Entramos al piso y Álvaro me lleva hasta la cocina, me ayuda a sentarme en un taburete de los de la barra y procede a calentar la comida que ha dejado Norma. Me preocupa tanto silencio y por ello me armo de valor para hablar:

—Álvaro, ¿qué te pasa?

—Nada, ¿debería pasarme algo?

—Pues... no lo sé. Dímelo tú...

Su tono de voz me da escalofríos. Casi destila hielo por los ojos y sus palabras podrían congelar. Él me mira y niega.

—No puede ser que no te hayas dado cuenta.

—¿De qué?

—Joder, Almudena, ¡que no eres una niña!

Me cruzo de brazos, seria, y espero a que se explique, me niego a tener una conversación de besugos y esta lo parece.

—Ese tipo está colado por ti. ¿Por qué crees que no me ha avisado? He llamado más de veinte veces a tu móvil, si él lo tenía... ¡¡podía al menos haberme dicho que estabas bien, joder!! Casi me muero de la preocupación.

—No sé qué siente él, Álvaro. Yo estoy segura de que solo quiero estar contigo. Y hoy se lo he dejado muy claro, le he dicho que vamos a ser papás.

Sus ojos se iluminan, pero una sombra vuelve a cubrirlos, ahora es cuando me echa la bronca, si lo sabré yo... —¿Por qué no has comido?

Me remuevo en la silla y aparto la mirada culpable, sé que tiene razón. Debería cuidarme más, sobre todo, no puedo seguir saltándome las comidas, eso no le hace bien a mi bebé.

—Esto no es un juego, Almudena, tienes que alimentarte.

—Ya lo sé... es que hoy no he tenido tiempo.

—Espero que no se repita. Y espero también que ese compañero tuyo sepa cuál es su lugar, no quiero tener que volver a explicárselo.

Me levanto de la silla y camino despacio hacia él. Le rodeo el cuello con los brazos y le doy un leve mordisco en el lóbulo de la oreja.

—Estoy segura de que le ha quedado claro.

—Si lo que intentas es distraerme, no va a funcionar.

Aunque su voz es seria, no me aparta de su cuerpo. Sonríó sabiendo el efecto que causo en él, que es muy similar al suyo sobre mí, y le susurro al oído:

—¿Por qué querría yo distraerte?

Deslizo la lengua por su cuello hacia delante y mordisqueo su mentón. Las hormonas revolucionadas por el embarazo ayudan a mis, ya de por sí, calenturientas neuronas y acabo frotándome descaradamente contra Álvaro. Sus manos toman posesión de mis caderas y, tras apretarme más y notar su endurecimiento, me aparta para continuar preparando la comida. Gruño de frustración y regreso a mi lugar. Conociéndole..., mientras no coma no me dará lo que quiero. ¡Y ahora me apetece más que comer!

Comemos y, mientras lo hacemos, acordamos los últimos detalles de nuestro viaje a Galicia. Tenemos reservada una habitación en el hotel en el que se realizará la boda. Como todos los que vamos desde Madrid. La familia del novio es pequeña, pero ya está la de la novia para compensar. Van a casarse en la catedral y tienen todo preparado para dejarnos a los invitados boquiabiertos. ¡A saber qué irán a liar ese par!

Cuando acabamos, Álvaro se hace el remolón. Recoge la mesa, va a su oficina, después va a ducharse, es como si me estuviese evitando, y eso no va a ocurrir. Decidida a dejar clara mi postura, ya con el estómago lleno, entro al cuarto de baño y me desnudo en absoluto silencio. Él está totalmente concentrado en su ducha y se sorprende cuando me ve abrir la mampara y entrar. Mi mirada golosa recorre sus tatuajes, después sus pectorales y descende por sus abdominales. Mi hombre tiene un cuerpazo y ya es hora de que lo disfrute. Me acerco a él, que sigue parado mirándome con el agua corriendo por sus definidos músculos, paso la lengua por su apetitosa boca y le muerdo el labio inferior. Como si fuera el botón de activación, toda su

pasividad se va por el desagüe. Con dos sonoras palmadas coloca sus manos en mis nalgas y me aprieta contra él. Entre nuestros cuerpos se desliza el agua, haciendo que nuestras pieles se resbalen la una contra la otra sin ningún impedimento. Me paso la lengua por el labio superior y él, hambriento, se abalanza sobre mi boca. De esta forma pasamos de la total inactividad, a gemir como dos posesos. La siguiente media hora nos damos placer sin ningún impedimento. Al salir de la ducha los dos sonreímos, la tensión se ha ido con el agua, y me alegro de ello.

Paso toda la noche abrazada a su firme cuerpo y disfrutando de su cercanía. Cuando me despierto, nuestros ojos se encuentran y, como dos adolescentes, volvemos a dejar fluir la pasión.

Con todo preparado para el viaje, felices por nuestra noche de amor, bajamos hasta el garaje y nos vamos a buscar a nuestros amigos para ir al aeropuerto.

La boda

Acabamos de aterrizar en Santiago. El vuelo ha sido tranquilo y corto, en una hora hemos pasado del atiborrado Madrid, al tranquilo Santiago. Con nosotros vienen Miguel, Alba y Lucas. Fran, Vicky, Alex y Clara ya están aquí desde hace una semana. Tenían muchos detalles que ultimar. En el aeropuerto nos esperan Carlos y Fran, cada uno con un coche, preparados para cargar las maletas y llevarnos al hotel.

Álvaro se funde en un abrazo con su amigo, y yo sonrío al verlos, solo con él y con su hermano se le ve vulnerable, bueno..., supongo que conmigo también. Arrastramos las maletas por el encerado suelo de la terminal y salimos al frío y húmedo aire gallego. Nos repartimos en los dos coches y nos vamos.

Al mediodía, nos reunimos todos para comer, juntos disfrutamos de unas horas de anécdotas que nos hacen reír. Al acabar la comida, Vicky nos hace salir a las chicas y nos vamos todas a pasear por la ciudad. Su último día de soltera lo pasamos las cinco juntas; sus dos hermanas de sangre y sus dos hermanas de corazón. A la hora de la cena llegamos a casa de Carlos y Silvia, cargadas de bolsas y riendo sin parar. Al ver a Álvaro le guiño un ojo y procedo a sentarme sobre sus rodillas, me inclino y le susurro al oído:

—He comprado algo para celebrar la noche de bodas.

—Nena, no somos nosotros quienes nos casamos.

El tono de su voz es de completa felicidad y me encanta. Me pego más a él y paso la lengua por su cuello antes de separarme y volver a susurrar:

—Si mañana no quieres, solo tienes que decir que no...

Me levanto y camino hacia las escaleras, ágil las subo y me encuentro a las chicas riendo a carcajadas. Hemos pasado media tarde de compras y, al pasar por delante de un sex shop, se nos ocurrió regalarle algo a la novia. Aunque todas acabamos comprando algún detalle para nosotras o nuestras parejas.

Llega la hora de la cena y, como a mediodía, nos pasamos todo el tiempo entre risas y anécdotas. Pasada la medianoche decidimos irnos a dormir. En la calle, abrazo a Vicky que esta noche se quedará en casa de su hermana para arreglarse mañana e ir desde allí hasta la iglesia.

—Descansa, amiga, mañana va a ser un día muy largo.

Todos nos abrazamos y, felices, nos vamos a nuestros respectivos destinos para pasar la noche. Con Alba y Lucas nos vamos al hotel. Lucas es el compañero de trabajo de Alba y es un chico muy guapo. Rubio, con el pelo largo y despeinado, de ojos verdes y una forma de ser tan agradable que dan ganas de abrazarle, como si fuera un oso de peluche. Alba y él comparten habitación, no sé muy bien que se traen esos dos, pero yo creo que mi amiga sigue enamorada del futbolista cabrón.

Ya en nuestro cuarto, me dejo caer en la cama, no sabía que estaba tan cansada hasta ahora. Las manos de Álvaro empiezan a retirar la ropa que cubre mi cuerpo y yo, sonriendo, le dejo hacer. Sus atenciones siempre son bienvenidas, más si me va a consentir, como parece ser el caso... Entre caricias y besos me voy quedando dormida, mi cuerpo ha dicho basta y nada ni nadie ha podido impedirlo.

¡¡Y el día de la boda ha llegado!! Álvaro está tan nervioso que me acabará alterando a mí también. Vale que sea su hermano quien se casa, pero... ¡no es para tanto! Me he duchado y con un chándal acudo al salón de belleza donde Alba y yo tenemos cita. Es cosa de las hermanas Salinas, ellas se hicieron cargo de organizar todo hasta que Vicky vino a Santiago.

Son las doce y media de la mañana y me encuentro agarrada del brazo del Álvaro, delante de la fachada de la Catedral de Santiago de Compostela. Hoy va a ser un día inolvidable y la mañana ha estado a la altura. Al salir de la peluquería, con nuestros chándales y recién arregladas, Alba y yo nos hemos ido a casa de Silvia y Carlos. Allí se ha preparado la novia y nosotras queríamos acompañarla. Entre risas la ayudamos a vestirse y, media hora antes de la misa, salimos corriendo hacia el hotel a ponernos nuestros vestidos.

Ahora estoy viendo a Alba caminar hacia mí del brazo de Lucas. Lleva un vestido de seda ajustado en la parte de arriba, marcando su cintura y que se abre en varias capas de diferentes largos y tonos de verde, está impresionante y no soy la única que lo piensa, los ojos de su acompañante no dejan de volver a su cuerpo una y otra vez. Lucas lleva un traje negro, una corbata verde y una impoluta camisa blanca, si ayer me parecía sexy, hoy está para comérselo. Qué buen ojo tiene mi amiga.

Entramos en la catedral y la solemnidad de tan impresionante edificación

me sobrecoge. Ya había venido antes, pero nunca lo había vivido de esta forma. Me sujeto con fuerza al brazo de Álvaro y juntos caminamos hasta el principio de la fila de bancos. Hay una rosa roja colocada en cada banco, fila sí y fila no, lazos de raso blanco y varios arreglos florales que juegan con los dos tonos con total hegemonía. El interior de la catedral está increíble así adornado. Cuando nos sentamos, en nuestro lugar hay unos libritos que contienen las lecturas y canciones que los novios han elegido para la ceremonia y una foto de los dos juntos, es precioso.

Suspiro emocionada y Álvaro me acaricia la mejilla, sonriendo le miro y vuelvo a suspirar, esta vez por lo sexy que está con ese traje a medida. La tela negra se pega a sus músculos como una segunda piel, la camisa gris perla oculta a la perfección ese torso que me vuelve loca, y su corbata hace perfecta combinación con mi vestido azul eléctrico.

El día que fui a comprarme el vestido para la boda, Alba insistió en acompañarme y acabé eligiendo uno muy ajustado, si el embarazo estuviese más avanzado ya no me serviría. Es de seda salvaje azul con detalles en encaje blanco. Una preciosidad de vestido, atado al cuello y largo hasta los pies, con una abertura poco discreta hasta medio muslo que por poco provoca que llegue tarde a la boda. Mi loco novio quería estrenarlo y lo mío me ha costado que desistiera.

Un silencio sepulcral invade la catedral y yo me vuelvo hacia la puerta, en la entrada está Alex con Carmen agarrada a su brazo. Los dos sonríen y empiezan a caminar hacia el altar. El novio hace su entrada triunfal y una lagrimilla de emoción corre por mi cara, Álvaro aprieta mi mano y sonrío. Alex está muy guapo con chaqué, con su rosa roja en la solapa y esa cara de bobo enamorado que no le abandona. Tras ellos aparecen Clara y Santi. Van agarrados de la mano y vestidos como muñequitos. De blanco con un lazo rojo y flores en la cabeza, ella, y de blanco con fajín rojo, él. Clara lleva las arras dentro de una cesta, y Santi los anillos en un precioso cojín. Sonrío al verlos llegar al banco donde Carlos los espera y satisfechos se sientan. La marcha nupcial empieza a sonar y todos nos volvemos para ver entrar a Vicky. Mi amiga camina decidida hacia su prometido, casi esposo, del brazo de un orgulloso Fran y con un ramo de rosas rojas impresionante. Nuestro amigo es, y siempre será, lo más parecido a un hermano que ella tiene, por eso no podía ser otro quien la entregara en el altar. Se les ve emocionados y muy felices. Al llegar donde está Alex, Fran coge la mano de él y la coloca

sobre la de Vicky, no sé qué le dice porque no se escucha, pero la mirada de Alex es muy significativa, seguro que le ha avisado que la cuide o algo así. Sonríó sin poder evitarlo y aprieto la mano de Álvaro. La ceremonia se me pasa volando, una nube de emociones y hormonas revolucionadas me tienen todo el rato soltando lagrimitas de pura felicidad.

Una vez salimos al exterior, empezamos a prepararnos para la lluvia de arroz, estamos todos con las manos llenas. Varios amigos de Alex han traído cañones de confeti y están en la salida para explotarlos. Miro a todos los presentes y alegría es todo lo que se refleja en sus rostros. Feliz, me coloco en posición para lanzar mi arroz a la pareja y poder por fin abrazar a mi amiga. Pasados unos largos minutos, los novios salen desconfiados, pues saben lo que les espera. En cuanto los tenemos a tiro, todos dejamos caer nuestro cargamento sobre ellos de tal forma que solo se ve una cortina de arroz en el lugar. Durante minutos eternos, los fuegos artificiales no dejan de explotar y el arroz de caer. Hasta pena me da mi amiga... ¿A quién pretendo engañar? No me da pena ninguna.

Mientras la feliz pareja se va a realizar su sesión de fotos, los invitados nos dirigimos al restaurante donde se realizará el convite. Allí pondrán unos aperitivos para hacer más corta la espera. Con nuestros amigos nos pasamos una hora riendo, comiendo y bebiendo. El jefe de camareros aparece y nos avisa que es momento de entrar, que, por favor, le sigamos y, como ovejas obedientes, vamos todos detrás. En la entrada del salón de la recepción hay una lista y en ella indica el número de mesa donde cada uno está colocado. Sonriendo al ver quién nos acompaña, voy hasta mi sitio.

En la mesa nos esperan Silvia y Carlos, Clara, Santi, Paula, Alba y Lucas, pero aún faltamos los mejores. Felices de estar juntos en este día, tomamos asiento y nos disponemos a esperar a los novios. Estamos entretenidos charlando cuando los acordes de «Hasta mi final», de Il Divo, empiezan a sonar. Todos nos levantamos y comenzamos a aplaudir al verlos entrar. Sonrientes, brindan y, en lo que dura la canción, van hasta su lugar en la mesa presidencial, donde los esperan los padrinos.

La comida empieza a llegar y yo alucino. Toda mi emoción por la ceremonia se va convirtiendo en incredulidad. ¿Dónde se supone que tengo que meter toda esta comida? Primero los camareros nos traen una bandeja llena de mariscos fríos, no sé los nombres de todos y si se entera Vicky me pone a estudiarlos seguro. Hay cinco tipos diferentes, empiezo por las patas

de unos y, cuando la bandeja va por la mitad, regresan los camareros. Estupefacta, miro el pedazo de bicho que me han puesto delante. ¡Un bogavante a la plancha! Empiezo a picotear, me lo como porque así caliente está de vicio. Los camareros recogen ese plato y traen las cigalas, después langostinos a la plancha, vieiras, almejas a la marinera, rape con unas patatas asadas y ensalada. Cuando estoy pensando en desabrocharme el vestido para poder seguir, traen el sorbete. Según Álvaro, eso significa que se ha acabado el pescado...Y tiene razón. Lo que no me esperaba es que ahora hubiese cabrito asado con menestra de verduras y ternera asada con patatas. ¡Con toda esta comida tendríamos para un mes! Me froto mi barriga llena y resoplo. ¡Aún falta el postre! Llevamos casi cuatro horas comiendo y sin pinta de parar. Álvaro me mira y se echa a reír, llamando la atención de todos los que nos rodean. Es raro que mi hombre serio se ría así.

Las luces del salón se apagan y aparece la tarta. ¡Pedazo de tarta! Si sigo así, no comeré en toda la semana... Ponen unas bengalas y les dan unas espadas a los novios, ellos cortan un trozo y, felices, la prueban. Los veo tan enamorados que otra lágrima corre por mi mejilla, ¡vaya con las hormonas! Reparten el postre y, con la tarta, nos traen un helado de vainilla en un barquillo de galleta. Estoy tan llena que no sé si podré comerlo, pero es que tiene una pinta deliciosa y no me puedo resistir. Alba se ríe al verme y las dos devoramos el helado como si no hubiese un mañana.

Un golpeteo con la cucharilla en una copa nos advierte y todos miramos hacia allí. Ahí va nuestra sorpresa. Hemos estado preparando un vídeo de recuerdos para ellos, donde se ve su evolución desde la infancia hasta el día de hoy. Sus momentos felices reunidos en este día tan importante. Todos nos emocionamos, pero sobre todo ellos. Al acabar el vídeo brindamos, y unos felices novios empiezan a repartir regalos. Me quedo otra vez alucinada cuando una figurita de novios se planta delante de mí. Álvaro y yo nos levantamos sonriendo. Abrazo a mis cuñados, porque eso son ahora, y nos sacan las fotos de rigor. Continúan con el ritual y el ramo de novia acaba en manos de Alba, que, asustada, mira a Lucas. Los dos se ríen y continuamos disfrutando del día.

Por fin la pareja va a la pista de baile, su canción empieza a sonar y ellos la bailan ajenos a todos los que los rodeamos. A partir de ese momento, todo es consumir el exceso de comida. Las dos primeras horas las ameniza un dúo local. Hacen versiones de las canciones clásicas y alguna moderna, todos

bailamos felices y animados. La barra libre hace destrozos y, para cuando nos trasladamos a la discoteca que tenemos solo para nosotros, más de uno ya casi no se tiene de pie. Durante horas bailamos y disfrutamos de la compañía de nuestros amigos y familiares de los novios. En un momento de la noche, colocan una fuente de chocolate y todos acabamos con las brochetas de fruta disfrutando del succulento manjar. Y eso que unas horas antes decía que no comería nada hasta la siguiente semana...

Agotada, me dejo caer en una de las sillas que hay en la discoteca y observo a mis amigos. Vicky viene hacia mí y se sienta a mi lado, me da un beso en la mejilla y me abraza.

—Bueno, Almu, ahora ya puedes decir que sabes cómo es una boda en Galicia.

Estallo en carcajadas y la loca de mi amiga regresa a bailar con su recién estrenado marido. Una mano grande y cálida se apoya en mi hombro. Alzo la mirada y los ojos más bonitos del mundo me están observando.

—¿Todo bien, nena?

—Todo perfecto, ha sido un día para no olvidar en la vida. Ojalá el día que yo me case lo pase igual de bien.

Su mirada se oscurece y no sé la razón. De repente me encuentro de pie, entre sus brazos y con su impetuosa lengua introduciéndose en mi boca. Me dejo llevar por su arranque de pasión y acabamos en un lateral de la pista, meciéndonos al son de una canción que solo nosotros escuchamos sin dejar de besarnos. Los silbidos no tardan en oírse y, para que vean lo poco que me importa, atraigo más a Álvaro y seguimos besándonos.

Poco a poco, la gente se va yendo a su casa o al hotel. Quedamos los de siempre en esta discoteca improvisada. Todos llevan demasiado alcohol en sangre como para poder razonar y eso hace la situación aún más divertida. Cansados, decidimos irnos a dormir y ahí se desata la guerra. Por lo visto a Fran le gusta la idea de dormir con los novios. Todos reímos al ver a Alex sacarlo de su cuarto y cerrar la puerta rápido para que no se vuelva a colar. Feliz, entro a nuestro dormitorio y me dejo caer en la cama. Álvaro ha entrado en el baño, y yo, decidida a darle su sorpresa, intento mantenerme despierta. El cansancio me puede, me acurruco y, a los pocos minutos, todo se vuelve negro.

Regreso a casa

Son las once de la noche del último domingo de mayo. Hemos llegado hace poco a casa tras un fin de semana intenso en Santiago, rodeados de la familia Salinas. Álvaro está dándose una ducha, y yo puedo irrumpir en su momento de relajación o seguir analizando el día. Sonriendo, me levanto y empiezo a desnudarme. Sin hacer ruido, entro al cuarto de baño y le observo, el agua corre por su cuerpo como si las gotas compitieran a ver cuál consigue conquistar más piel. Me apoyo en el marco de la puerta y, sin dejar de mirarle, me vuelvo a perder en mis pensamientos.

Le había prometido a mi señor mandón una noche increíble para el día de la boda, pero me quedé frita en la cama, con vestido incluido. El pobre tuvo que sacarme la ropa y deshacerme el peinado para que al menos pudiese descansar cómoda. Y todo sin que yo me despertara. Si es que mi Álvaro cuando quiere es un amor.

Decidida a compensarle, camino hacia la mampara de la ducha y la abro, sin dejar que se recupere de su sorpresa me cuelo dentro y me pego bien a su cuerpo.

—Tú y yo tenemos algo pendiente...

No decimos nada más. Sus manos, su boca y toda su piel están en contacto con mi cuerpo. Las palabras sobran y la pasión toma el control de la situación. Álvaro eleva una de mis piernas, se rodea la cadera con ella y empieza el baile. Nuestros gemidos y el agua de la ducha son los únicos sonidos que se escuchan hasta que un grito con su nombre sale de mi garganta. Salimos de la ducha y, entre mimos, nos secamos. Si seca mi hombro, me da un beso en él, si es mi brazo, una caricia, así continuamos hasta estar completamente secos y excitados de nuevo. Como si no acabáramos de hacerlo en la ducha, nos besamos y, como dos adolescentes necesitados, nos dirigimos a la cama, donde damos rienda suelta a lo que el cuerpo nos pide.

Abrazados, nos dormimos y, cuando a la mañana siguiente suena el despertador, continuamos en la misma posición. Sus brazos fuertes rodean mi cintura, su respiración eriza la piel de mi nuca y nuestras piernas están enredadas. Apago el despertador y su mano empieza a moverse dejando claro que también se ha despertado, aunque no lo dudaba, porque siento que todo

su cuerpo se ha endurecido, sobre todo la parte que más se alegra de verme, que roza insistente la piel de mi trasero.

Remolona, me giro entre sus brazos y nos quedamos nariz con nariz. Le doy un tierno beso y él continúa sin abrir sus preciosos ojos. Mordisqueo su labio inferior y siento una ligera elevación de su labio cuando lo suelto, está sonriendo y me encanta.

—Buenos días.

Susurro cerca de su oreja, y dejo un dulce beso en su cuello. El agarre de sus brazos se aprieta y yo vuelvo a sonreír. Cómo me conoce este hombre, sabe que es hora de ir a trabajar y que en menos de cinco minutos tengo que salir de esta cama. Como puedo, voy saliendo de su abrazo y me siento en el borde, le miro sobre mi hombro y niego. Sus ojos están abiertos y fijos en mi cuerpo.

—¡Vamos, dormilón!, que vas a llegar tarde a la oficina. ¿Qué ha pasado con el jefe responsable y gruñón del que hablaba Vicky?

—Buenos días, nena. Tú sabrás lo que le has hecho a ese tipo, yo hace mucho que no lo veo.

Su brazo rodea mi cintura y acabo tumbada en la cama de nuevo. Me besa dulce y, cuando me he relajado por completo entre sus brazos, me muerde el labio inferior con fuerza. Me aparto levemente y achico los ojos para mirarle.

—¿Me has mordido?

—Joder, nena, claro que te he mordido. Y con esa frase me has recordado a nuestra primera vez. Me estás poniendo muy caliente, Almudena, a ver cómo lo haces para que no me vaya a la oficina en este estado.

Levanta las mantas y me enseña su excitado cuerpo. Suelto una risita y me escabullo de sus brazos. Si me pongo a complacerle ahora, voy a llegar muy tarde al trabajo y Jorge me va a echar la bronca. Salgo de la cama casi corriendo y me encierro en el baño, desde donde grito:

—Mala suerte, señor Cuesta, por esta vez tendrás que ocuparte tú del asunto.

Escucho su gruñido y me apresuro a intentar colocar mi pelo y maquillarme, tras la ducha de la noche anterior, hoy solo es vestirse y salir

pitando. Cuando vuelvo a la habitación me quedo muda, la situación es, cuanto menos, digna de admirar. Álvaro está tumbado en medio de nuestra cama, tiene los ojos entrecerrados y su mano se desliza por su erección sin prisa pero sin pausa. Sus ojos se clavan en los míos al verme aparecer, no llevo nada de ropa puesta y parece que eso le alegra pues su mano va acelerando el ritmo. Tengo ganas de abanicarme por el acaloramiento que me está dando. ¡Dios!, ¿qué me hace este hombre? Me obligo a ir al armario y vestirme, todo ello sin dejar de mirar de reajo a mi insaciable novio. Me estoy cerrando los botones de la camisa y no dejo de mirarle a través del espejo, su respiración se ha acelerado y, aunque no quiero admitirlo, a mí también me iría bien un desahogo. Aprieto las piernas y me niego a seguir pensando así. Me apresuro para acabar de vestirme y me encamino hacia la cocina.

—Nena...

Me giro para verle y sus rasgos tomados por el placer me hacen estremecer. ¿Por qué me hace esto? Trago de forma audible y me quedo como tonta mirándole acabar en su mano. Se relaja sobre la cama y sus ojos vuelven a clavarse en los míos.

—Esto sería mil veces mejor si lo hubieses hecho tú.

—Yo...

Me ha desarmado con una sola frase. Carraspeo y me estiro la ropa, que está perfecta, pues no me he movido, pero necesito usar mis manos para algo que no sea tocarle a él. Salgo hacia la cocina y escucho su risa, el muy capullo sabe lo que me hace y lo está disfrutando. Preparo café para los dos y unas tostadas, cuando voy a empezar a desayunar, aparece impecable con su traje hecho a medida y una sonrisa de satisfacción que me calienta la sangre. ¡Malditas hormonas y maldito hombre! Van a acabar conmigo...

Desayunamos rápidos y salimos hacia el garaje, hoy Álvaro decide que él me llevará al trabajo y me irá a buscar por la noche. Aunque no lo dice, sé que está preocupado por mi desmayo del viernes y por ello lo dejo hacer.

Estamos entretenidos despidiéndonos en la entrada del periódico, besándonos y susurrando cuánto nos queremos, cuando unos golpes en el cristal nos sorprenden. La cara de Álvaro me dice que es Jorge y, al girarme y verle, lo confirmo. ¿Qué demonios hace este hombre molestando? Él mira su reloj y pone mala cara. Lo he pillado, llego tarde. Doy un último beso a mi novio y salgo rápido del coche.

—Buenos días, se me han pegado un poco las sábanas. El cansancio de la boda y eso...

Su cara seria me va haciendo bajar el tono y acabo por callarme, no parece interesado. La forma en la que me responde me deja claro que mis palabras del hospital han marcado un antes y un después en nuestra relación. Es mejor así, no quiero confusiones.

—Aquí venimos a trabajar, y llegas tarde. Que no se repita.

No digo nada más, solo le sigo hacia nuestras mesas y empiezo a revisar el correo. En absoluto silencio, voy abriendo cartas a la espera de que el ordenador acabe de encenderse. La última viene sin remitente y eso me hace estremecer. Los anónimos... A ver con qué me amenazan esta vez... La abro y ahogo un gemido al ver una foto mía con Álvaro. Sigo mirando y el mensaje es claro.

Deja la investigación o ambos lo pagaréis.

Se me escapa un grito y se me cae el anónimo. Decidida a no dejarme amedrentar, cojo mi teléfono y llamo al número que nos dio la policía por si había más amenazas. La inspectora Reyes no tarda en responder y, al notar mi nerviosismo, me dice que viene para la redacción. Al dejar el teléfono me encuentro a Jorge con la foto en la mano y una mirada que no logro descifrar, parecen ¿celos?

Durante lo que me parecen horas, aunque solo son unos pocos minutos, espero a que Reyes llegue. No logro estarme quieta en la silla, indecisa sobre si debería o no contarle esto a Álvaro. La foto... es de la boda. Somos nosotros en la boda de su hermano. Una amenaza clara y concisa que me asusta como ninguna otra que me haya llegado.

Suspiro al ver entrar a Reyes seguida por su compañero, él se va directo hacia Jorge, y ella se viene conmigo. Se sienta frente a mí y empiezo a explicarle todo. La boda, su localización y mi preocupación porque el que envía las amenazas las está haciendo más firmes. Ella asiente y, después de un tenso silencio, al fin pregunta:

—¿Qué estáis investigando? A estas alturas sería bueno que la policía interviniera y os evite males mayores.

—Es un caso de corrupción. Hemos encontrado enlaces con... —
Ya vale, Almudena.

Me tenso al escuchar el tono cortante de Jorge. Le miro enfadada y él niega. No quiere que hable... ¡Ja, lo lleva claro! No es a él a quien han seguido a la otra punta del país. Niego y, activa, empiezo a explicarle todo a la inspectora.

—Hemos logrado relacionar a unos concejales de un pueblo pequeño de Cuenca con un empresario importante de Madrid, también están implicados un par de políticos importantes y algún que otro empresario más pequeño. No te diré nombres para que mi superior no me linche, pero esto ya me está asustando de verdad.

—Bien, a partir de hoy, nosotros colaboraremos en la investigación.

La voz del compañero de Reyes me sorprende y la cara de rabia de Jorge me hace estremecer, nerviosa, asiento. Si ellos creen que es buena idea no voy a quejarme. Estoy asustada porque esta vez creo que la amenaza es más clara que nunca. ¿Quién iba a pensar que, tras un fin de semana tan feliz, esto iba a ser mi vuelta a la realidad? Desganada, me dejo caer en el respaldo de la silla y escucho las instrucciones de los dos policías.

—Esto no es una chiquillada, Jorge, deja de actuar como si fueras Superman, porque no lo eres. Esta es una amenaza seria y vosotros corréis peligro. Por ahora se ha centrado en ella porque es la parte débil, o eso creen. Ahora mismo pienso que de los dos, ella es la más sensata. Dados tus antecedentes no deberías estar tan tranquilo.

Me quedo mirando a Jorge y al inspector que le ha dejado mudo. No entiendo esto último que ha dicho. Paso mi mirada de uno a otro y susurro:

—¿Qué antecedentes?

Todos me observan. Jorge es el primero en apartar la mirada, la dirige al suelo y eso me pone nerviosa. El inspector, al que debería preguntar su nombre, pero la verdad es que no me interesa lo más mínimo, se cruza de brazos y niega. Reyes me mira y asiente, creo que será ella la que me cuente qué demonios está pasando aquí.

—No te preocupes, Almudena, nosotros no vamos a permitir que nada te suceda. El pasado es eso, pasado. A partir de hoy, tu compañero va a hacer caso de lo que la policía dice —le mira seria—, porque sabe que las consecuencias pueden ser realmente serias. ¿Verdad?

Jorge gruñe algo que no logro entender y se queda mirando al suelo de

nuevo. Aquí pasa algo serio y nadie tiene intención de contármelo. Pongo los ojos en blanco y, tras ultimar algún detalle sobre cómo vamos a trabajar en la investigación, los dos policías se van. Según ellos, han de hablar con su jefe y por la tarde regresarán para ser nuestras sombras. ¡Qué bien! Si no queda claro, esto es muy sarcástico, me gusta demasiado mi independencia. Tras haber rechazado la vigilancia que me quería poner Álvaro, esto se siente más de lo mismo, y no me agrada la idea.

Nos quedamos por fin solos y le miro intrigada. Él aparta la mirada y se centra en su investigación. Resoplo y hago lo mismo. Que no crea que se me va a olvidar que me está ocultando algo importante, va listo si piensa que eso puede suceder. Pasamos la mañana centrados cada uno en su parte de la investigación, y llega la hora de comer. Me levanto y, sin decirle nada, salgo, prefiero estar sola mientras pueda... No llego muy lejos, su mano sujeta mi brazo y parece enfadado. Tiro fuerte de él y me libero de su agarre, ¿qué se habrá creído para inmovilizarme así? Enfadada, salgo de la redacción hacia el bar de al lado. Ahí sirven comidas muy ricas y baratas, por ello acudimos mucho. Me siento en una mesa al lado del ventanal que da a la calle y Jorge se sienta enfrente. No decimos nada hasta que el camarero llega. Los dos pedimos nuestra comida y él se va. Nos volvemos a quedar en silencio y me entretengo mirando la gente que pasa por la acera. Noto la mirada de Jorge, pero hago como si no, ya puede esperar sentado a que yo sea la que hable. El camarero regresa con la comida y, en un tenso silencio, comemos.

Al acabar, dejo el dinero sobre la mesa y me pongo de pie, camino decidida hacia la salida o lo intento, más bien. La mano de Jorge sujeta mi muñeca cuando paso por su lado y, de nuevo, me detiene. Miro su mano y tiro de mi brazo para que me suelte, niega y aprieta más el agarre. Me duele y se lo hago saber.

—Suéltame que me haces daño. Como me quede marca te vas a enterar...

—Deja de portarte como una niña y siéntate.

—¿Perdón? Dices que yo me comporto como una niña cuando aquí el que baja la mirada y esconde información es otro. ¡Suéltame!

Mi mano queda libre de su agarre y salgo con paso firme del restaurante hacia el periódico. Está muy equivocado si piensa que soy una pobre mujer indefensa que va a ceder a sus demandas. No hay nada que odie más que ser infravalorada. Y así es como me siento ahora mismo. Si no confía en mí,

perfecto. Que se calle y me deje en paz entonces. No voy a volver a pedir que me cuente lo ocurrido, ya lo hice una vez y es más que suficiente.

Me paso la tarde entre números y nombres que me ponen de los nervios. Por más que lo intento no logro dejar de plantearme cómo le voy a decir a Álvaro que nos han seguido a Santiago, que han vuelto a amenazarme a mí y por asociación a su hijo. Ah, y sin olvidarme que para cerrar la amenaza perfecta, también le han amenazado a él. Suspiro desganada y doy por finalizada la jornada laboral.

Confesiones

Salgo del periódico corriendo cuando recibo el mensaje de Álvaro, está en la entrada del edificio estacionado en doble fila, esperándome. Me subo al coche, beso a mi novio con ardor y me coloco el cinturón de seguridad. Hablamos sobre su día en el trabajo y de cómo nota la ausencia de Alex y Vicky. Parece que mi amiga ha sabido hacerse imprescindible. Me dice que hoy ha extrañado ese café extradulce que ella siempre le lleva, aun sabiendo que él lo toma sin azúcar. Los dos reímos y pasamos a hablar de los planes para el fin de semana. Como Alex y Vicky no están, han dejado a Clara con la abuela. Álvaro cree que sería bueno cuidarla nosotros el sábado. Me estremezco al pensar que el maldito que me sigue nos vea con la niña, y no pasa desapercibido a mi observador novio.

—¿Está todo bien, nena?

Niego y él se tensa. Los dos permanecemos callados hasta llegar a casa. Subimos en el ascensor y entramos en el inmenso piso. Me siento en el sofá y él se coloca a mi lado, me mira y sujeta mi mano. Suspiro y empiezo a hablar:

—Por favor, no me interrumpas e intenta no enfadarte...

Álvaro asiente y juguetea con mis dedos. Sé que está nervioso y más que lo va a estar, pero no puedo ocultarle esto o será peor cuando se entere.

—Hoy ha llegado al periódico otro anónimo.

Noto que se tensa y detiene el juego que tenía con mis dedos. Le miro de reojo y su gesto serio me afecta. No quisiera tener que darle ninguna preocupación, pero no quiero mentiras entre nosotros.

—Había una foto de los dos. Éramos tú y yo en la boda, en Santiago.

Su gesto ahora es de enfado y ha soltado mi mano. Sé que, si por él fuera, dejaría mi trabajo y me quedaría en casa pasando mi embarazo entre algodones. Pero esa no soy yo.

—He llamado a la policía y, a partir de hoy, serán nuestros compañeros de investigación. Esta tarde han empezado a implicarse en el caso, Reyes me ha ayudado a mí, y su compañero ayuda a Jorge. Estaremos seguros a partir de hoy, los inspectores han hablado con su jefe y dejarán sus otros casos para centrarse en este.

Parece más relajado y me alegra, yo también me sentí mejor al saber que se iban a quedar con nosotros durante lo que dure la investigación. Nuestro jefe también nos ha apartado de las demás noticias y los cuatro estaremos al completo con este caso.

Me acerco a Álvaro y sostengo su cara entre mis manos. Doy un suave beso en sus labios y susurro sobre ellos:

—Te quiero.

—Y yo a ti, nena, pero esto me supera.

Me abraza como si fuese su tabla de salvación y le devuelvo el abrazo. Me siento bien entre sus brazos y me dejo hacer. Sé que por dentro su cabeza es un hervidero y aún he de contarle lo que más desconcertada me tiene.

—Hay más... El inspector ha dicho algo que me ha dejado pensando mucho. Por lo visto, Jorge tiene algún tipo de antecedente en casos como este. No sé bien qué o cómo, nadie me ha querido contar nada..., me da que es algo importante.

Álvaro se separa un poco de mí y sus ojos azules me miran interrogante. No sé qué pasará por su cabeza, pero conociéndolo, estará buscando la solución a todo.

—¿Quieres que le investigue? No me costaría mucho, lo hago con todos mis empleados. Nunca contrato a nadie sin haber revisado su historial, o a casi nadie. Con Victoria no lo hice muy bien, visto lo visto.

Su mueca me hace sonreír y poco a poco el momento va perdiendo tensión. Seguimos abrazados y no hago nada por separarme, me gusta estar así.

—No es necesario, antes o después él me lo va a contar. Es lo que tiene que hacer si quiere que le vuelva a dirigir la palabra.

Suelta una carcajada y me abraza más fuerte. Me besa en la frente y sus manos empiezan a pasearse por mi cuerpo.

—Casi prefiero que no te lo cuente. Así sé que guarda las distancias.

—No tienes por qué preocuparte, yo solo estoy interesada en un hombre, y ese eres tú. Para mí no existe nadie más.

Nos besamos y las caricias van acelerando el ritmo. Un roce por aquí y un pellizco por allá que se ven interrumpidos por el ruido de mis tripas reclamando alimento. Los dos nos reímos y nos separamos. Tras cambiarnos, vamos juntos a ver qué tenemos de cena hoy. Lo calentamos en el microondas y disfrutamos del arte para la cocina de Norma.

Ya en la cama, tras haber sacado Álvaro a relucir sus dotes de amo y señor, proporcionándome un orgasmo increíble y acurrucados para dormir, volvemos sobre el tema de la niña.

—No creo que sea seguro que Clara se quede con nosotros. Estoy convencida de que ya nos han visto con ella, pero no a los dos solos. No me gustaría convertirla en un objetivo...

—Lo entiendo, nena, deja de pensar en ello.

—Está bien. En cuanto todo esto pase, nos desquitamos, la raptamos durante un mes y que se aguanten sus padres.

Los dos reímos. La mano de Álvaro pasea por mi ombligo, se me empieza a notar un poco el embarazo, y a él le encanta acariciar la zona donde nuestro hijo crece. Con sus caricias y mimos me quedo dormida.

Cuando suena el despertador, lo apago de un manotazo y me giro en la cama buscando el calor de Álvaro, para mi sorpresa estoy sola. Me levanto y cubro mi cuerpo con una camisa suya que está en el suelo. Salgo a buscarle por el piso y, al no verle por ningún lado, deduzco que está en su oficina. Hacia allí me dirijo silenciosamente para sorprenderle. Para mi desgracia, la sorprendida soy yo. Escucho algo que me hace pararme y permanecer oculta.

—Necesito que investigues a un periodista. —Silencio—. Claro que no le voy a contratar, pero el tipo no me gusta y sé que esconde más de lo que parece. —Otro largo silencio—. Su nombre es Jorge Bustos.

Me tenso al escucharle, ¿por qué hace esto? Se suponía que iba a respetar mi decisión... Apenada por la confianza rota, me apoyo contra la pared. Escucho que siguen hablando, pero ya no presto atención. Sigilosamente, me alejo y me arreglo para ir a trabajar. Por primera vez desde que vivimos juntos, me voy de casa sin despedirme de Álvaro. Sé que se va a enfadar y ahora mismo me es indiferente. Me siento tan decepcionada que no sé cómo actuar.

Entro en la redacción y mis compañeros todavía no han llegado. Temerosa de lo que me pueda encontrar, reviso el correo. Como esperaba hay un nuevo anónimo. Lo abro y cae otra foto. En esta estoy con la novia. Vicky y yo nos abrazamos felices, recuerdo el momento y me estremezco. Saber que ese tipo nos ha estado vigilando todo el tiempo me asusta más. Yo pensaba que en el interior del restaurante había más intimidad, y ya veo que no.

Cuando llegan los inspectores les enseño la foto y les explico que eso ocurrió durante el baile, después del banquete, y que no sé cómo el tipo logró entrar. Ellos se miran y, como si hablaran telepáticamente, el inspector llama a la oficina y le da la información a alguien. Cuando corta la llamada, todos nos sentamos a seguir indagando en la investigación, en ese momento entra Jorge por la puerta con cara de no haber dormido nada. Me encojo de hombros y, como si nada, continúo con mi trabajo.

El día está siendo muy productivo. Entre la ayuda de los dos policías y el tener exclusividad en este caso, podemos dedicarle todo el tiempo que queramos. Por esa razón, cuando llega la hora de ir a comer, los cuatro salimos hacia el restaurante de al lado. Antes de entrar, la mano de Jorge me detiene.

—¿Podemos hablar?

Asiento, doy un tirón para liberar mi brazo de su agarre y espero a que hable. Tiene la fea manía de sujetarme, cosa que no me gusta nada.

—Joder, Almudena, esto es complicado para mí. Al menos pon un poco de tu parte.

Le miro impasible y empiezo a mover mi pie contra el suelo de forma continua. La impaciencia y la curiosidad me invaden, pero disimulo para que no lo note.

—Está bien... ¿Podemos, al menos, ir a un lugar donde nadie nos

escuche?

Señala al callejón que hay detrás del periódico y asiento, le sigo sin decir ni una palabra y, al estar segura de que nadie puede escucharnos, le miro.

—No vas a ponérmelo fácil, ¿verdad?

Me encojo de hombros y él resopla. Empieza a pasearse por delante de mí, va y viene sin parar y me está poniendo más nerviosa aún.

—Hace cinco años tuve otra ayudante. También era una mujer, y era casi tan obstinada como tú. —Escucho cómo coge aire y le miro curiosa—. Cuando las amenazas empezaron a llegar las ignoramos, ninguno las creyó importantes. A medida que la investigación avanzaba, las amenazas se hacían más continuas y más explícitas. El caso no era ni la mitad de ambicioso que este... Sé que no me entiendes, pero ella era importante para mí.

—¿Era?

De todo lo que me ha dicho, me quedo con el detalle de que hable en pasado sobre ella. ¡Parezco tonta! Me está contando que ya ha pasado por esto antes y yo solo me quedo con ese «era»...

—Sí, era. Ella murió...

Me quedo sin aire y empiezo a caminar hacia atrás. Sin darme cuenta estoy pegada a la pared y él se acerca a mí preocupado.

—Joder, ¿no debería habértelo dicho! Era un caso fácil, pero el tipo no quiso ir a la cárcel y decidió que mejor matar y morir. Él no me atacó a mí, la atacó a ella, y por mi culpa está...

—Yo...

Me quedo callada sin saber qué decir o qué hacer. Ni en mis locos pensamientos me imaginé que él ya hubiese pasado por algo similar. Le miro a la cara y su gesto derrotado me lleva a abrazarle, me aprieta con fuerza y yo le dejo, al menos hasta que escucho que alguien me llama. Me tenso e intento separarme, pero ya es tarde, él ha llegado en el peor momento.

—¿Almudena! ¿Puede saberse qué coño significa esto?

Su tono bajo intimida más que si gritara. Rápida, me alejo de Jorge y voy al encuentro de Álvaro. Cuando voy a hablar, recuerdo que esta mañana él estaba actuando a mis espaldas y me detengo. Por su gesto diría que ha notado el cambio en mí. Parece confuso por un segundo, pero el enfado

regresa.

—Puede pensar lo que le venga en gana, señor Cuesta, no voy a excusarme. Se pega a mí, su nariz roza la mía y noto la tensión que recorre su cuerpo. Me separo levemente y niego. Parece que mi rechazo le ha dolido, pero se apresura a disimularlo. Jorge continúa donde le he dejado, parece salir de su abstracción y camina hacia la calle. Sin saber muy bien con cuál de los dos me apetece menos estar, lo dejo irse y permanezco a un metro de Álvaro.

—¿Por qué le estabas abrazando?

Si no le conociera tan bien, pensaría que está celoso. No me lo puedo creer. ¡El gran señor Cuesta celoso! Ver para creer... Niego y miro al cielo.

—Me estaba contando ese secreto, el que ayer te pedí que no investigaras y esta mañana decidiste que era mejor, pasando como una apisonadora por encima de mi voluntad, investigar de todos modos.

—Por eso te fuiste sin despedirte...

—¡Sí! Y por esa razón no tengo ganas de hablar contigo ahora. Si me apetece, hablamos esta noche. Nos vemos en casa.

Lo dejo solo en el callejón y camino decidida hacia el restaurante. No tengo hambre, pero por el bien de mi bebé voy a comer. Cuando llego todos me miran y yo hago como que no me entero. Si no le he dado explicaciones a mi novio, menos se las voy a dar a ellos. En absoluto silencio como una ensalada y, cuando es la hora, volvemos todos juntos a la redacción. Pasamos toda la tarde entre cifras y nombres. Hoy hemos logrado implicar a un político de esos que van de dignos y que, al final, resultan ser peores que los demás. Qué rabia me ha dado ver su nombre, yo voté a ese señor en las elecciones autonómicas. Es de los que decía que lucharía contra la corrupción, y ha resultado ser uno de ellos.

Cuando es hora de ir a casa, recojo mis cosas como una autómatas. Salimos de la redacción los cuatro juntos y Reyes me acompaña hasta un taxi. Resignada, me acomodo en el asiento y suspiro, es hora de volver a mí, para nada, feliz hogar.

Discusiones

Al llegar a casa, me encuentro la mesa puesta, con velas y flores, en plan romántico, la comida calentándose y a Álvaro muy amable y servicial. Me parece que el señor Cuesta está decidido a hacerse perdonar. Sigo enfadada por lo ocurrido esta mañana, pero eso no significa que no me agrade la sorpresa. Intento que mi cara no transmita nada y me voy directa a cambiarme de ropa tras un escueto «hola».

Mientras me quito la ropa, pienso en cuál es la mejor estrategia a seguir para no caer rendida a los pies del embaucador que está en la cocina. Niego al saberme perdida, no hay nada que yo pueda hacer para evitar sus atenciones, por lo que acabaré cayendo en sus brazos como siempre. Lo que tengo clarísimo es que va a tener que sudar, no voy a perdonarlo a la primera. Sonrío, pues sé bien el placer que me va a suponer ese perdón. Suspiro y, con el pijama más flojo e infantil que he encontrado, me dirijo hacia mi destino.

Al llegar a donde él está, con unos vaqueros y una camiseta ajustada que le quedan de muerte, me siento y espero a que sirva la comida. Me repito una y otra vez que nada de ponérselo fácil, que se lo tiene que currar. Muy caballeroso, me sirve unas patatas asadas y un poco de lubina al horno, huele de maravilla y se me hace la boca agua por probarlo. Sin esperar, clavo el tenedor y me llevo un trozo de pescado a la boca. Lo saboreo y gimo complacida por su sabor, tal y como esperaba, Norma se ha superado a sí misma.

Abro los ojos, que no sabía que había cerrado, y me encuentro la mirada de Álvaro clavada en mí. Parece fascinado por algo que no llego a entender y me remuevo inquieta por la intensidad de su mirada. Evito que note mi nerviosismo apartando la mirada, «nada de ponérselo fácil», me repito. Sigo comiendo y, al acabar todo lo que me ha servido, dejo el cubierto y me froto mi pequeña barriga. Su mirada vuelve a clavarse en mí, esta vez en mis manos y en el lugar donde crece nuestro hijo. Parece preocupado de repente y me dan ganas de levantarme y abrazarlo... No, nada de ponérselo fácil, Almudena, hay que establecer un límite.

Nos quedamos mirándonos en silencio, parece querer decirme algo, pero

no habla y yo suspiro. Al final tendré que ceder y no quiero. Él ha sido quien ha actuado mal, ahora ha de dar el primer paso. Voy a levantarme para recoger cuando escucho su voz, es un susurro y apenas se entiende, me parece que ha dicho que lo siente.

—¿Podrías repetirlo? No te he escuchado bien.

—Nena, no me hagas esto...

Me cruzo de brazos, el enfado regresa a mí con toda su fuerza. Si no quiere pedir perdón, pues vale. Decidida, me levanto y ya ni recoger la mesa entra en mis planes, camino hacia el salón. De nuevo escucho su voz y me detengo en la puerta, le miro sobre mi hombro y arqueo una ceja.

—Lo siento... ¿Me has escuchado? ¡Lo siento! No debería haber investigado a Jorge. ¿Contenta?

—No, Álvaro, no estoy contenta ni nada que se le parezca.

Me giro para mirarle de frente y se levanta de su silla. Camina rápido hacia mí y sujeta mis manos. Su mirada me dice que de verdad lamenta haberme contrariado, pero no creo que sienta haber mandado investigar a mi compañero.

—Almu, sé que puedes pensar que digo esto solo para que me perdones, pero no es cierto. Yo...

Suelta mis manos y empieza a pasárselas por el pelo, revolviéndolo de una forma muy sexy. Me mira y, parado frente a mí, coloca su mano en mi mejilla, deslizando levemente sus dedos por mi piel.

—¡Joder! Yo no quiero que estemos enfadados. Entiéndeme, eres, sois, lo más importante para mí. Necesitaba saber que estabas segura...

—Eres demasiado controlador, Álvaro, tienes que intentar relajarte.

—Lo intento, nena, pero me cuesta. Nunca había tenido una relación con alguien que me importara tanto como tú. Nunca había tenido alguien más por quién preocuparme, y me estoy volviendo loco.

Coloca su mano en mi ligeramente abultada barriga y se acerca más a mi cuerpo. Apoya su frente sobre la mía y susurra:

—Yo nunca había querido a nadie como te quiero a ti. Estoy seguro de que nuestro bebé va a ser una pequeña guerrera a la que voy a querer tanto como a su madre.

Suspiro vencida, ¿quién puede resistirse a esto? Alzo ligeramente la cara, sin separar mi frente de la suya y froto mi nariz contra la de él.

—Yo también te quiero mucho, Álvaro. Tienes que entender que no me gusta sentirme vigilada, vapuleada, coaccionada, ni nada que se le parezca.

Tienes que darme mi espacio y respetar mis deseos, de otra forma esto va a acabar mal.

Coloca un dedo sobre mis labios para que me calle y lo beso. Sonríe de esa forma que me revoluciona las hormonas y me abraza. Nos quedamos así, abrazados en mitad de la cocina por lo que parece una eternidad. Por fin nos separamos y, agarrados de la mano, nos vamos a la cama.

Ha sido una noche increíble, no ha aparecido el señor mandón para nada, solo mi Álvaro mimoso. Se ha dedicado a adorar cada centímetro de mi cuerpo, a besar y acariciar cada curva para rematar lamiendo mi piel y tragarse mis gemidos de placer. Lo malo de las noches increíbles son las ojeras y el cansancio que conllevan. Con una sonrisa y un kilo de maquillaje, me dirijo hacia mi trabajo.

Al entrar por la puerta del periódico noto cómo todos me miran, me pongo nerviosa y continúo más rápida hasta mi mesa. Antes de llegar, diviso un arreglo de orquídeas, solo Álvaro sabe mi obsesión por esas flores, por eso sé que son tuyas en el acto. Sonriendo, cojo la nota mientras aprovecho para olisquear las flores. El mensaje es corto pero muy claro:

Te quiero más que a mi vida, lo siento, no se volverá a repetir. Álvaro.

Con una sonrisa de oreja a oreja recibo a mis compañeros de investigación. Parece que a Jorge no le han gustado mis flores, me es indiferente lo que él piense, para mí está siendo una mañana perfecta. Sobra decir que no he revisado el correo. Ya lo haré más tarde. Llega la hora de comer y salimos los tres juntos. Nos pasamos la comida comentando detalles de la investigación y riéndonos de los comentarios del inspector Fuentes. Voy mejorando, ya me he aprendido su apellido.

Al volver a estar sentada en mi silla delante del ordenador, recuerdo el correo. Sonriendo, me pongo a revisarlo: publicidad, más publicidad y sí, aquí está mi anónimo de hoy. Cojo aire y abro el sobre, la foto que cae me descompone y Reyes se acerca a verla. Somos Álvaro y yo ayer a mediodía, discutiendo en el callejón de detrás del periódico. Todos se quedan callados y esperan a que saque la nota. Aguanto la respiración y desdoble el papel.

¿Quién debe morir, tú o él?

Suelto el papel como si quemara y me echo a llorar. Es la primera vez que hablan de muertos y eso me asusta. Debemos de estar acercándonos mucho si amenazan con matarnos. Jorge intenta abrazarme y me aparto, salgo corriendo hacia los baños del periódico y me encierro en uno de los cubículos. Saco el móvil del bolsillo y marco el número de Álvaro. Hasta ahora no les he contado nada a mis amigos de las amenazas, supongo que debería empezar a pensarlo mejor, en momentos como estos su apoyo me sentaría muy bien.

Suena el segundo tono y Álvaro responde, al escucharme llorar se altera y empieza a lanzar mil preguntas que yo no respondo, solo estoy ahí, encerrada en el baño, llorando y escuchando su voz.

—Hola, nena, ¿a qué debo el placer de tu llamada?... Almu, ¿qué sucede? ... Joder, Almudena, ¿por qué estás llorando? Si no me respondes voy a coger mi coche y estaré ahí en diez minutos. Almudena, habla conmigo, por favor.

Se escuchan pasos y un portazo, creo que Álvaro acaba de salir de su oficina. Intento aguantar los sollozos y susurro:

—No es necesario que vengas.

—Joder, nena, me has dado un susto de muerte.

—Es... estoy bien, solo necesitaba escuchar tu voz.

—Si es así hablaré, pero me gustaría más que tú me explicaras qué sucede, ¿qué te ha puesto en ese estado? Tú eres una mujer fuerte y no es normal verte llorar, al menos no lo era antes de que nuestro bebé tomara el control de tus emociones.

Sonrío al escucharle, es cierto. Nuestro pequeñín me ha convertido en una llorona.

—Estoy bien, por la noche en casa hablamos.

—Como quieras, llámame si necesitas algo.

—Te quiero.

—Yo más, nena, no lo olvides.

Corto la llamada y, con las fuerzas renovadas, salgo del cubículo.

Apoyada contra un lavabo está Reyes esperándome. Me dirijo al otro y me lavo la cara con agua fría. Limpiar el rastro de las lágrimas y refrescarme es lo que necesito ahora. Ya más tranquila y con la cara limpia, regresamos a nuestra zona de trabajo. Nadie ha dicho nada y en silencio transcurre lo que queda de jornada. Como cada día desde que están con nosotros, Reyes me acompaña hasta el taxi y me voy a casa.

Al llegar me sorprende encontrar el piso vacío, reviso todas las habitaciones y eso lo único que hace es confirmar que Álvaro no está. Me preparo un baño relajante, que buena falta me hace, me desnudo, enciendo unas velas y, tras apagar las luces, me sumerjo en el agua caliente. Así me encuentra Álvaro.

No sé la hora que es, noto el agua fría y, por esa razón, salgo de la bañera. Estiro la mano para alcanzar la toalla y, por obra de magia, esta me envuelve desde atrás. El olor característico de Álvaro me confirma quién está conmigo. Me seca con delicadeza y me pone una de sus camisetas para dormir. Sujeta mi mano y me conduce hasta el salón. Ha traído pizza, algo extraño, pues a él no es una comida que le guste demasiado, pero sabe que a mí me encanta. Le sonrío y me siento en el sofá. Se sienta a mi lado y juntos cenamos, empezamos hablando de cosas sin importancia, noto que está dando rodeos al tema que de verdad le importa y le sonrío. Alentado por mi sonrisa agarra mi mano libre.

—¿Qué te ha pasado hoy en el trabajo?

—Promete que no te vas a poner como un energúmeno.

—No puedo prometerte eso. Al ver cómo te has puesto tú, no creo que a mí me dé por hacer una fiesta precisamente.

Su voz ha sonado fría, como si se estuviese conteniendo por no saltar, y eso que aún no sabe lo que ha pasado... Me agacho para coger otro trozo de *pizza* y así evito mirarle.

—En el anónimo de hoy aparecía una foto de los dos juntos, ayer, en el callejón. Me... me preguntaban una cosa.

—¿Qué?

Si una simple palabra puede sonar como miles de esquirlas de hielo, esa es esta. Me estremezco y sigo mirando la *pizza*. Su mano sujeta mi mentón y me obliga a mirarle.

—Habla, Almudena.

—Me han pedido que elija quién debe morir, tú o yo.

—Esto tiene que ser una jodida broma.

Álvaro se levanta del sofá y empieza a caminar por el salón de un lado para otro. En momentos como estos, recuerdo las palabras de Vicky y me pregunto dónde ha quedado ese hombre.

«Es un hombre que no demuestra sus sentimientos, frío y calculador, un controlador de tomo y lomo».

Ese recuerdo me hace sonreír y el gruñido de Álvaro me trae de regreso a la realidad.

—¿Se puede saber dónde está la gracia?

—Yo... estaba pensando en otra cosa, no me reía por esto.

—Pues haz el favor de hacerme caso y de preocuparte un poco por tu bienestar. Voy a contratar vigilancia, esto se está desmadrando y, ya que no quieres ni oír hablar de dejar ese trabajo, hay que tomar otras medidas.

Me levanto del sofá y le abrazo. Apoyo mi cara contra su pecho y respiro su olor, ese olor que logra tranquilizarme siempre.

—No, por favor, Álvaro, no lo hagas. Yo..., hagamos algo. Cada día tú me llevas y me vas a buscar al trabajo, así estás seguro de dónde estoy.

—No sé si será suficiente...

No suena convencido, y lo último que quiero es alguien conmigo las veinticuatro horas del día. Lo abrazo con más fuerza y le dejo un caminito de besos por el cuello.

—Nada puede pasarme si estoy siempre con gente, no me voy a quedar sola.

—A la próxima, contrato vigilancia, nena, no habrá más oportunidades.

Respiro más tranquila y sigo abrazada a él. Volvemos al sofá, acabamos de cenar y, más tranquilos, nos vamos a la cama. Hoy ha sido un día intenso, esperemos que mañana sea mejor.

Ecografía

Ha pasado una semana y las cosas están más tranquilas. Cada día llega un anónimo, con una foto y una nota, y cada día se lo doy a los inspectores, que los llevan a analizar en busca de huellas digitales o alguna otra prueba. Al parecer, el que los envía es listo, pues no deja nada que se pueda rastrear.

Hoy tenemos la primera ecografía del bebé. Debería haber sido hace un mes, pero nos fue imposible concertar una cita a la que los dos pudiésemos acudir. Por esa razón, hoy, que hago los cuatro meses de embarazo, vamos a ver por primera vez a nuestro hijo.

Estamos sentados en la sala de espera de la clínica privada a la que Álvaro ha insistido que viniera, aquí están los mejores ginecólogos de Madrid, la comadrona y no sé qué más. Se ha estudiado mil libros sobre embarazos, médicos, partos y bebés. Creo que ya empieza a ser obsesivo. Me aprieta la mano y le miro. Está concentrado en la enfermera que acaba de salir de la consulta de la doctora Jiménez, la que será mi doctora a partir de hoy. Al escuchar mi nombre me levanto y, casi a rastras, Álvaro me lleva hasta la consulta. La doctora se presenta, muy amable me indica que me quite la ropa y me coloque en una silla extraña para realizar la eco. Nerviosa por ver a mi bebé al fin, me desnudo, me pongo esa especie de camisón abierto y me acomodo donde me ha indicado. Álvaro se queda de pie a mi lado, agarra mi mano y ambos escuchamos a la doctora hipnotizados. Nos explica lo que va a pasar, que escucharemos los latidos de su corazón y podremos verle. Los dos asentimos felices, y ella empieza a extender por mi barriguita un gel azul translúcido que está frío como el hielo. Me estremezco y la doctora ríe. Al hacer contacto con mi piel, el ultrasonido hace aparecer en la pantalla una imagen algo borrosa de lo que es mi barriga por dentro. La doctora sonrío y empieza a hablar:

—Vaya, vaya... ¿Escuchan ese sonido que va muy rápido? Son los latidos del corazón de su hijo, o quizá debería decir de... sus hijos.

—¿Cómo?

—¿Hijos?

Álvaro y yo hablamos a la vez, y la doctora se ríe. Nos señala la pantalla y en ella se ven dos cuerpos. No se ve muy claro, pero sí, hay dos. Aprieto la mano de Álvaro con fuerza y él sonríe pletórico.

—¿Tienen antecedentes de gemelos en la familia?

—Yo no, creo. No puedo asegurarlo porque mis padres murieron hace bastante tiempo y nunca hablamos de esto.

—En la mía... creo que no, no tengo demasiada relación con mi familia, podría preguntar de ser necesario.

La doctora nos observa y asiente, se separa de nosotros, tras sujetar la mano de Álvaro para que sujete él el mando del ultrasonido, y apunta algo en una libreta. Al regresar, vuelve a asumir el control y nos va señalando las partes de sus cuerpecitos. Los dos sonreímos como tontos, una lágrima de absoluta felicidad corre por mi mejilla y Álvaro me la limpia con un beso. Así nos quedamos, embobados mirando la pantalla, hasta que la doctora me tiende papel para que me limpie y apaga el ecógrafo.

Ya vestida y sentada en una silla frente a la doctora, cojo la imagen que nos entrega. La primera foto de nuestros bebés. Dios... ¡Voy a tener gemelos! Escucho lo que dice la doctora de unas vitaminas y que deberé cuidar bien mi alimentación. Asiento a todo y, feliz, salgo de la consulta con la mano de Álvaro fuertemente agarrada. Tengo miedo de despertarme y que esto haya sido un sueño.

Vamos a comer juntos y los dos estamos tan felices y emocionados mirando la foto de nuestros bebés que no reparamos en nada más. Cuando alguien se para a nuestro lado, alzo la mirada y sonriendo, me levanto y abrazo a Alba. Está acompañada por Lucas y van a comer. Les invitamos a sentarse con nosotros y así les contamos la feliz noticia. Dos horas después, mi señor Cuesta me deja en la entrada del periódico, él va a visitar a Clara aprovechando que no tiene mucho trabajo. En unos días regresan los recién casados y estamos planeando algo para recibirlos.

Al entrar en la redacción voy tan feliz que nada puede sacarme la sonrisa. O eso pienso hasta que llego a mi mesa y veo que el anónimo de hoy que acaba de llegar en una caja. Miro a los inspectores y ellos me indican que la abra. Nerviosa, empiezo a despegar la cinta adhesiva, separo las dos partes de la tapa y grito. La inspectora acude rápida a mi lado y me separa de la caja, Jorge entra por la puerta justo en el momento que el inspector está volviendo

a cerrarla. Acelerado, llega a donde estamos y me abraza, no sé la razón, pero me dejo hacer, ahora mismo me da igual quien sea, necesito alguien que me dé fuerzas. Salgo corriendo al baño, las náuseas me están golpeando fuertemente y necesito vaciar mi estómago. Todo lo comido queda en el váter, y yo me siento fatal. Me echo agua fresca en la cara, en la nuca y en las muñecas. Después me arrimo a la pared y, resbalando por ella, acabo sentada en el suelo. Pasan minutos, horas tal vez, no lo sé. De pronto unas manos fuertes me elevan, me cogen en brazos y me sacan de la redacción. Los policías se han ido y Jorge nos mira desde lejos. El aura que rodea a Álvaro en estos momentos es de pura violencia y, el que se atreva a desafiarlo, no creo que salga bien parado.

Me deja en el coche, me abrocha el cinturón y raudos abandonamos la calle donde está el periódico para irnos a casa. Aparca en el garaje y me ayuda a salir de él. Subimos en el ascensor hasta nuestro piso, abre la puerta y me guía hasta el cuarto de baño, me saca la ropa y, tras abrir el agua de la ducha, me empuja hasta que el agua corre por mi cuerpo. No entiendo por qué esos tipos se empeñan en amargarme la vida. Hoy estaba siendo un día maravilloso y al ver a ese pobre animalito...

Rompo a llorar y los brazos de mi hombre me rodean. No hace nada, se mantiene ahí, simplemente me abraza y me dejo querer. El agua arrastra las lágrimas, con ellas se van mi alegría y mi dolor. Me quedo en un estado de sopor extraño y no soy capaz ni de pensar. Álvaro me saca de la ducha, me seca y me lleva hasta la cama. Abre las mantas y espera a que me tumbe para colocarse detrás de mí y abrazarme hasta que me quedo dormida.

El amanecer llega y su claridad me despierta. He dormido un montón de horas y me siento agotada. Noto el brazo de Álvaro rodeando mi cintura y su lenta respiración en mi nuca. Está dormido. No quiero molestarle, por eso permanezco en la misma postura sin moverme. Soy consciente de que las cosas se están saliendo de control y eso va a suponer vigilancia para mí. Aunque no quiero, dudo mucho que Álvaro esté dispuesto a ceder de nuevo. Mi señor mandón necesita controlar la situación y yo siempre me empeño en quitarle el control.

Suspiro y noto un beso en mi cuello. ¡Por fin se ha despertado! Me giro entre sus brazos y le beso en los labios.

—Buenos días.

—Buenos días, nena.

Me besa él a mí y sonrío. Es imposible no sonreír a este hombre... Se separa ligeramente de mí y acaba metido entre mis piernas y besándome con ganas. Ahora sí que van a ser buenos días.

¡Se nos hace tarde! Hemos pasado más tiempo del debido en la cama y ahora hay que correr. Nos vestimos apurados y, tras coger una magdalena, salgo disparada por la puerta. El café no me va muy bien con el embarazo y debo dejarlo, aunque me muera de ganas por una buena taza.

Ya en la puerta del periódico, nos despedimos, quedamos en que por la tarde pasará a buscarme y, tras un último beso, salgo del coche. Le digo adiós con la mano antes de entrar al edificio y corriendo voy hasta mi mesa. Allí están todos ya, me miran curiosos y sonrío.

—Buenos días, estoy perfectamente, así que dejad de mirarme así y a trabajar.

Todos ríen y, a los pocos minutos, estamos sumergidos en la investigación. Ayer descubrieron que hay varios empresarios, de todo tipo de empresas, no solo construcción, que han recibido dinero que no les correspondía. Ahora estamos investigando las subvenciones que se han concedido en Madrid desde hace unos años. Hay algunas empresas que han recibido muchas, hasta yo puedo ver que son demasiadas. Seguimos el rastro de ese dinero y, por seis veces ya, nos encontramos con cuentas en bancos suizos.

Un repartidor entra a media mañana en el periódico, sacándome de mi ostracismo. Entre tanto número acabaré con complejo de contable. Me busca a mí y me da un poco de miedo. El paquete de ayer, con la rata muerta y hecha trozos me ha dejado más que traumatizada. No quiero volver a ver nada similar.

Los policías, al ver el paquete, se tensan y van a abrirlo ellos. Cuando ven dos bonitos osos de peluche respiran tranquilos y me lo dan. Hay una nota.

Nuestros hijos ya tienen su primer regalo, el siguiente lo compramos juntos. Te quiero, Álvaro.

Estoy sonriendo como una boba y ni cuenta me doy de que me están hablando. Abrazo mis osos y vuelvo a dejarlos en la caja para llevármelos a

casa por la tarde.

—Almudena, ¿me estás escuchando?

—¿Qué?

—Ya veo que no... Te decía que felicidades, según leo, vas a tener ¿gemelos?

Asiento sonriendo y, sin darme cuenta, coloco las manos de forma protectora sobre mi barriga. Mis niños están ahí y no quiero que les pase nada.

Se me pasa el día volando, hoy no ha llegado el anónimo y no sé muy bien cómo tomármelo. Espero que sea algo bueno. Con mi caja salgo al exterior, Álvaro me acaba de enviar un mensaje, avisándome de que está llegando y no quiero hacerle esperar. No pasa ni un minuto y él detiene el coche frente a mí, me subo y nos vamos a casa. Esta noche le agradezco el regalo que me ha enviado a casa sacando los juguetes que le regalé en San Valentín, además del pequeño vibrador que compré en Santiago. En cuanto los ve, sus ojos brillan y sé que va a ser una noche larga.

Pasan los días y llega el momento del regreso de los recién casados. He decidido contarles a mis amigos lo de las amenazas y voy a aprovechar que hoy estaremos todos juntos. Álvaro ha ido al aeropuerto a buscar a la pareja feliz y yo me he quedado en su casa para preparar el recibimiento. Clara me está ayudando a colgar globos, y su abuela está haciendo algo para picar, ni idea de qué es, pero, por lo bien huele, estoy segura de que estará buenísimo. El timbre de la casa suena y Clara va a abrir, llegan Fran y Miguel, que traen el postre. Un par de minutos después, llegan Alba y Lucas, ese chico es un amor y está devolviendo la alegría a los ojos de mi amiga. Ellos vienen cargados de cervezas y sonrío al ver a Alba encogerse de hombros y caminar hacia la cocina para indicar a su acompañante dónde dejar las pesadas bolsas. Cuando creo que estamos todos, el timbre suena de nuevo y preocupada miro a mis amigos, nadie sabe quién falta y por ello voy a abrir.

En la puerta no hay nadie, solo una caja. Me estremezco y no sé si cogerla o dejarla ahí. Por debajo de mi brazo, que está sujetando la puerta, aparece Clara. Preocupada por si ella decide abrir la caja la cojo y entro rápido al cuarto de baño. Alba me sigue y, a los pocos minutos, entra Fran. Suspiro y, tras cerrar la puerta, empiezo a abrir la caja como si el mismísimo demonio fuese a salir de ella. Mis amigos notan que algo va mal, pero no

dicen nada, estoy a punto de ver qué hay dentro cuando llaman a la puerta. Suelto un grito por el susto y acabamos los tres riéndonos.

Fran abre la puerta y, muy morena, Vicky entra y cierra tras ella. Nos abrazamos los cuatro como hacíamos antes de que los hermanos Cuesta apareciesen en nuestras vidas y suspiro. Ha llegado el momento.

—A ver, chicos, hay algo que debería haberos contado hace tiempo. No lo hice por no preocuparos, pero esto empieza a superarme. He estado recibiendo anónimos, amenazas y paquetes sorpresa que son de todo, menos agradables.

Les explico todo lo más rápido que puedo y señalo el paquete que hay detrás de mí. Temblorosa, suspiro y retomo la labor de abrir la caja. Me temo que este es otro de esos y no sé si quiero que ellos lo vean. Todos juntos empiezan a hablar y a protestar, les dejo que se desahoguen y, cuando se callan, procedo a abrir la caja. En el interior hay dos osos de peluche, como los que me regaló Álvaro. La diferencia reside en que estos están rotos, los brazos arrancados, así como las piernas y las cabezas. Doy un paso atrás y me estremezco.

—No puede ser...

Me echo a llorar y, mis amigos intentan que me calme sin lograrlo. Un golpe seco en la puerta me indica que Álvaro acaba de enterarse de lo que ocurre, sorbiendo las lágrimas voy a la puerta y la abro. Al verme, entra y nos apretamos para poder caber, somos cinco en un servicio en el que malamente caben tres. Álvaro me abraza y, conmigo pegada a su cuerpo, se abre paso hasta la caja. Al ver lo que hay dentro empieza a acordarse de la madre de alguien y yo me quedo ahí, pegada a él, porque es el lugar más seguro que conozco.

—De hoy no pasa, voy a contratar seguridad y me importa una mierda si te enfadas. Ya vale de estar arriesgando tu vida y la de mis hijos por tu necesidad de ser independiente.

—¿Hijos?

Vicky y Fran hablan a la vez y yo sonrío con el rostro surcado de lágrimas mientras asiento. Solo Alba lo sabía, nadie más. Fran coge la caja y sale decidido del baño, la lleva al coche y la deja ahí. Cuando regresa nos abrazamos y, decididos a que nada nos amargue la fiesta, preferimos olvidar

que alguien está empeinado en hacerme daño.

Todos celebran la noticia de que vamos a tener gemelos, los que más, Alex y Clara. Clara ya pensaba que nunca iba a tener primitos y no hace más que insistir en que ella quiere un hermanito también. Si es que esta niña es un cielo, pero tiene las mismas locas ocurrencias que su padre y su tío.

Desde el sofá los observo a todos, esta es mi familia, la familia que yo he elegido. Mis amigos son para mí lo que mi propia sangre nunca ha sido. Quizá debería llamar a mis padres para avisarles de que van a ser abuelos... Bah, ya me lo pensaré en otro momento. Ahora toca celebrar que volvemos a estar todos juntos.

Atacada

Hoy es el día que Álvaro va a seleccionar a mis vigilantes. ¡Miedo me da! Ya me veo rodeada de armarios empotrados con cara de pocos amigos y armados hasta los dientes. Sonrío sin ganas por mi ocurrencia, propia de una peli de bajo presupuesto, y sigo mi camino por las escaleras de la redacción.

Ha sido un fin de semana muy tranquilo, rodeados de nuestros amigos, hemos estado celebrando las buenas noticias y hablando de todo un poco. Cuando ayer por la noche nos metimos en la cama, todos mis nervios y la tensión de la semana se habían ido. Para mi desgracia, hoy, al volver al trabajo, me siento observada y más inquieta que nunca.

La mañana pasa rápida, salimos a comer todos juntos y por la tarde decidimos ir a hacer algunas preguntas a algunos implicados. Para ello salimos los cuatro y, sin separarnos, vamos entrevistándonos con los sospechosos y posibles testigos. Para cuando me doy cuenta de la hora que es, ya casi es de noche y he de pasar por la redacción a recoger unas cosas que he dejado allí esta mañana. Se lo comunico a los inspectores, que muy serviciales se ofrecen a llevarme y así es como las cosas se tuercen por completo.

Estamos llegando al periódico y hay un atasco impresionante. Reyes quiere dejarme delante de la puerta, pero hay tanto tráfico que es casi imposible avanzar hacia allí. Tanto ellos como yo necesitamos ir a casa y descansar, por esa razón me desabrocho el cinturón e intento bajarme del coche. Ellos se ponen nerviosos, pero yo insisto en que no es necesario que me acompañen. Estamos a tan solo dos calles y las aceras están llenas de gente, nada puede pasarme. No muy convencidos, los inspectores me dejan ir y es por esa razón que me encuentro caminando hacia el periódico. Me siento incómoda, observada, como si alguien me siguiera. Nerviosa, saco el móvil y le envío un mensaje a Álvaro.

Pasa por mí al periódico, no quiero ir en taxi, siento que algo no está bien.

Su respuesta no se hace esperar, me dice que llega en diez minutos y yo, sonriendo, paso por delante del callejón donde tuve la discusión con Álvaro.

Siento que una mano tira de mí y, sin darme tiempo a gritar, cubre mi boca. Intento apartarme, pero es más fuerte que yo. Me empuja hacia el fondo del callejón y acabo estampada contra la pared. Su mano en mi boca es firme y, por más que intento morderlo para poder gritar, me es imposible.

De pronto me agarra del pelo con la otra mano y pega su cuerpo al mío. Me estremezco al pensar que este tipo quiera robarme, violarme o cualquier cosa similar. Quizá no tenga nada que ver con las amenazas, aunque ahora mismo no logro verle el lado positivo a ese pensamiento... El hombre me aprieta más contra la pared, y yo solo puedo rezar para que Álvaro llegue pronto y evite lo que, presiento, está por pasar. Temo por mí, temo por él, pero temo más por mis hijos nonatos, porque un mal golpe podría acabar con sus vidas. Lágrimas de impotencia corren por mi cara, despacio voy subiendo los brazos que están presionados contra la pared por el peso de ese hombre e intento cubrirme la barriga. Su risa me hace dar un respingo. Han pasado solo unos segundos y siento como si llevase en esta maldita postura todo el día.

—No va a servirte de nada, zorra. Si quiero que tus hijos mueran, lo harán.

Un sollozo se me escapa al ver confirmadas mis peores sospechas. Las amenazas han dejado de ser advertencias y pasan a ser hechos. Intento dejar de llorar, no quiero que este tipo note mi debilidad. Por mi cabeza solo pasa una frase, como si fuera un mantra.

«Álvaro, por favor, ven».

Una carcajada siniestra me hace soltar un nuevo sollozo, este individuo parece divertirse con mi dolor y no puedo evitar asustarme más. Da un nuevo tirón a mi cabello, haciendo que mi cuello quede en una postura incómoda y dolorosa por igual. Vuelve a acercar su boca a mi oreja y, cuando va a hablar, su aliento me llega, huele horrible y las arcadas no se hacen esperar.

—Escucha atentamente, zorra, tengo un mensaje para ti.

Me revuelvo y, tras varios infructuosos intentos, logro que su mano libere mi boca con un mordisco. El tipo se aparta de mí en un acto reflejo y yo echo a correr para escapar. Para mi desgracia, no llego muy lejos. Me agarra del pelo y me tira al suelo.

—¡¡Socorro!!

Su mano vuelve a cubrir mi boca y, al estar tirada en el suelo, le facilito

las cosas. Se sienta sobre mis piernas para evitar que le dé una patada, cosa que estoy deseando hacer, con sus pies hace presión en mis rodillas y me inmoviliza completamente. Llora de pura frustración y pido a Dios, si es que existe, porque ahora lo dudo, que alguien me ayude.

El sujeto, ajeno a lo que pasa por mi acelerada cabeza, se recuesta sobre mí. Su rostro va cubierto por un pasamontañas y solo logro ver sus ojos marrones profundos que me hacen sentir un escalofrío. Hay algo en sus ojos, quizá sea frialdad o un deje de locura, que me ponen más nerviosa. El tipo se sube el pasamontañas dejando a la vista su boca. Tiene la piel morena y los labios gruesos, es lo poco que alcanzo a ver. Pasa su asquerosa lengua por mi cuello y vuelvo a aprovechar que se distrae para morder su mano y poder gritar. Esta vez no logro hacerlo, pues ha apartado la mano, pero para darme una bofetada que me hace sangrar el labio. Coloca de nuevo la mano sobre mi boca, ahora magullada y manchada de sangre, y continúa lamiendo mi cuello. Siento arcadas, no tengo muy claro si es su aliento con un deje de alcohol o el simple hecho de que me está tocando. Intento escapar de su asqueroso contacto y esa risa sádica que él emite vuelve a dejarme quieta.

—Si colaboras, esto será mucho más rápido.

Intento asentir y mostrar que estoy de acuerdo en colaborar, cosa para nada cierta. Vuelve a acercarse a mi oreja y, tras morderme con saña el lóbulo, creo que hasta me ha hecho sangrar, me susurra:

—Si te mantienes quieta y callada, este va a ser el susto más rápido y sabroso de mi vida.

Acompaña sus palabras con un baboso lametón y me estremezco. Yo, que en lo único que logro pensar es en que a mis niños no les pase nada, vuelvo a asentir como puedo. La boca a medio cubrir del tipo se curva en lo que deduzco es una sonrisa y me estremezco. Tienen que haber pasado los diez

minutos que tarda Álvaro en llegar, tiene que estar al caer, tiene...

Mis pensamientos se interrumpen cuando siento que mi boca es destapada y sustituye su mano por lo que creo es un pañuelo de tela. Sufro una arcada solo con pensar de dónde habrá sacado ese trozo de tela, finalmente logro contener las ganas de vomitar y miro al cielo, está prácticamente negro, lo que hace que la gente que pasa por la acera no vea

nada raro en este maldito callejón.

Las asquerosas manos del individuo que me tiene inmovilizada empiezan a tirar de mi ropa, lloro en silencio, no puedo hacer nada para evitar que este animal haga lo que quiera. Descubre mis pechos, arremolinando la tela que cubría mi cuerpo bajo mi cuello, se inclina y muerde uno de mis sensibles pezones, me ha dolido mucho, pero no quiero que lo sepa. La presión de sus piernas flaquea y yo me concentro en ello, mis brazos están elevados sobre mi cabeza y agarrados con una de sus enormes manos. Me siento indefensa..., y pensar que cuando hace esto Álvaro me encanta... «Álvaro..., por favor, no tardes en llegar».

Una de sus piernas se mueve ligeramente liberando la mía derecha, reprimo una sonrisa y, aprovechando que está concentrado en mi pecho, la levanto y le golpeo en las «joyas». El tipo cae de lado, agarrándose sus partes «nobles», y yo me levanto rápido, sacando la tela que tengo en la boca antes de echar a correr. No logro llegar a la calle, el maldito gigante este ha vuelto a atraparme y ahora parece realmente cabreado. Me da un puñetazo en la cara y acabo cayendo al suelo, va a patearme, lo sé...

Siento que algo se ha movido, que mi cuerpo ha cambiado de posición. Asustada, intento recuperar la concentración, pero no lo logro. Estoy con la cara aplastada contra el suelo, con sus manos deslizándose mis pantalones y totalmente desorientada. He debido de perder el conocimiento... Algo normal con el tremendo golpe que me ha dado el salvaje este. Me muevo para evitar que me desnude y él vuelve a reír.

—Ya se ha despertado la bella durmiente, ¿estás preparada para descubrir lo que es un hombre de verdad, zorra?

Grito pidiendo ayuda, una ayuda que no llega y que necesito más que nunca. Su mano vuelve a cubrir mi boca y yo solo puedo llorar, lloro de impotencia, de rabia y de preocupación. A saber lo que el salvaje este quiere hacerme, o cómo puede dañar a mis niños...

«Álvaro, por todos los demonios, ¿dónde estás?».

Permanezco quieta y sin hacer intento de gritar por lo que parecen horas, y no deben ser más de treinta segundos. El animal está concentrado ahora en bajarme las bragas, en romperlas o a saber qué. Yo intento separar mi mente de lo que el tipo hace y centrarme en cómo salir de aquí. Intento apartar mi miedo y buscar una salida. Él parece concentrado en mi ropa interior, saca la

mano que cubre mi boca y yo vuelvo a gritar.

—¡¡Ayuda!! Me están atacando, ¡¡que alguien me ayude!!

Tal y como sospechaba, mis gritos no han servido para nada más que para cabrear al gigante que se cierne sobre mi cuerpo. Intento reptar y escapar de él. Logro cerrar las piernas con fuerza y girarme levemente. Cabreado, el indeseable se levanta y me da una patada en la cara, una patada que impacta de pleno en mi mandíbula y me hace ver las estrellas. Yo solo quiero proteger a mis bebés, lo demás no importa. El tipo se sienta sobre mí, se acerca a mi cara y me habla. Yo no sé cómo reaccionar, ni siquiera sé lo que está diciendo: —¡Escúchame bien, zorra!

Asiento como puedo y ya no hago nada por evitar las lágrimas. Destapa mi boca y sus ojos me dicen que no grite o lo lamentaré.

—Esto es solo un aviso, no has hecho caso de los anteriores y por eso estamos aquí los dos.

—Yo..., lo siento, por favor, suéltame...

Susurrando, suplico por mi libertad, su mirada se vuelve más agresiva y yo me callo. Esperaré el momento apropiado para gritar, siempre que deje mi boca así. Me parece escuchar mi nombre a lo lejos, debo de estar soñando, a no ser que Álvaro...

Es el momento que he estado esperando, el momento de pedir ayuda y rezar para que Álvaro me escuche y logre ayudarme. Cojo aire y grito, grito con todas mis ganas y mi miedo, grito de rabia e impotencia, grito por salvarme yo, pero, sobre todo, para salvar a mis niños.

—¡¡Suéltame!! ¡¡Socorro!! ¡Que alguien me ayude! ¡¡Álvaro!!

—Cállate, zorra, o en vez de asustarte haré algo más.

Cierro la boca al instante. Su olor a sudor, alcohol y a saber qué más, me da arcadas, pero me esfuerzo por no decir nada. Si él está aquí ya ha debido de escucharme.

«Por Dios, Álvaro, ¿dónde estás?».

—Escúchame bien. El jefe dice que dejéis de investigar o acabaréis mal. Díselo a tu compañero. Si no hacéis caso a las notas, las amenazas irán empeorando y esto será solo un adelanto de lo que puede pasar.

Me da una bofetada que hace que una gota de sangre se deslice desde mi

labio inferior. Automáticamente, me rodeo la cintura con los brazos más fuerte. Lo más importante es defender a mis bebés. A ellos no puede pasarles nada. Me encojo, y ese fulano me agarra del pelo obligándome a mirarlo. Me estremezco y él sonrío.

—Haces bien en tenerme miedo. Ahora ve a decirle a ese periodista que, o deja de meter las narices donde no debe, o a la próxima no saldrás tan bien parada.

Asustada, asiento y me dejo caer al suelo cuando él se aleja. No sé el tiempo que paso ahí tirada, las manos de alguien me levantan y busco al dueño con la mirada. Al reconocer sus ojos azules me lanzo a sus brazos y rompo a llorar.

La policía no tarda en llegar. No sé en qué momento les ha llamado, ha estado pegado a mí desde que me encontró. No nos hemos movido del callejón y, tirados en el suelo y abrazados, es como nos encuentran los inspectores. Detrás de ellos llegan los de emergencias, que se arrodillan a mi lado y me acribillan con preguntas. Intento hacerles caso, pero mi cabeza va por libre, solo logro articular una frase que hace que todos se muevan más rápido.

—Mis hijos...

Álvaro asume el control de la situación, tal y como hace siempre, y acabamos los dos metidos en la ambulancia camino al hospital. Los médicos se apuran a atenderme y, tras hacer un ultrasonido, me confirman que mis bebés están bien. Respiro más tranquila tras oírles y me dejo hacer las curas sin emitir ni un sonido.

Tengo un ojo cerrado completamente, debió de golpearme más de lo que yo creía. Me han puesto hielo en la mandíbula para bajar la inflamación y poder palparme, pues estando embarazada, no me van a hacer las placas. Cuando por fin acaban y entra Álvaro en mi reducido espacio de urgencias, rompo a llorar y él me abraza para que me tranquilice. Pasamos así el tiempo que tarda el médico en aparecer y comunicarnos que podemos irnos a casa. Que he de guardar reposo y por unos días no ir a trabajar. Los dos asentimos y, tras dar las gracias al doctor, me visto con mis ropas destrozadas y salimos del hospital. Nos subimos en un taxi y Álvaro vuelve a abrazarme. Hacemos el viaje en silencio y sin separarnos. Al llegar al edificio donde vivimos, paga la carrera y me ayuda a salir del coche. Ya en el ascensor, se acerca a mí y

susurra sobre mi mugriento pelo:

—Me has sacado diez años de vida.

Separación

Suspiro, pero no digo nada. Al entrar en el piso va corriendo al baño y no tarda mucho en regresar. Me guía hasta allí y empieza a quitarme la ropa, o lo que queda de ella. Su mirada se desvía hacia mi cara y varias veces lo veo apretar los dientes. Le está costando controlarse, y es totalmente comprensible. Ya desnuda, me ayuda a meterme en la bañera, que está mediada, y se arrodilla en el suelo a mi lado. Echa jabón en la esponja y despacio la desliza por mi cuerpo, lavando los restos del olor de ese tipo, la suciedad del callejón y la que yo siento que me cubre y nadie puede ver. Me estremezco y él me mira serio. Mudo, termina de bañarme, me envuelve en una toalla y, tras sentarme en el retrete, de cuclillas frente a mí, empieza a curar mi labio, que ha vuelto a sangrar. Me duele, pero no voy a quejarme. Esta vez las amenazas han ido más allá. Estoy asustada, pero no me voy a dejar amedrentar. —Ya está.

Se levanta y a mí con él. Despacio me lleva hasta la cama, donde me acuesta. Tranquilamente se sienta a mi lado y me rodea con su brazo. Me recuesto en su cuerpo y escondo mi cara en su pecho.

—Ahora vas a decirme qué ha pasado.

—Álvaro...

—Sin excusas, Almudena.

—Él... Ellos... Me ha dicho que avise a Jorge de que deje la investigación o la próxima vez será peor. Pero no es cierto... —Su mirada me calla.

—¿No es cierto?

Se levanta de la cama y me mira furioso. Empieza a pasear de un lado al otro del dormitorio sin dejar de mirarme.

—¡¡Dices que no es cierto!! Explícame entonces cómo has pasado de recibir amenazas en el trabajo a recibirlas en casa. Y de eso... ¡¡a esto!! — Ofuscado, señala mi cara, y yo me encojo.

—Álvaro, no te enfades. Hay que hablar con la policía...

—¡¡Que le den a la policía!! En un mes no han hecho una mierda. Si te vuelven a atacar y la cosa se le va de las manos, podrías morir. ¿No lo entiendes, verdad? ¡¡Estás arriesgando la vida de mis hijos!!

—¿Tus hijos? Eso es todo lo que te preocupa, ¿no?

—No, me preocupáis los tres. Esto se está volviendo muy peligroso, nena. Quiero que te alejes. Que lo dejes.

Rápidamente me levanto de la cama y lo fulmino con la mirada. Furibunda niego y camino hacia él. En este momento la rabia regresa y la dejo salir, no es el culpable, pero sí va a ser quien pague.

—Ni lo sueñes. Es mi trabajo y no lo voy a dejar. ¡Ni por ti, ni por nadie!

—¡¡No es por mí, maldita cabezota!! Es por ti, por nosotros y, sobre todo, por nuestros hijos. ¿Es que estás buscando que les pase algo? ¿Es eso? Porque lo parece..., estás arriesgando tu vida y las suyas de una forma muy egoísta.

—¿Yo soy egoísta? ¡¡Te has vuelto totalmente loco!! Escúchame bien, ¡no voy a dejarlo! Es mi trabajo, ¡mi sueño! Si no puedes con eso, será mejor que me vaya.

—¡¡Pues lárgate!! No pienso ir detrás. Pero si les pasa algo a mis hijos por tu insensatez, me vas a conocer, Almudena.

—¡¡No me amenaces, maldito controlador!!

—Mis amenazas sí te molestan, pero las de los que de verdad quieren hacerte daño, no. Me largo..., haz lo que quieras, pero, ojo, nunca doy segundas oportunidades. ¡A nadie! Si te vas, atente a las consecuencias.

Su mirada me hiela por dentro. Sé que no está bromeando, pero no puedo quedarme. Si lo hago tengo que ceder a sus demandas y no quiero hacerlo. No puedo permitir que de nuevo me digan qué hacer. Con mis padres he tenido más que suficiente.

—¡¡Deja de decirme lo que tengo que hacer!!

—Adiós, Almudena.

—Adiós, Álvaro.

Lo veo salir y me derrumbo, caigo de rodillas al lado de la cama y ahogo un sollozo. Acabo de perder al hombre de mi vida y duele como nada ha

dolido jamás. Me paso la mano por el vientre y suspiro. ¿Estaré haciendo lo correcto?

Me quedo ahí sentada mirando a la nada, mi vida perfecta acaba de dejar de serlo y no sé qué voy a hacer. Mis amigos me ayudarán, estoy segura de ello... No puedo ir a donde Vicky, conflicto de intereses, Alex va a defender a su hermano y eso los pondría en una situación muy tensa. Fran vive con Miguel y no tienen sitio para nadie más... Alba, ella es mi salvación.

Sin pararme a pensar si mi cabeza me ha jugado una mala pasada, si la presión del momento ha sido decisiva o si sería mejor apartarme del caso, me levanto, cojo mi maleta y meto algunas cosas dentro. Tras una rápida visita al cuarto de baño para coger mi neceser y mis productos de higiene, los meto en la maleta de cualquier forma, la cierro, y camino decidida hacia la salida del piso. Ya en la puerta, me detengo y miro el hogar que voy a abandonar. Llora porque sé que no hay vuelta atrás, que después de esto ya no podré tener a mi señor Cuesta nunca más. Con los ojos anegados de lágrimas, salgo del piso y llamo al ascensor. Me quedo mirando los números que se van iluminando, pasa por mi mente la primera vez que estuve aquí, la alegría que sentí al mudarme a vivir con Álvaro y cómo celebramos que vamos a ser papás. Suspiro y me obligo a no llorar más. Las puertas del ascensor se abren y entro, pulso el botón de la planta baja y, sin saberlo, acabo de sellar mi destino. Salgo a la calle, arrastrando mi maleta y camino la corta distancia que separa mi antiguo hogar del piso de Alba. Es muy tarde y no hay nadie más en la calle, por un momento me siento observada, pero rechazo la idea, ya poco más pueden hacerme. Me paro frente al portal de la casa de Alba y pulso el timbre repetidas veces. A esta hora seguro que están dormidas y, aunque lamento despertarlas, necesito que me abran la puerta.

Una adormilada Alba responde y, al saber que soy yo, abre rauda. Me espera en la puerta con su pijama y los ojos hinchados de dormir. Al verme, todos los indicios de sueño se borran de su cara y agarra mi maleta. No me hace preguntas, solo me ayuda a entrar y me lleva hasta el cuarto de invitados. Me pongo el pijama y me meto en la cama, no miro mi móvil porque sé que no voy a encontrar lo único que quiero ver en él. Álvaro no va a buscarme, ni a pedirme que regrese con él. Me ha dejado muy claro lo que hay, y yo decidí irme, ahora he de ser valiente para afrontar mi futuro sin él.

Alba se tumba en la cama a mi lado y me abraza, mañana tendré que dar algunas explicaciones, pero por ahora solo quiero quedarme así. No pensar en

nada que no sean mis niños. La noche pasa y logro dormir algunas horas sueltas. Cada vez que me duermo, revivo los acontecimientos del callejón y me despierto gritando. Alba se sobresalta cada vez que eso ocurre y me abraza. Para cuando me doy cuenta es de día y el timbre retumba en el silencioso piso.

Alba no se separa de mí, a los pocos minutos entran Vicky y Fran en el dormitorio y se colocan en la cama a mi alrededor. Ha llegado el momento de las confesiones. Nerviosa, me incorporo y empiezo a hablar. Con muchas pausas para coger aliento y sacar fuerzas de donde no hay, acabo contándoles todo. Sus caras de preocupación son un espejo de la de Álvaro, pero no puedo ceder. Necesito ser fuerte y salir de esta como lo he hecho siempre, sola.

Mis amigos me abrazan y me dan el consuelo que necesito. Tal y como esperaba, Alba me ofrece su casa, así como mis amigos, y acabo de nuevo viviendo con ella. Una voz conocida interrumpe nuestra charla, es la madre de Alba, Aurora.

—He preparado el desayuno para todos, venga, levantaos de la cama y a reponer fuerzas.

Todos obedecemos y acabamos alrededor de un succulento despliegue de alimentos. Tomo zumo y una napolitana, los cuales ingiero sin ganas, y no dejo de charlar con mis amigos. El tono de mi móvil silencia la conversación y voy a buscarlo. Está en la mesilla y, como era de esperar, no es Álvaro quien llama, sino Reyes, que quiere hablar conmigo. Contesto:

—Estoy en casa de una amiga, pásate por aquí o, si lo prefieres, voy yo a la comisaría.

Le doy la dirección y me dice que en media hora está aquí. Vuelvo a donde están mis amigos, que se apuran a despedirse, hoy es día de trabajo y todos se tienen que ir. Alba corre a prepararse y me quedo sola con Aurora. Le sonrío antes de irme al que, a partir de hoy, será mi cuarto, a prepararme para la visita de la policía.

Media hora después, entran por la puerta los inspectores, yo los espero en el sofá y es ahí donde me hacen mil preguntas. Cuando acabo de explicar lo ocurrido la noche anterior, Reyes se acerca a mí y aprieta mi mano con la suya, es su forma de animarme y le sonrío. Ellos hacen lo que pueden, sé que se sienten culpables, pues si me hubiesen dejado en la puerta, nada de esto habría pasado. Me apuro a dejarles claro que no les culpo, pero sé por sus

ojos que no sirve de nada.

—No es culpa vuestra ni de nadie, él me estaba siguiendo y en cualquier momento habría atacado. Casualmente fue en ese, sí, pero no es culpa de nadie.

Un tenso silencio se instala en el salón y los dos inspectores acaban por asentir de mala gana. Me preguntan por mi salud y, al cabo de una hora, salen por la puerta dejándome exhausta en el sofá.

Unas manos cálidas me zarandean y abro los ojos, he debido quedarme dormida y, por la cara de susto de Aurora, estaba teniendo una pesadilla. Le sonrío tristemente y ella parece relajarse. Me avisa de que es casi hora de comer y que en breve llegará Alba.

El día se me pasa rápido, paso del sofá a la cama y viceversa. Cuando nadie me ve, lloro en silencio. Lloro por haber perdido al mejor hombre que he conocido nunca y lloro de impotencia al verme sola con mis bebés. Lloro de rabia al no poder detener las amenazas ni los ataques. Y es entre lágrimas que me duermo y las pesadillas regresan.

Así paso la semana, no salgo para nada del piso, mi vida se limita a dormir, ver la tele y auto-compadecerme. Las marcas de mi cara han ido desapareciendo, ahora solo quedan dos grandes moretones, uno en el ojo derecho y otro en la mandíbula. La tristeza es mi compañera y solo las locuras de mis amigos, que acuden todos los días a verme, logran sacarme de mi mutismo.

Llega el lunes y con él mi visita al médico. Una semana después del ataque, he de ir a revisión. Me acompañan Vicky y Alex. La pareja de recién casados está feliz, los veo actuar como siempre y me alegra. No quiero que nadie se vea afectado por mis problemas. En un momento de debilidad, estando en la sala de espera, me quedo mirando a Alex y decido preguntar lo que necesito saber.

—¿Cómo está Álvaro?

Alex aprieta la mandíbula y noto que un halo de tristeza cubre sus ojos. Vicky mira hacia otro lado y yo suspiro, esto no va a ser bueno.

—Él... no lo lleva muy bien. Ha vuelto a ser el de antes, el serio, seco, borde y frío jefe.

Las palabras de mi amiga me duelen, pero no me sorprenden. Busco la

mirada de Alex, esos ojos que tan diferentes son a los de su hermano y que tanta calidez transmiten, hoy están fríos. Carraspea y por fin habla:

—No quieres saber realmente cómo está. Créeme.

—Yo... lo necesito...

—¡No, Almudena, no lo haces! Si necesitaras algo de él no le habrías dejado.

Acaba la frase en un susurro y yo siento una lágrima correr por mi cara. La ignoro y miro el suelo. Ya sabía que esto iba a ser difícil, pero no me esperaba que fuese a doler tanto. Me acaricio la barriga, donde mis bebés crecen y suspiro. Sé que Álvaro va a ser un buen padre, aunque no sea mi pareja, él adora a sus niños.

—¿Podrías decirle algo de mi parte?

—Depende, si va a hacerle daño, no. No voy a ser el causante del dolor de mi hermano.

Sus palabras no deberían de dolerme, pero lo hacen. El tono en el que Alex habla me hiela la sangre y hace que quiera salir corriendo de aquí.

—Dile que en un mes exacto desde hoy tenemos la siguiente ecografía. Que si quiere ir... es a las doce en la clínica, él sabe cuál...

Noto la mirada de Alex clavada en mí y procuro que mis lágrimas se mantengan en mis ojos, al menos hasta que no me mire. Me duele decirle esto, me duele no poder hablar con Álvaro como antes, pero lo que más me duele es que ahora vamos a ser dos extraños. Tras meses de vivir pendientes el uno del otro, tras meses de querernos más que a nada, ahora seremos dos desconocidos con pasado e hijos en común.

—Se lo diré.

Ahí acaba nuestra conversación. La voz de la enfermera al llamarme nos activa a los tres y nos levantamos. Pasamos a la consulta y, tras una leve exploración, me confirma que puedo retomar mi vida.

La encerrona

De regreso al presente...

Cómo ha cambiado mi vida... Llevo tres semanas viviendo en casa de Alba. Tres semanas sin ver a Álvaro, y dos semanas de intenso trabajo. El mes de julio está siendo caluroso en exceso y eso ayuda para que estar en el interior, con el aire acondicionado, no sea tan malo. Para evitar posibles encuentros con mi atacante o algún colega suyo, he alterado mi rutina. Por las mañanas pasa a por mí Reyes, con ella me voy al trabajo y, es ella o su compañero, quienes me traen de regreso a casa. No salgo para nada sola y Fran es el encargado de acompañarme a hacer mis recados. Por más que quiera negarlo, al final he llegado a la conclusión de que Álvaro tenía razón y necesito protección.

Esta semana hemos avanzado mucho en la investigación. Por fin hemos encontrado las pruebas para relacionar a los concejales corruptos con el político importante. Como a él ya le habíamos relacionado con los empresarios y a ellos con los concejales, al final tenemos un amplio número de probables culpables de mi ataque.

Para celebrar que la investigación ha llegado a su fin, hemos quedado mañana los cuatro para ir a cenar y celebrarlo. Mañana es viernes, y el día ideal para festejar que voy a ser libre.

Tumbada en la cama, con el móvil en la mano, me dedico a ver por millonésima vez las fotos de Álvaro. Es tan guapo... Le extraño tanto... Suspiro y bloqueo el móvil. Ha pasado casi un mes desde el ataque y no me ha escrito ni un mensaje, no me ha llamado ni una sola vez y, para mi desesperación absoluta, no he vuelto a verle. Supe por Vicky que estuvo dos semanas fuera. Según entendí, le salió un contrato en Londres y aprovechó para poner tierra de por medio. Siento que, como cada noche, las lágrimas corren por mi rostro. Habitada ya a ellas, me acomodo en la cama para dormir, abrazo la almohada y me dejo llevar por los recuerdos. Las noches que tengo suerte sueño con Álvaro y, aunque me despierto hecha un mar de lágrimas, son los sueños más bonitos que puedo tener. Las otras... mejor ni lo pienso.

El viernes pasa rápido, hemos estado ultimando detalles del artículo, de lo que podemos y lo que no podemos publicar. Los inspectores han sido claros, sin pruebas no se pueden dar los nombres de nadie. Tenemos varios sospechosos más, pero no logramos relacionarlos. Ellos creen que cuando les tomen declaración a los que sí son culpables, más de uno cantará y acabarán todos en prisión.

Reyes me deja en el portal y entro rápida en el edificio. Hoy tengo poco tiempo para arreglarme y volver a salir. Con mi pronunciada tripa es un poco difícil moverse ágil y, por ello, le he pedido a Alba que me ayude a arreglarme. Al entrar en el piso me la encuentro sentada en el sofá y rodeada de cajas de maquillaje, pinzas, el secador y miles de cosas en las no me fijo. Voy casi corriendo al baño y me ducho, salgo envuelta en la toalla y me pongo en manos de mi amiga.

Una hora después estoy lista, me miro al espejo y no me reconozco. Mi cabello está recogido en lo alto de mi cabeza, dejando algún mechón suelto que me da un toque más informal. El maquillaje es perfecto y acentúa mis rasgos. Sonríe al ver el vestido, es de color negro, con alguna flor roja dibujada en el pecho. La tela cae laxa por debajo de mi pecho y disimula un poco mi barriga. Doy una vuelta y abrazo a mi amiga.

—Gracias, Alba, no sabes la cantidad de tiempo que hacía que no me sentía sexy.

Las dos nos reímos y, al sonar el timbre, me despido. Salgo del edificio y en la puerta me espera Jorge. Me sorprende encontrarle a él, había quedado con Reyes en que ella pasaría a por mí. Noto su mirada recorrer mi cuerpo y siento un rechazo instantáneo. No sé cuál es la razón, pero de pronto tengo ganas de subir y cambiarme el vestido por mi ropa habitual.

—Buenas noches, Jorge, ¿qué haces tú aquí?

El tono de mi voz es algo seco y él lo nota. Me guiña un ojo y abre la puerta de su impresionante coche. No sabía que el sueldo de un periodista diese para comprar un coche de lujo...

—Reyes iba a retrasarse y me pidió que pasara por ti.

—Perfecto, pues vámonos.

Me subo al coche con su ayuda, mi barriga no me permite doblarme tanto como me gustaría, cierra la puerta y pasa por delante para tomar asiento

en el lugar del piloto. Arranca y salimos hacia el restaurante.

—Estás muy guapa.

—Esto... Gracias. Me ha ayudado Alba a arreglarme, mi amiga obra milagros.

—Tú eres una mujer muy guapa, Almudena, no necesitas milagro alguno.

Me remuevo inquieta en el asiento. No me gusta la dirección que está tomando esta conversación. Desde que Álvaro y yo ya no estamos juntos, he tenido que pararle los pies a Jorge varias veces. Es cierto que es un hombre guapo, que atrae las miradas de las mujeres y que yo no soy una excepción, pero no por ello voy a acabar en su cama. Y menos llevando a los hijos de Álvaro en mi vientre. No me gusta pensar siquiera en que otro me toque mientras ellos estén ahí.

—No empieces, Jorge, me gustaría tener una noche tranquila. Necesito desconectar y divertirme. Por favor, no me lo pongas difícil.

—No te preocupes, preciosa, hoy toca divertirse.

Se gira para que le vea guiñarme un ojo y vuelve a centrarse en conducir. No sé por qué, pero tengo la sensación de que algo va a pasar hoy y que no me va a gustar. Aparto mis pensamientos de esos derroteros y pierdo mi mirada por la ventana.

—Ya casi hemos llegado, ¿estás lista para pasarlo bien?

Me hace la pregunta con un tono que me hace sonreír, es como un niño con su juguete nuevo. Como si estuviese seguro de que va a encantar a todos y esté deseoso de enseñárselo a sus amigos.

—Hace mucho que no salgo y lo estoy deseando.

—Me alegra oír eso, hoy vamos a celebrar que por fin todo esto se ha acabado.

No tengo tiempo a responder, Jorge detiene el coche, un hombre abre la puerta y me tiende la mano para ayudarme a salir. Le sonrío y le doy las gracias. Jorge se coloca a mi lado y le da las llaves al jovencito, ahora que lo veo mejor, puedo decir que no debe superar los veinte años. Entramos al restaurante, Jorge me ha ofrecido su brazo y yo lo he aceptado, en la entrada hay escaleras y lo último que quiero es rodar por ellas por culpa de mis taconazos.

Una mujer muy guapa y estirada nos pregunta si tenemos reserva y, al confirmar que sí, nos guía hasta nuestra mesa. Miro confundida la mesa, solo hay dos servicios.

—Debe de haber algún error..., aún faltan dos comensales y esta mesa es para dos, cuando debería ser para cuatro.

—No hay ningún error, señorita, esta es la mesa que el señor Bustos ha reservado.

Miro enfadada a Jorge, que no parece abochornado al ser cazado en su artimaña. Niego y empiezo a caminar hacia la salida. Jorge estira su brazo y me corta el paso, me giro para encararlo y, cuando voy a reclamarle, cubre su boca con la mía. Me separo de él con la respiración acelerada y, cuando voy a abofetearlo, una voz me detiene.

—Qué escena tan bonita.

Una lágrima corre por mi mejilla al escuchar su voz, su sarcasmo me hace daño. Jorge pasa su brazo por mi cintura y me gira para quedar frente al dueño de mis desvelos. Álvaro me mira serio, su rostro no deja entrever sus sentimientos, solo sus ojos reflejan el dolor de verme con otro. Estoy tan concentrada en él, que no me doy cuenta de que está acompañado hasta que Jorge saluda a la mujer que está a su lado con un tono que trasluce el desagrado que siente al verla.

—Hola Alice, me alegra verte. ¿Cuándo has vuelto de Londres?

Me tensó y aparto mi mirada de Álvaro para centrarla en la guapa, sexy y flaca rubia que le acompaña. Siento que algo se revuelve en mi interior. Un nudo se forma en mi pecho y las náuseas reaparecen tras casi un mes sin sentir las. Me alejo de la escena que tanto dolor me provoca y, como puedo, corro hacia los servicios. Me arrodillo delante del váter y vomito. Vacío mi estómago y sigo sintiendo arcadas. Una mano en mi hombro me sobresalta y miro a la rubia. Parece preocupada.

—Yo... no me siento bien. Debería irme a casa.

La mujer asiente y me ayuda a levantarme. Me echo agua fría en la nuca bajo su atenta mirada y, cuando pienso que ya puedo caminar, me acompaña hasta donde los dos hombres nos esperan.

Noto cierta tensión en el ambiente, pero lo ignoro. Me acerco a Jorge e intento que la presencia de Álvaro no me afecte, cosa muy poco probable. —

No me siento bien, por favor, llévame a casa.

—Pero, Almudena, hoy era el día de celebrar...

Me acerco más a él y casi le gruño. Este se piensa que soy tonta y que le voy a permitir que me coaccione. Qué poco me conoce...

—No tengo nada que celebrar, aquí faltan dos personas muy importantes en la investigación y, sin ellos, yo no celebro nada.

Lo dejo con la palabra en la boca. Me doy la vuelta y camino lo más rápido que puedo hacia la salida. Quiero llegar a la calle, respirar aire fresco y pedir un taxi. Al salir, el mismo chico de hace un rato me ofrece su ayuda y acaba pidiendo un taxi para mí. Le sonrío y me quedo de pie esperando a que llegue.

—Almudena.

Esa voz... ¿Por qué me ha seguido? Giro la cara para verle y suspiro sin poder evitarlo. Pero qué guapo es el jodido. ¡Y qué bien le queda ese traje! Lo recorro con la mirada sin disimular, me estremezco al recordar lo bien que encajaban nuestros cuerpos, cómo se compenetraban nuestras almas y cómo disfrutábamos con simplemente estar juntos. Su voz cortante me devuelve a la realidad de golpe.

—Veo que no has tardado mucho en buscarme reemplazo.

Le miro alucinada y sin poder decir nada. ¿Este por quién me toma? Si esa es la pobre opinión que tiene de mí, es mejor que estemos separados.

Enfadada le respondo:

—No creo que seas el más indicado para ir dando lecciones de moral.

—No es lo que crees, pero no voy a darte explicaciones. Yo sé lo que he visto.

—Ja. ¿Y qué has visto? Quizá eso tampoco es lo que crees, la diferencia es que tú ya has hecho tu juicio y me has condenado.

En ese momento, el taxi aparece y camino hacia él. Nada más nos decimos, nadie me detiene. A los pocos segundos, el coche arranca y yo vuelvo a llorar por el hombre del que estoy enamorada y al que he perdido por mi empeño de ser autosuficiente.

El taxi me deja en la entrada del edificio y me apresuro a caminar hacia

la seguridad de su interior. Saco mi móvil y marco el número de Reyes, que contesta al segundo tono.

—Hola, ¿estás bien?

—Sí, perdona que te preocupe para nada. ¿Puedo preguntarte algo?

—Claro, dime.

—¿Por qué no habéis acudido a nuestra celebración?

—Porque Jorge dijo que te sentías mal y que lo dejábamos para la semana próxima. ¿Es mentira?

—Sí y no. Ahora sí que me siento mal. Aunque antes no, y yo sí he acudido a esa cita.

—Vaya..., parece que el periodista por fin se ha lanzado.

Resoplo. Sí que se ha lanzado. Y he tenido la mala suerte de que Álvaro lo

ha presenciado todo. Me agunto las ganas de llorar y continúo la conversación:

—Sí... Nos vemos mañana, Reyes.

—Hasta mañana, Almudena. No te agobies, si no te interesa el hombre, díselo y ya está.

—Ya lo hice... Hasta mañana.

La llamada se corta y me quedo mirando el móvil. Me muero de ganas de llamar a Álvaro. Sé que no debería, que a esta hora debe de estar cenando la mar de feliz con su cita, pero me muero por escuchar su voz. Rechino los dientes y me guardo el teléfono en el bolso. No me voy a arrastrar. Si él ha pasado página, yo voy a hacer lo mismo.

Decidida a no sufrir más por quien no lo merece, entro por la puerta del piso. Me encuentro a Alba sentada en el sofá con un montón de pañuelos a su alrededor y llorando a moco tendido. Me siento a su lado y la abrazo, hay momentos en que es mejor dejarlo salir.

—¿Qué te sucede, amiga?

—Es una historia muy larga, ¿por qué has regresado tan pronto?

—Esa también es una historia muy larga.

—Mañana es sábado..., voy a concretar una reunión de amigos. A las dos nos irá bien estar con ellos y que nos hagan reír.

Asiento y vuelvo a abrazarla. Creo saber quién es el culpable de sus lágrimas. Por más que Alba intenta estar bien con Lucas, la reaparición de David le está afectando mucho. Nos quedamos las dos abrazadas en el sofá. Pasado un buen rato nos hemos separado, puesto una peli romántica de las que tocan el corazón y, arregladas las dos para salir de fiesta, lloramos nuestras penas con la pobre excusa de la película.

Reencuentro

Ha llegado el día. Hoy es la revisión con la ginecóloga. Ayer por la noche recibí un mensaje de Álvaro, en él no decía nada y, al mismo tiempo, lo decía todo.

A las 11:30 h paso por ti a casa de Alba.

Son las 11:25 h y estoy nerviosa, inquieta, ansiosa... Ni yo misma sé cómo estoy. El sonido del timbre me sobresalta y voy a responder. Un escueto y seco «baja» es el indicador de que Álvaro ha llegado. Cojo mi bolso y salgo al encuentro del padre de mis hijos.

En la entrada del edificio me encuentro con mi hombre perfecto, está vestido informal y deja a la vista sus tatuajes. Aunque con este calor, difícil lo tiene para cubrirlos. Me acerco al coche y él se aparta para abrir la puerta, espera a que entre y cierra. Se coloca en su sitio y arranca en el más absoluto silencio. Me voy poniendo más nerviosa a cada minuto que pasa. Cuando diviso el edificio de la clínica, suspiro aliviada. Cinco minutos más y muero por asfixia en el interior de ese coche. El aire se estaba poniendo irrespirable, entre el olor de Álvaro que me revoluciona las hormonas, el silencio y la tensión, que poco a poco ha aumentado, me he sentido tentada de lanzarme del coche en marcha.

Juntos caminamos hasta la sala de espera, en ningún momento nos rozamos ni nos dirigimos la palabra. Al llegar, nos sentamos y esperamos a que la enfermera diga mi nombre. Me entretengo mirando a las mujeres que nos rodean. Todas están felices y acompañadas por sus parejas, las cuales se desviven por atenderlas. Suspiro y cojo una revista de las que hay en la mesa del centro, lo que sea con tal de no ver la felicidad de todos los que me rodean y que yo no tengo. Estoy intentando encontrar algo interesante entre las páginas de la revista de cotilleos cuando escucho mi nombre. Como puedo me levanto y camino hacia la consulta.

—Bienvenidos. Almudena, ya conoces el procedimiento.

—Hola, doctora, me desnudo y vuelvo.

Mientras lo hago, escucho a Álvaro hacer alguna pregunta a la doctora,

como estoy algo alejada no logro entender qué le dice. Siento que una lágrima corre por mi mejilla y resoplo. ¡Malditas hormonas que me hacen llorar por todo! Me gusta que Álvaro se preocupe por sus hijos, pero tampoco es necesario llorar. Acabo de ponerme la bata y camino hasta el ecógrafo. Me recuesto y espero a que vierta el gel en mi abultada barriga.

—Ya sabéis cómo va esto, porque no es la primera que hacemos. Hoy, si todo va bien, os diré el sexo de los bebés y comprobaremos que todo está como debe.

El gel entra en contacto con mi piel y suspiro. En la anterior ecografía fue mucho más cercano, sujetó mi mano y estuvo a mi lado. Ahora está aquí y al mismo tiempo no lo está. La doctora llama mi atención y me concentro en ver la pantalla, ahí se ven a nuestros pequeños. Empieza a explicarnos dónde están sus pies, sus manos y sus cabecitas. La verdad es que parecen aliens, pero mejor esto me lo callo que quizá los demás no lo entiendan.

—¿Qué tenemos aquí? Un hombrecito. Este pequeñín es un chico, y es un poco exhibicionista.

La doctora señala sus piernas, están abiertas y deja a la vista todo. Me río y de reojo miro al padre. Está emocionado y sonrío sin apartar la mirada de la pantalla. Vuelvo a centrar en ella mis ojos y escucho lo que dice la doctora:

—Veamos qué es su compañero de barriga.

Pasan unos minutos en los que ella mueve el aparato arriba y abajo, resopla y sonrío. Me mira y señala el cuerpecito de mi hijo. —Este es más tímido. No quiere dejarse ver... —¿Tenemos un descarado y un tímido?

La voz de Álvaro me estremece, le miro y, como si notara mi mirada, él me mira a mí. Nos quedamos así hasta que la voz de la doctora nos interrumpe:

—Parece que al escuchar la voz de papá ha reaccionado. Se ha movido y se ha dejado ver. Aquí tenemos a la niña de papá.

—¿Una niña?

Preguntamos los dos a la vez y la doctora se ríe. Nos señala su cuerpecito y la ausencia de colgajos entre las piernas. Sonrío complacida y tomo el papel que ella me tiende para limpiar mi barriga. Me levanto y voy a vestirme con una sonrisa de oreja a oreja. Vamos a tener un niño y una niña. ¡La parejita! Una guerrera y un controlador en miniatura. Suspiro feliz y otra

lágrima corre por mi mejilla. La felicidad es tan efímera que, cuando acabo de vestirme y regreso a donde los dos me esperan, noto el cambio en el ambiente.

—¿Qué sucede?

—Debido a que son gemelos y a que su tamaño es bastante grande para lo avanzado de la gestación, es posible que nazcan pronto. Estás de seis meses, razón por la cual deberás cuidarte mucho, descansar y evitar las situaciones que te pongan nerviosa.

Asiento como una autómatas y, tras escuchar algún consejo más, salimos a la calle igual que entramos, juntos, pero sin rozarnos ni dirigirnos la palabra. Ya en el coche, Álvaro no me pregunta y me lleva directa al periódico. Me bajo y le veo marchar. Me quedo en mitad de la acera viendo cómo se aleja y, de nuevo, las lágrimas corren por mi cara. ¡Vaya día llevo hoy! Es tener a Álvaro cerca y mis ya de por sí revolucionadas hormonas, se ponen en pie de guerra y me hacen la vida imposible.

Entro en la redacción y me encuentro de frente con Jorge. Esta noche tenemos la cena para celebrar el final de la investigación. Esta vez sí vamos a ir los cuatro y ya me he encargado yo de confirmarlo, va a pasar Reyes a buscarme. Juntos entramos en la redacción y vamos a nuestros lugares de trabajo. Nos pasamos la tarde buscando un nuevo proyecto en el cual trabajar y, al llegar la hora, me voy a casa en taxi.

Me arreglo lo mejor que puedo, vuelvo a ponerme el vestido de la semana pasada y esta vez evito los tacones que tanto daño me hacen. Mejor ir cómoda. Me pongo unas sandalias planas y me maquillo. El resultado no es tan espectacular como el del viernes pasado, pero a mí me gusta. El timbre me avisa de la presencia de Reyes y salgo del piso.

Llegamos al restaurante, no es el mismo del otro día y doy gracias por ello. Entramos las dos juntas y buscamos entre los comensales a nuestros compañeros. Están en una mesa del fondo y, al verlos, caminamos hacia ellos. En este restaurante hay pista de baile y un bar. Seguro que después de cenar querrán tomar una copa y divertirse un rato. Yo no me siento muy ágil para ello, pero haré un esfuerzo y trataré de estar a la altura de la situación.

Los hombres se levantan al vernos llegar y nos saludan, poco después estamos todos sentados esperando al camarero para pedir nuestra comida. La cena la pasamos entre risas y, tal y como yo supuse, en los postres proponen

ir al bar y bailar un poco. Hacia allí nos dirigimos, elegimos una mesa y nos sentamos. Los inspectores se van a bailar y yo me quedo sola con Jorge. Me parece que se está acercando más a mí y eso me inquieta, intento separarme un poco y no lo logro. En momentos como estos me siento igual que una ballena varada y eso me cabrea. Siento que su mano acaricia mi mejilla y me echo hacia atrás para escapar de su contacto. Parece no entender y se inclina sobre mí para besarme.

—Te he dicho varias veces que no quiero esto, Jorge, no entiendo por qué insistes.

—No me digas que no, preciosa. Ahora necesitas a una persona a tu lado, tus hijos pronto nacerán y vas a necesitar a alguien que te ayude con ellos. Déjame ser ese alguien.

Me quedo alucinada mirándole, no puede ser que haya dicho eso... Me separo de él de muy malas formas y me levanto lo más rápida que puedo. Le encaro enfadada y sin pararme a pensar en dónde estamos.

—Mis hijos tienen a su padre, no necesitan otro. Si quieres tener hijos, busca alguien con quien tenerlos, porque yo no soy esa persona.

—Almudena...

Me cruzo de brazos enfadada y, sabiendo que mi postura es ridícula, le vuelvo a encarar. Ni en broma voy a dejar las cosas así, al parecer no entiende el significado de un no. Ahora mismo se lo explico:

—Te he dicho por activa y por pasiva que no busco pareja ni quiero tener nada con nadie, parece que no me entiendes, déjame que te hable claro. Yo amo al padre de mis hijos y no quiero tener nada con nadie que no sea él.

Acelerada y con la adrenalina corriendo por mi cuerpo, atrapo mi botella de agua y me la acabo. Miro a los inspectores que se han acercado a nosotros y resoplo. Menudo espectáculo he montado. La mirada de Jorge es extraña, como si no supiese qué esperar de la situación.

—Ahora me voy, no, Jorge, no te molestes en seguirme. Voy a pedir un taxi.

Nadie dice nada y yo, sin saber la razón, me doy la vuelta. Ahí parado frente a mí me encuentro a Álvaro. Está supersexi y yo me muero por abrazarlo. Rechino los dientes y echo a andar de nuevo. «Parece que me está siguiendo...». Desecho esos pensamientos y paso a su lado sin hablarle. No sé lo que habrá escuchado, lo que sí sé es que no pienso aclararle nada. Que

saque sus propias conclusiones.

No he llegado muy lejos, en mi camino se cruza la misma mujer rubia de la semana pasada. Siento una punzada en mi corazón, pero finjo que no me importa. Ella me saluda y cortésmente la saludo también. Intento apurar el paso y salir de ahí, siento que alguien me sigue y espero que no sea Jorge, esta vez nada me va a impedir darle la bofetada que se ganó la semana pasada. Me detengo en la entrada y hablo con la chica, me dice que tienen servicio de taxi, le pido uno y, cuando va a llamarlo, la voz de Álvaro la detiene.

—Yo la llevaré a casa.

—No.

Mi respuesta le hace gracia y se despide de la mujer antes de sujetar mi mano y tirar de mí hacia la salida.

—Interesante manera de evitar momentos que te pongan nerviosa.

—No me toques las narices, Álvaro, no estoy de humor. ¿Por qué no regresas ahí con tu acompañante y me dejas en paz? Yo no te he pedido ayuda.

Respiro agitada y tiro de mi mano para que me suelte. Los bebés eligen ese momento para moverse y siento como si me clavasen cien agujas en el costado. ¡Eso ha dolido, par de demonios! Últimamente, sus movimientos son muy similares a una tortura. No puedo evitar gemir de dolor y Álvaro viene a ver qué me pasa.

—¿Está todo bien? ¿Te llevo al médico?

—No es necesario... Tus hijos son unos revoltosos a los que les gusta hacerme sufrir, nada más.

Estoy deseando sentarme y esperar a que se me pase el dolor, pero no quiero que vea mi debilidad. Por esa razón, aprieto los ojos y refunfuño. Su gesto triste me desconcierta, pero no se lo dejo ver. Rearmo mis defensas y pregunto de malos modos:

—¿No ibas a llevarme a casa?

—Sí, claro, vamos.

Coloca su mano en mi espalda y me guía hacia su coche. Al volver a sentir su contacto, aunque sea a través de la fina tela del vestido, me siento

acalorada. Ya decía yo que mis hormonas tenían que hacer acto de presencia o esta no sería yo. Disfruto del efímero contacto y cruzo los dedos para que las cosas mejoren entre nosotros, nuestros hijos merecen que sus padres se soporten al menos.

Ya en el coche, el silencio nos acompaña de nuevo. Al llegar a casa de Alba, me desabrocho el cinturón y coloco los dedos en el tirador de la puerta. Cuando voy a abrir su voz me desconcierta.

—Me alegra que aún no me hayas olvidado, sin embargo, ya te dije que no doy segundas oportunidades. Tú tomaste la decisión por los dos.

—Lo sé. Si no quieres nada más, me voy a descansar.

—Nada más. Adiós, Almudena.

—Adiós, Álvaro.

Abro la puerta del coche y salgo a la calle. De un golpe seco la cierro y, con las lágrimas corriendo por mi cara, entro en el edificio. Nadie dijo que enamorarse era fácil y yo lo he comprobado. Nunca antes me había sentido así con nadie, como si escuchar su voz fuese el aire que necesito para respirar. Como si el contacto de su piel fuese el alimento que mi cuerpo necesita. Como si su olor fuera la medicina a todos mis males. Suspiro y entro en el ascensor, me dejo caer contra la pared espejada y me miro en la de enfrente. Lo que veo me deja claro que no estoy preparada para enfrentar a Álvaro, estoy demacrada, ojerosa y con el maquillaje corrido por las lágrimas, doy hasta miedo.

Desganada, entro en el piso y voy silenciosa hasta mi dormitorio, no quiero hablar con nadie. No quiero tener que explicar la razón de mis lágrimas y, menos aún, quiero tener que admitir que he perdido a Álvaro por mi egoísmo e inmadurez.

Me tumbo sobre la cama, me he desnudado y solo cubre mi cuerpo una camiseta de Álvaro. Él tiene pocas, suele usar camisas, y esa es la razón por la que cuando se la cogí, me dijo que se la devolviese. A día de hoy sigue en mi poder y, si de mí depende, nunca la va a recuperar. Ese trozo de tela es la forma de sentirlo cerca, de que los recuerdos fluyan y mis sentimientos queden expuestos. A pesar de ello, la uso cada noche y la usaré mientras pueda, teniendo en cuenta el tamaño de mi barriga, quizá pronto deba dejar de hacerlo.

Con los sentimientos alterados por los sucesos del día, las lágrimas haciendo acto de presencia como cada noche y con unas ganas locas de abrazar al culpable de ellas, cojo mi móvil y reviso las fotos de los dos. Esas fotos que no puedo evitar mirar cada noche y que tanto daño me hacen. Suspiro vencida por los recuerdos y cierro los ojos. Espero que mis sueños esta noche me lleven de regreso a sus brazos y, así, por fin, pueda lograr olvidar el dolor que me provoca su rechazo, aunque solo sea por unas horas.

El artículo

Y por fin... ¡Hoy sale el artículo! El primer lunes de agosto sale en primera página del periódico nuestra investigación. Hoy será el día que la policía ejecute los arrestos y que mi vida vuelva a la normalidad, o eso espero.

Hoy me he levantado de muy buen humor, a pesar de no haber dormido nada y de haber pasado el peor fin de semana de mi vida. Mis niños traviosos no dejan de moverse y colar sus manos y pies en lugares que duelen mucho. Me han tenido todo el fin de semana tumbada descansando y aguantando sus ataques. Parece como si el haber escuchado a su padre el viernes, les hubiese alterado. Resoplo al pensar en Álvaro, sus escasas pero duras palabras no me han abandonado en estos días.

«No doy segundas oportunidades, tú tomaste la decisión por los dos».

Esa simple frase me ha tenido inquieta y al borde de las lágrimas en estos dos días que han pasado. Por más que lo extrañe, me niego a arrastrarme. Si él no da segundas oportunidades, yo tampoco suplico. A nadie. ¿Quién se cree este hombre que es? Enfadada por mis pensamientos, me bajo del taxi justo en la puerta de la redacción. Camino lo más rápida que puedo y, en la seguridad del edificio, busco mi mesa de trabajo. No llevo ni dos minutos sentada cuando empieza a sonar el teléfono, descuelgo y ahí me queda claro que mi vida tranquila aún va a tardar un poco en regresar.

—Buenos días, busco a Almudena Cid, ¿es usted?

—Buenos días, sí, soy yo. ¿En qué puedo ayudarle?

—Soy periodista, y me gustaría hacerle una entrevista.

En este momento comprendo que todos van a querer saber más de nuestra investigación. Como puedo me libro de mi compañero de oficio y me preparo para la mañana que está por venir. Cuando aparece Jorge y su teléfono suena, le digo que no con la cabeza. Hace una mueca, pero no responde. Me apuro a explicarle lo que sucede y ambos decidimos descolgar nuestros teléfonos e intentar trabajar un poco. Al salir a comer, vamos juntos como cada día, nos encontramos un buen número de periodistas dispuestos a

obtener nuestras declaraciones. Resignados, nos escabullimos y vamos a comer algo.

El ambiente durante la comida es tenso, en el trabajo no lo he notado porque estaba demasiado ocupada, pero ahora le siento distante. Parece como si no quisiera tener trato conmigo. Decidida a aclarar esta situación, dejo el tenedor en el plato y cojo aire.

—¿Qué sucede?

—Nada, ¿debería suceder algo?

Irritada por su pasotismo me clavo las uñas en la palma de la mano que tengo oculta bajo la mesa. Vamos a ver quién es más cabezota.

—Pues para no pasarte nada estás en un plan muy poco amigable. Espero que no estés enfadado, porque tú te lo buscaste.

—No estoy enfadado contigo, pero comprenderás que tampoco estoy feliz por cómo me has tratado.

—Lo entiendo...

Nos quedamos los dos callados y vuelvo a coger el tenedor. Revuelvo en el plato la poca comida que queda y alzo la mirada. Los ojos de Jorge se clavan en los míos.

—Lamento cómo te lo dije, pero no lo que te dije. Es la realidad. Por más que yo quisiera que mi vida fuese diferente, no lo es.

—Podrías intentarlo, darme una oportunidad...

Alzo la mano y la coloco sobre sus labios. No quiero que diga lo que pienso que va a decir. Niego y suspiro.

—No lo digas. Yo... sigo enamorada de él. Si eso cambia, créeme que tú serás el primer hombre en el que pensaré.

Jorge aparta mi mano de sus labios y deposita un beso en ella. En ese momento me parece sentir un resplandor, pero lo ignoro y me centro en nuestra conversación.

—Está bien, Almudena. Seamos amigos, por ahora...

La conversación se centra en otros temas y yo respiro tranquila. Al acabar nuestro tiempo para comer, volvemos rápidos al periódico y nos dedicamos por completo a trabajar. Cuando nuestros compañeros se despiden

de nosotros, entendemos que es hora de irse y recogemos nuestras cosas. Jorge me ofrece llevarme a casa y yo asiento. Así me ahorro buscar el taxi. Los inspectores ya no están en la redacción, pero eso no significa que yo esté del todo tranquila.

Con una amigable charla llegamos al portal donde está el piso de Alba y, con un beso en la mejilla, me despido de mi compañero. Hoy ha sido un día tranquilo y espero que mañana lo sea también. Salgo del coche y entro en el edificio. Estoy muy cansada y este par de demonios no dejan de moverse. Ya en el ascensor, me coloco las manos en la barriga, las paso de arriba abajo y me apoyo contra la pared espejada. Suspiro y les hablo a mis niños:

—Sois un par muy revoltoso, tanto que me estáis dando miedo. Tengo ganas de ver vuestras caritas, acariciar vuestra suave piel y contar vuestros...

El sonido del ascensor al llegar a mi destino me advierte de que las puertas se abren. Me callo y, aún, acariciando mi barriga, voy hacia la puerta. Entro y voy a la ducha directa. Necesito relajarme y tumbarme, me duelen los pies y me noto muy pesada. Al salir de la ducha me dejo caer encima de la cama solo con el albornoz cubriendo mi cuerpo, y me quedo dormida.

El despertador me saca de mi inquieto sueño, para variar estaba soñando con Álvaro. De día logro apartarle de mi cabeza, las noches son totalmente suyas. Por más que intento no pensar en él, mi subconsciente me juega malas pasadas y acabo viendo su rostro y recordando cómo era estar juntos. Aunque la verdad, es mejor eso que la alternativa... Cada vez que sueño con el ataque me despierto gritando en medio de la noche y ya me es imposible volver a dormirme.

Acelerada, me visto y me arreglo el pelo. Hoy pasará Jorge a recogerme y no quiero que tenga que esperarme. Entro en la cocina para desayunar y Aurora me tiende una taza de café. Es descafeinado y lo compró para que yo pueda tomarlo sin que me afecte. Le sonrío y las dos hablamos mientras me como las tostadas que ella me ha preparado. Es un amor la madre de Alba. Nos cuida como si aún fuésemos niñas, algo de lo que ninguna nos quejamos. Me despido de ella con un beso y salgo por la puerta en el momento en que mi móvil suena, Jorge está abajo.

Al salir a la calle me encuentro rodeada de cámaras y micrófonos. Alucinada, miro a la gente que me rodea y que no deja de hacerme preguntas. Busco entre la multitud alguna cara conocida y me agobio al sentirme

acorralada. Las preguntas no se detienen, son cada vez más indiscretas y yo resoplo.

—¿Es cierto que Jorge Bustos es el padre de su hijo?

—Hay una denuncia en la policía de un intento de violación, ¿ocurrió siendo pareja del periodista Jorge Bustos?

—Mis fuentes la relacionan con el prestigioso empresario Álvaro Cuesta, ¿es él el padre de su hijo?

—¿Mantiene una relación sentimental con su compañero de investigación?

Agobiada, empiezo a sentirme mareada. La tensión me está bajando con los nervios del momento, empiezo a ver doble y a no escuchar lo que me dicen. De pronto me desplomo y creo que no llego a tocar el suelo, no lo sé. Me siento en trance, en un mundo paralelo desde el que todo se ve pasar más despacio. Siento que me dejan en un lugar blando y que nos movemos. Debo de estar en un coche. Suspiro y cierro los ojos, que sea lo que Dios quiera.

Abro los ojos y lo que veo me impresiona. No sé dónde estoy, pero al ver a Álvaro y Jorge juntos deduzco que no estoy en casa. Miro alrededor y creo reconocer el lugar. Estoy en la clínica de la doctora Jiménez. Ella entra y pide a los hombres que salgan. Jorge lo hace, pero Álvaro se niega, él es el padre y quiere saber cómo están sus hijos. Escuchar que solo ellos le preocupan me duele, supongo que es lo normal dadas las circunstancias... Aunque eso no quiere decir que me tenga que gustar. Disgustada murmuro:

—Que salga, no quiero ver a nadie.

Por un segundo creo ver un brillo de dolor en sus ojos, un parpadeo después, ya todo vuelve a estar normal. Álvaro se da la vuelta y abandona la consulta. La doctora se acerca a mí y me hace muchas preguntas. Le respondo y ella preocupada me pide que me desnude para hacer un ultrasonido y confirmar que todo está bien. Pasada media hora, salgo de la consulta caminando y con dos nuevas imágenes de mis bebés. Le tiendo una a Álvaro y paso de largo al escuchar su seco agradecimiento. Jorge me mira intensamente, cuando me detengo a su lado me sonrío y me tiende el brazo. Acepto el apoyo y juntos salimos de la clínica.

Ya en el coche, le miro y suspiro. Hay algo que necesito saber y, que si no le pregunto, jamás averiguaré. Me armo de valor y murmuro:

—¿Por qué estaba Álvaro en la clínica?

—Él te sostuvo justo antes de que tocases el suelo. Por más que intenté llegar a ti, me fue imposible. A él le ayudaron dos tipos enormes, ellos abrían paso y él corría hacia ti.

—Pero... ¿qué hacía él en mi casa?

—Eso vas a tener que preguntárselo a él.

—No estás siendo de mucha ayuda...

Jorge se ríe y eso me hace sonreír. La doctora me ha pedido que guarde reposo, cosa que no he dicho a nadie. Por ese motivo, al ver que Jorge se dirige al periódico me callo y sonrío. Me irá bien la distracción del trabajo. En la puerta nos esperan los periodistas, estos parecen algo más respetuosos y nos dejan entrar al edificio sin problema. Una vez dentro, noto la pesada mirada de nuestros compañeros.

—¿Qué sucede?

—Eso me gustaría saber a mí...

Caminamos hasta nuestras mesas de trabajo y ahí encontramos la razón de tanta miradita. Hay un montón de revistas en las cuales salimos los dos. Hay fotos del día anterior en el restaurante, incluso hay una del coche delante de mi casa en la que parece que nos estamos besando cuando todo lo que hacíamos era hablar. Resoplo y tiro las revistas a la papelera.

—No entiendo que nosotros seamos importantes para la gente, lo único que hemos hecho es una investigación. No creo que debamos sufrir este acoso por ello.

Enfadada, me siento en mi silla y enciendo mi ordenador. Mejor ignorar lo que acabo de ver. Para confirmar que nadie va a ignorar nada, mi móvil empieza a sonar. Son mis amigos en el grupo de los cuatro.

V: Alex está enfadado, dice que has traicionado a su hermano. Parece que no entiende que ya no estáis juntos. Ánimo, Almu, yo sé que no tienes nada con tu compañero. Aunque en las fotos se os ve muy juntos y es bastante sexy ;)

ALB: Porque sé que no tienes nada con él, que si no me creería lo que dicen, en esas fotos se os ve tan juntitos...

F: Está muy bueno tu amigo, quizá debería pasarme por el periódico a

hacerte una visita. Ánimo, amiga.

V: Calma, Fran, que tienes pareja.

A partir de ahí, la conversación degenera y empiezan a hablar de todo menos de lo que a mí me preocupa. Agobiada, me dirijo al cuarto de baño y me echo agua en la nuca. Hoy está siendo un mal día, seguro que mañana la cosa irá mejor. Más tranquila, regreso a mi mesa y, durante lo que resta de día, no salimos de la redacción. Pedimos una pizza a mediodía y continuamos trabajando sin hacer caso a las miradas de nuestros compañeros.

Ya en casa, me dejo caer en la cama, este es uno de esos días que deseas borrar de tu memoria, pero, por más que lo intentas, vuelven las imágenes y te encuentras de nuevo recordando. Saco de mi bolso la imagen que me dio la doctora y me quedo mirando los cuerpecitos de mis bebés. Son tan pequeñitos... Con mis dedos recorro sus piernas, subo hacia sus brazos y me quedo pensando cómo vamos a llamar a estos dos angelitos. Suspiro y me levanto para ir a cenar, no vale la pena martirizarme con lo que pudo haber sido.

Mañana el día de hoy solo será un amargo recuerdo, la noticia estará en otro lado y me dejarán en paz. Con ese pensamiento me meto en la cama, cojo mi móvil de la mesilla y empiezo mi martirio diario. Sé que no debería mirar sus fotos, sé que no debería preocuparme por lo que él estará pensando de lo que dicen las revistas, aun así, no puedo evitarlo. De nuevo, mi cabeza regresa al momento en que me desmayé y Álvaro me salvó de caer al suelo, ¿qué hacía él aquí? Mi congelado corazón me grita que él aún me quiere y que por eso vino a verme. Mi prudente cerebro me recuerda sus palabras, y yo acabo hecha un lío. Esas palabras se han convertido en un mantra muy doloroso para mí.

«No doy segundas oportunidades, tú tomaste la decisión por los dos».

Complicaciones

Tal y como predijeron los inspectores, las detenciones han desencadenado en otras y, estas, en una locura mediática. Lo que yo pensaba que serían unos días de persecución, se ha convertido en semanas. Dos semanas de continuas preguntas e incómodos silencios. Si algo tengo claro, es que no pienso hablar de mi vida personal con los medios. Por más periodista que yo sea, no me gusta la gente que vende su vida privada. La prensa rosa o sensacionalista no va conmigo.

Hoy, como los pasados diez días, me encuentro en el coche de Jorge que me lleva al periódico. Desde mi reciente visita al médico, se ha convertido en rutina que él pase a por mí. Hemos afianzado nuestra amistad, hablamos de todo y de nada, sin necesidad de forzar la conversación. Al final resultará que he sacado una buena amistad de estos meses tan desagradables.

Llegamos a la redacción y, tal como viene pasando desde las detenciones, en la puerta hay periodistas. Cada día son menos, pues no hemos dado ninguna declaración y parece que se van dando por vencidos. En nuestras mesas nos esperan las asignaciones de hoy y el nuevo proyecto de Jorge. Tal y como me esperaba, no hay anónimos y eso me hace sonreír mientras reviso el correo. Mi vida está volviendo a la normalidad lentamente y me siento por fin tranquila. Estoy deseando que la prensa deje de seguirnos para poder retomar mis días de libre movimiento. Aunque hay que admitir que con mi prominente barriga mucho no podré moverme, pero añoro mi libertad.

A finales de esta semana tengo otra cita con la doctora Jiménez y he de avisar a Álvaro por si me quiere acompañar. Por una parte prefiero que me diga que está muy ocupado y que no puede, algo que estoy segura no ocurrirá. Por la otra, estoy deseando verle, aunque sea solo unos minutos y no nos hablemos, su sola presencia me hace sentir bien. Suspiro y cojo mi móvil, este es un momento tan bueno como cualquier otro.

Viernes a las 11:00 h, revisión con la doctora Jiménez, ¿quieres ir?

Me quedo unos segundos esperando su respuesta, suspiro y, cuando voy a dejar el teléfono sobre la mesa, este vibra avisando de un mensaje.

Paso por ti a las 10:30 h a casa de Alba.

Han pasado meses y aún siento que mi casa es la casa de Álvaro, por lo visto a él le sucede lo mismo. Desde que nos separamos nunca dice tu casa, es la casa de Alba. Sé que es un pobre consuelo y, aun así, me refugio en esos pequeños detalles para consolar a mi pobre corazón. Estoy abstraída en mis deducciones de tonta enamorada que no se resigna a olvidar, cuando la voz de Jorge me sobresalta:

—¿Por qué tienes esa cara de boba?

—¡Oye! No te pases.

Le lanzo un bolígrafo que él coge sin mayor problema y los dos sonreímos. Como si no hubiese escuchado su pregunta, me concentro en mi trabajo y dejo de lado el hecho de que el viernes voy a ver a Álvaro. Suspiro y empiezo a teclear, mejor escribo mi artículo y dejo de soñar despierta.

Otro día que se va y otro día que mis pesadillas me sorprenden a mitad de la noche. Mañana es la revisión y estoy nerviosa. Me coloco las manos protectoras sobre mi barriga y hago esfuerzos para no llorar. Ese tipo no se merece ni una de mis lágrimas. Me levanto de la cama, sé bien que tras la pesadilla no podré dormir, y me acerco a las dos minicunas que compré el sábado con mis amigos. Ellos insistieron en hacer unos regalos a sus sobrinos y yo me dejé consentir. Y aquí están, las dos camitas de mis bebés esperando que los pequeños nazcan para ocuparlas. Me siento en la mecedora que he comprado para darles el pecho y me pierdo recordando los momentos felices con Álvaro.

Han pasado minutos, horas tal vez, no lo sé... Mis ojos vuelven a las cunas y a los ositos que esperan a mis niños. Son los osos que Álvaro me envió al periódico, la única cosa que saqué de su casa el día que me fui, con la que no entré a vivir allí. Suspiro y me levanto tras mirar la hora, falta poco para que suene el despertador. Despacio, empiezo a arreglarme, cuando salgo del dormitorio, los signos de la mala noche están ocultos bajo maquillaje e intento mostrar mi cara más amable.

Aurora y Alba están desayunando y yo me uno a ellas. Hoy, como cada día que tengo médico, Álvaro pasará a por mí y saben que eso me afecta, razón por la cual me abrazan con fuerza al escuchar el timbre que indica la presencia de Álvaro. Me sorprende que mi amiga siga en casa y, aunque me muero por preguntar, me callo y salgo del piso.

En la entrada del edificio me espera el serio Álvaro. Ese por el cual yo preguntaba no hace mucho y que ha reaparecido tras mi abandono. He intentado fingir que no me importa, pero es mentira. Me afecta ver que el brillo de sus ojos se ha apagado y que su carácter se ha agriado de nuevo. Como una autómatas camino hasta él, que me tiende la mano y me ayuda a entrar en el coche. Nos saludamos como extraños y hacemos el viaje hasta la clínica en absoluto silencio.

La revisión de hoy no ha ido bien, la doctora me ha dado la baja y me ha mandado reposo para que no se me adelante el parto. Todo el tiempo que ellos estén en mi vientre es bueno. Asiento y, resignada, recojo los papeles de la baja. Regresamos al coche y en silencio salimos del aparcamiento. Suspiro y me decido a hablar:

—¿Podrías llevarme al periódico a entregar la baja y después a casa?

Noto su mirada sobre mí por un momento y me estremezco al ser consciente de lo que he dicho. Nada me gustaría más que volver a casa. Siendo realista, es mejor que empiece a ver la casa de Alba como mi casa, Aurora está feliz de ayudarme con los pequeños y me ahorro muchos gastos al vivir con ellas. Alba insiste en que su casa es mi casa y, por lo visto, mi subconsciente empieza a creerlo.

—Claro...

No dice nada más y yo me trago un suspiro. Si él no quiere que hablemos, me callo. Paramos delante del periódico y, a cámara lenta, logro bajarme del coche. Entro a la redacción y voy a donde está Jorge. Suspiro y le entrego los papeles de la baja, espero que él los lleve a quien sea que se encargue de eso. Charlamos unos minutos y apurada me despido. Álvaro está fuera y no es el hombre más paciente del mundo, mejor no tentar a la suerte, este es capaz de dejarme tirada... No, ¿a quién pretendo engañar? Él nunca haría algo así.

Sonriendo, entro de nuevo en su coche y me mira confundido. Escondo mi sonrisa y él arranca. A los pocos minutos, recuerdo el día de mi desmayo y la curiosidad me puede. Me giro ligeramente hacia él para poder ver sus reacciones y pregunto:

—¿Sabes? Llevo días queriendo preguntarte algo y creo que este es un momento tan bueno como otro cualquiera. ¿Qué hacías tú allí el día que me desmayé?

Se tensa y sigue conduciendo en silencio. Al parecer no le ha gustado mi pregunta.

—Bueno, si no quieres responder a esa, probaré con otra. ¿Quiénes eran los tipos que iban contigo?

Me mira de reojo y vuelve a mirar la carretera. Me ha parecido que apretaba la mandíbula y eso me hace sonreír. Parece que hoy llevo yo las riendas.

—Vale, veo que esa tampoco te gusta... ¿Por qué me llevaste en tu coche al médico si estaba allí Jorge esperándome?

Aprieta el agarre sobre el volante hasta que sus nudillos se ponen blancos. He encontrado la palabra mágica. Al nombrar a mi compañero le ha cambiado el gesto. Ha apretado el volante con intención de arrancarlo y creo que, si pudiese, me fulminaría con la mirada. Para mi tranquilidad, va conduciendo y se reprime.

—No estás muy comunicativo...

—Deja de hacer preguntas, Almudena, no voy a responderte. Lo que yo hago, cómo y dónde lo hago, es problema mío. Tú preocúpate por mis hijos y por ti.

Desde que nos hemos separado esa es la frase más larga que me ha dedicado. Me dan ganas de hacérselo saber, pero me muerdo la lengua. No quiero acabar discutiendo. Llegamos a la puerta del edificio y me mira a la espera de que me baje. Ni loca, voy a aprovechar para decirle un par de cosas que de otra forma no puedo hablar con él. No le voy a llamar ni voy a pasar por su casa a verle, y por mensaje me parece muy impersonal.

—He comprado algunas cosas para los bebés... Más de una vez me han preguntado cómo se van a llamar y no sé qué decir. He pensado que es una decisión de los dos. Tú y yo nunca hemos hablado de eso y no sé si tienes algún nombre en mente...

—No, no tengo ninguno.

Su tono me deja claro que no le importa, aguantando las lágrimas, abro la puerta y salgo del coche. Le miro furiosa antes de cerrar con un portazo y caminar enfadada hasta el ascensor. Una vez dentro, al verme sola, dejo fluir las lágrimas. Cuando se detiene, entro en el piso y me voy a mi dormitorio. No quiero ver a nadie y menos aún que nadie me vea así. Tras cambiarme de ropa y ponerme cómoda, me siento en la mecedora y me acaricio mi gran

barriga.

Unos toques firmes en la puerta me sobresaltan, no sé quién puede ser. Al estar en casa sé que, si no fuese de confianza, Aurora no le habría dejado pasar. Suspiro y me limpio las lágrimas, quien sea no va a verme llorar.

—Pasa.

La puerta se abre y el dueño de mis lágrimas entra en mi cuarto. Mira alrededor y creo ver dolor en su mirada, es un momento nada más, pues el serio señor Cuesta ha regresado. No hago intento de levantarme ni digo nada. Él es quien ha venido, que hable. Pasan unos minutos en los que mira todo lo que nos rodea, se acerca a donde estoy y su mirada se centra en las dos cunas. Al ver los osos parece sonreír y sonrío también.

—Los tenías tú...

—No te he entendido, ¿podrías repetirlo?

—Los osos, los he buscado por todo el piso y los tenías tú...

Nos miramos a los ojos y su mirada pronto regresa a las cunas. Parece nervioso, es como si mi Álvaro hubiese regresado y el jefe déspota y frío se hubiese quedado en el coche.

—Es lo único que traje de casa, perdón, de tu casa.

Noto que la aclaración le ha dolido y un pellizco de esperanza prende en mi corazón. No debería hacerme esto, no debería ver más de lo que hay, pero con él aquí es imposible no tener la esperanza de que todo se arregle. — Almudena, tenemos que hablar... —Te escucho.

Me mira un segundo y de nuevo fija su mirada en las cunas. Intento no moverme para no alterar el momento, cosa con la que mis pequeños demonios no están de acuerdo. En mi barriga sobresale de pronto un bulto y me río al tiempo que lo acaricio. La mirada de Álvaro regresa a mí y a mis manos.

—¿Puedo?

Señala mi barriga y asiento. Aguanto la respiración, su contacto es lo que más he extrañado. Sus caricias, sus besos, sus abrazos o el simple hecho de dormir juntos. Su mano sustituye a la mía y sus ojos brillan. Es la primera vez que los siente moverse y, supongo que al igual que me ha sucedido a mí, está abrumado. Como si los bebés le hubiesen reconocido se mueven con energía

y gimo de dolor, ¡creo que acaban de patearme un riñón!

Álvaro mira embelesado mientras acaricia mi gran barriga y disfruta de los movimientos de sus hijos. Me emociono al verlo de rodillas frente a mí, con sus manos en mi vientre y susurrando palabras que no entiendo a nuestros hijos. Una lágrima traidora se me escapa y me apuro a limpiarla, no quiero que nada interrumpa este momento.

Pasan los minutos y, finalmente, Álvaro se levanta, me mira y se sienta a los pies de la cama. Lleva unos de sus impresionantes trajes y parece incómodo. Se afloja la corbata y desabrocha los botones superiores de la camisa. No puedo evitar fijarme en cómo sus músculos se marcan a través de la ropa o su piel morena contrasta con el blanco de la camisa. Al parecer, sigue ejerciendo poder sobre mí, me he quedado como tonta mirándole.

—Me encantaría que mi hija se llamara como su madre.

—¿Qué?

No puede ser que haya dicho eso... Intento disimular el impacto que me ha causado, cosa realmente difícil, y suspiro. Si nosotros ya no estamos juntos... Nos miramos y él vuelve a hablar:

—Desde que supe que era una niña, en mi mente ha sido mi pequeña Almu, mi guerrera. ¿No quieres que se llame como tú?

—Yo..., no lo había pensado.

—Hazlo por mí, concédeme eso, al menos.

Suspiro y asiento, si él quiere eso no se lo voy a negar. A partir de hoy nuestros niños van a tener los nombres de sus padres, porque si ella se llama como mamá, él se llamará como papá.

—Está bien, lo haré, siempre que nuestro hijo se llame como su padre. Mi pequeño controlador va a ser Álvaro, como tú.

Nos miramos intensamente por lo que parecen horas y él asiente. Nuestros pequeños ya no son los bebés, ahora son Álvaro y Almudena, como sus papás.

—Aclarado esto he de irme, tengo una reunión en media hora.

Habla mientras mira el reloj y se levanta, ya decía yo que el ambiente relajado estaba durando mucho. Suspiro y asiento. Sin decir nada más, sale de mi cuarto y yo me quedo mirando a la nada. Su huida me ha dolido, pero la

felicidad por lo que acaba de pasar es mayor. Nuestros hijos ya tienen nombre... Una sonrisa bobalicona se planta en mi cara y me quedo ahí sentada en la mecedora, acariciando mi barriga, hasta la hora de la cena. Mis acelerados pensamientos no hacen más que revivir la escena de Álvaro sintiendo a sus hijos, y no puedo evitar emocionarme. ¡Malditas hormonas! No hago más que llorar.

Mi peor pesadilla

Llevo tres días de baja, tres días encerrada en casa y aburrida como una ostra. Decidida a salir, aunque sea a dar un paseo por la calle y que me dé el aire, cojo mis llaves y mi móvil y salgo del piso. En el ascensor voy pensando que igual no es buena idea en pleno mes de agosto salir a pasear a media tarde. Hastiada, desecho los pensamientos y salgo a la calle, al calor empalagoso y a la soledad que tanto necesito.

Esta mañana he hablado con Reyes y me ha puesto al día de las detenciones. Han arrestado a todos los implicados a los que investigamos y alguno que otro más. Por lo visto, hay un nombre que los detenidos tienen miedo de pronunciar, parece ser que el tipo es influyente y los tiene a todos amedrentados. Aun así, Reyes cree que ya no corro peligro y que puedo salir sola.

Por esa razón estoy en la calle, a casi cuarenta grados al sol, paseando con una sonrisa. ¡¡Soy libre!! Camino sonriendo hasta una cafetería, entro y me siento a descansar. Mi cuerpo no está para estos arrebatos de libertad. Pido un refresco con hielo y me quedo mirando por la ventana los coches pasar por la calle. De pronto, siento que alguien me observa, miro a mi alrededor y no veo a nadie. Suspiro al sentirme una paranoica, es la tensión de los meses pasados que me juega una mala pasada. Más tranquila me tomo mi refresco y salgo de nuevo a la calle. Voy de regreso a casa de Alba cuando una furgoneta se detiene a mi lado, de ella baja un tipo encapuchado y me arrastra al interior.

Grito e intento escaparme, pataleo y sigo gritando, pero no hay nada que yo pueda hacer. Cuando la puerta empieza a cerrarse, veo aparecer a dos hombres enormes corriendo, van armados y eso me asusta. ¿Quiénes son?, y lo más importante, ¿a dónde me llevan?

El hombre que me agarra me mira y un escalofrío me recorre. No puede ser el mismo... Sus ojos se clavan en mí, me quedo perpleja viendo cómo se quita el pasamontañas y mi peor pesadilla se materializa frente a mí. ¡Es él! El miedo me paraliza y él se echa a reír.

—Volvemos a encontrarnos, zorrита. Te dije que dejaras de investigar,

pero no me has hecho caso y ahora el jefe está muy cabreado.

—Yo...

—No hables, ya nada puedes hacer o decir que impida lo que está por pasar. Tú sola te lo has buscado.

Lloro sin consuelo a la vez que abrazo mi barriga, mis niños van a sufrir las consecuencias de mi poca cabeza. Si desde un principio hubiese dejado la investigación, hoy seguiría con Álvaro y nada de esto estaría sucediendo. La furgoneta se detiene, me tenso y el animal se acerca a mí, aferra con firmeza mi brazo y me ayuda a salir, aunque más parece que me arrastra fuera.

—No abras la boca a no ser que se te pregunte y, si eres lista, no intentes huir, estoy deseando tener una excusa para retomar lo que dejé a medias.

Me estremezco y ahogo un sollozo. ¿Cómo he llegado a esta situación? El indeseable tira de mí y me lleva a un cuartucho, está oscuro y mal ventilado, tiene un camastro y un retrete en una esquina. Por un pequeño ventanuco entra la claridad del día, al menos sé que no ha pasado mucho tiempo, el sol todavía está alto. Al no haber regresado a casa, seguro que Alba ha llamado a Reyes. Ella sabrá qué hacer.

Resignada, entro en ese apestoso lugar y él cierra la puerta tras de mí. Escucho la cerradura girar y eso me confirma que estoy encerrada y sin opción de ir a ningún sitio. Me siento en el camastro e intento tranquilizarme, he de pensar en algo para salir de aquí y no logro hacerlo. Lo más importante ahora son mis niños, tengo que estar tranquila por mis hijos. Me dedico a respirar profundo y a mirar por la pequeña ventana. El día se va oscureciendo y, poco a poco, la noche ha llegado.

La puerta del cuarto se abre y mi viejo conocido deja una bandeja en el suelo, en ella hay un bocadillo y una botella de agua. Se ríe al verme llorar y esa risa me transporta al callejón y a lo que me hizo sentir. Intento mantenerme firme frente a él y, volviendo a reírse, sale y cierra la puerta de nuevo. En cuanto escucho la llave girar, me abalanzo sobre la comida. No tengo hambre, pero no puedo estar débil si surge una ocasión de huir, es por eso y por mis niños que como. A pequeños sorbos me bebo el agua y después me tumbo en el camastro. Llevo un buen rato intentando dormir cuando un dolor fuerte cruza mi vientre. Noto humedad en mis piernas y me estremezco, por Dios... ¡¡Acabo de romper aguas!!

Respiro como me han enseñado en las clases de preparación al parto, a las que Alba me acompañó. Nunca se lo dije a Álvaro para no presionarlo. Hubiese preferido que él me acompañara, pero así es la vida, no se puede tener todo lo que se quiere. Un nuevo dolor me hace gritar y me agarro el vientre, es como si me estuviesen cortando desde dentro. Como si algo me hinchara y quisiera que explotara.

Sin dejar de respirar, me incorporo levemente en el camastro y acabo con la espalda apoyada contra la pared. Las contracciones son débiles por ahora, lo malo es que van a ir a peor y aquí dudo que alguien me ayude.

Me quedo ahí apoyada viendo pasar la noche. Cada contracción es más dolorosa que la anterior y, cuando el amanecer me sorprende, ya no sé cómo colocarme para estar cómoda. Es de día y ahora puedo ver que a mi alrededor está todo mojado. Mi cuerpo empieza a resentirse de las horas que llevo aguantando el dolor, de las contracciones que cada vez son más seguidas y más intensas.

El cerrojo de la puerta se abre en el momento en que una contracción me sorprende, grito y cojo aire repetidas veces. El tipo que iba a dejar la bandeja delante de mí me mira asustado y sale corriendo. No es el mismo de ayer, a este no lo había visto nunca. Intento ponerme de pie y aprovechar que han dejado la puerta abierta, para mi desgracia mis piernas no aguantan y vuelvo a caer sentada en el camastro. Lloro de impotencia y me agarro a las mantas para arrastrarme y volver a apoyar la espalda contra la pared.

Pasan unos minutos y entra el desconocido de antes, seguido por mi viejo conocido y un tipo muy arreglado. Los tres me miran y parecen nerviosos. Al parecer, esta gente tiene escrúpulos y matar niños no entra en sus planes. Me río de mis pensamientos y una contracción me hace apretar los dientes de nuevo. No sé las horas que han pasado, pero, al menos, desde la mitad de la noche, he estado sintiendo los intentos de mis niños por salir.

El tipo arreglado, que debe de ser el jefe, se acerca a mí y se agacha. Agarra mi mano para darme fuerzas y eso me sorprende. Alzo la mirada y veo unos ojos verdes preciosos. Me quedo atontada mirándole, lo último que yo me esperaba era encontrar apoyo en este lugar.

—Escúchame bien, te hemos traído aquí para atraer a Jorge. No tenemos nada contra ti, ni pretendemos hacerte daño. Él no ha cumplido su parte del trato y ha de pagar por ello. Si me prometes que no nos vas a delatar, te

ayudaremos a traer al mundo a tus hijos y saldrás de aquí por tu propio pie. Soy consciente de que la forma en la que te raptamos fue... ¿Cómo decirlo?, ¿salvaje? Esos tipos que te seguían a todas partes complicaron el asunto.

Me quedo congelada al escuchar el nombre de Jorge. ¿Qué tiene que ver mi amigo en todo esto? Y... ¿quién me estaba siguiendo? Asiento como puedo, otra contracción me hace estremecer y no puedo evitar gritar. Él me sujeta la mano con fuerza y espera a que mi respiración se normalice.

—Hemos quedado dentro de media hora, después llamaremos a una ambulancia y nos iremos. Mientras, mis hombres cuidarán de ti.

—No. Él no..., por favor...

El jefe mira a mi atacante y niega, este parece avergonzado y eso me confunde. El otro hombre se acerca a mí y ocupa el lugar de su jefe.

—Dale agua y permanece aquí hasta que recibas mi llamada, después nos vemos en la salida.

—Sí, jefe.

Se coloca a mi lado en el camastro y sujeta mi mano, me tiende una botella que yo no había visto y me da un sorbo de agua fresca. Se lo agradezco con la mirada y, mientras los otros dos salen, él se queda a hacerme compañía. Este no es para nada el secuestro que yo pensé que sería. Cierto es que nunca me habían secuestrado, pero en las películas no les apoyan ni les cuidan... ¡¡Aaaahh!! Una nueva contracción hace que mis disparatados pensamientos dejen de importar, ¡mis niños quieren salir! Respiro aceleradamente y, con mi mano libre, me froto la barriga. Espero que entiendan que es pronto para nacer, que hay que esperar un poco más. Si salgo de aquí con vida, voy a darle una paliza a Jorge. No sé qué tiene él que ver en esto, pero el solo hecho de que su nombre saliese a relucir, me advierte que aquí hay más de lo que parece. Una nueva contracción hace que grite y acabe respirando como un pez. No puedo más, ¡esto duele muchísimo!

Miro al hombre que agarra mi mano y parece preocupado. Veo en su muñeca un reloj y, dada su buena disposición, me dispongo a pedirle un favor.

—¿Te importaría comprobar cada cuánto tengo las contracciones? Me parece que son muy seguidas ya, y me estoy poniendo nerviosa.

—Claro, avísame para la si...

No le dejo acabar la frase, aprieto su mano con tanta fuerza que él ha entendido a la perfección que es ahora. Aguanto el dolor, que quiere partirme en dos, lo mejor que puedo y, poco a poco, voy respirando más tranquila. Dejo caer mi cabeza contra la pared y pienso en que pronto todo se va a solucionar, una ambulancia va a venir a por mí y estaré en el hospital para dar a luz.

De nuevo esa sensación de que algo quiere romperme, como si mis bebés estuvieran rajándome desde dentro, me invade y grito de dolor. El hombre comprueba el tiempo que ha pasado y me mira nervioso.

—Seis minutos.

—Vale, aún es pronto para que nazcan...

Nos quedamos en silencio los dos, yo pidiendo a todos los dioses que se me pasan por la cabeza que ese hombre cumpla su palabra y me permita ir a un hospital. Cuando una nueva contracción me atraviesa, el pitido de un móvil me sorprende. Es el mío... ¿He tenido mi móvil todo este tiempo a mi lado?

Estiro la mano para cogerlo, pero el hombre me lo impide.

—Te lo ha dejado el jefe. No hagas ninguna tontería.

Asiento e ignoro el móvil. No deja de sonar, alguien me está llamado y espero que, sea quien sea, me esté buscando. Una nueva contracción me hace gritar y apretar la mano de este hombre, que sin saber cómo, ha acabado siendo quien me apoye en el parto. La siguiente contracción es más débil y me deja respirar algo mejor, un triste aplazamiento es lo que ha resultado, pues casi a continuación viene una mucho más fuerte. Grito y vuelvo a coger aire como puedo. ¡A la mierda las clases y a la mierda todo! No quiero que mis niños nazcan en este cuchitril.

El sonido de un móvil interrumpe mis lamentaciones y no es el mío. Él responde, a los pocos segundos se levanta y, con una mirada que no logro descifrar, se va. Lo más rápido que puedo cojo mi móvil y envío mi ubicación al grupo de WhatsApp de mis amigos. Estoy segura de que ellos me están buscando. No me queda mucha batería, decidida a intentarlo al menos, llamo a emergencias.

—Necesito ayuda. Me han secuestrado.

—A ver, señorita, hable más despacio que no la entiendo.

—No tengo batería, intente localizarme si puede. Me han secuestrado y me he puesto de parto.

—Estoy en ello, señorita, intente tranquilizarse y respirar con calma.

—¿Cómo voy a tranquilizarme? Mis hijos van a nacer en cualquier...
¡Aaaaaaaahh!

Una contracción me hace callar y, la mujer, al otro lado de la línea, espera que pueda volver a hablar. Voy normalizando mi respiración y su voz suena más cercana, como si entendiese por lo que estoy pasando, seguro que tiene hijos...

—¿Cómo ha llegado a ese almacén?

—Ya se lo he dicho, ¡¡me han secuestrado!!

—Los servicios de emergencia ya han sido avisados, en breve estarán ahí.

—Gracias a Dios...

Corto la llamada y, viendo que no me queda casi nada de batería, decido llamar a Álvaro. Quizá no esté enterado de mi secuestro, quizá no le importe, pero yo necesito hablar con él. Busco su número en la agenda y, justo cuando emite el primer tono de llamada, una contracción me hace gritar.

—¿Almudena? Nena... ¿eres tú?

—Álvaro...

No digo nada más, mi resistencia ha llegado a su fin. A lo lejos escucho las sirenas de la ambulancia que se acerca. Suspiro y me dejo vencer por el cansancio. Cierro los ojos, feliz por haber escuchado la voz de Álvaro una vez más. La siguiente contracción me sume en un mundo de oscuridad y tranquilo sopor. Mis niños van a estar bien, y eso es todo lo que me importa.

El hospital

La ambulancia me lleva por las calles de Madrid a toda velocidad. Un médico y una enfermera van pendientes de mis constantes vitales. Algo me ha dado el médico que me ha hecho despertar y, desde ese momento, todo ha sido frenética actividad. Me han colocado en la camilla y llevado a la ambulancia. Ahora, cerca del hospital, lo único en lo que logro pensar es en que Álvaro no va a estar a mi lado para recibir a nuestros hijos.

Una contracción me pone a gritar de nuevo en el momento en que las puertas de la ambulancia se abren. Entramos corriendo en urgencias y ahí veo a mis amigos. Alex abraza a Vicky, Lucas agarra las manos de Aurora y Alba, Miguel y Fran están paseando de un lado a otro, y Álvaro... Todo lo demás deja de existir en cuanto le veo.

Álvaro viene corriendo hacia la camilla y, cuando le ordenan que se aparte, yo agarro su mano con fuerza. Mira enfadado a los que le dicen que se separe y grita:

—¡Yo soy el padre y voy a ir con ella a donde sea!

Me emociono al verlo en plan dominante y controlador, hasta esa actitud había extrañado. Lloro de emoción al verme libre y con todas las personas que quiero a mi lado. El movimiento de la camilla se reanuda y vamos directos a la sala de partos.

Obligan a Álvaro a que se quede en la puerta y empiezan a quitar mi ropa de forma acelerada. En la ambulancia no han querido hacerlo, pero ahora es imprescindible. Pocos minutos después, me han cubierto con un camisón abierto que no sé muy bien para qué sirve si se ve todo igual, y dejan entrar a Álvaro. Se coloca a mi lado y agarra mi mano con fuerza. Besa mis nudillos y yo le sonrío. El momento que tanto hemos esperado ha llegado y nuestros hijos ya van a nacer.

El anestesista me dice que es tarde para poner la epidural y que tendré que aguantar el dolor. Asiento y aprieto la mano de Álvaro con saña, una nueva contracción es la culpable de ello. Comprueban el estado de dilatación y empiezan las órdenes. Empujar y empujar es todo lo que hago por lo que

parecen horas. Cuando sale el primero, una enfermera lo limpia y nos lo enseña, es mi niño. ¡Mi Alvarito ha nacido! Lloro de emoción y miro embobada a mi niño. Una nueva contracción me avisa que la cosa no ha acabado.

De nuevo volvemos a empezar y, esta vez, es mi niña la que llega al mundo con un grito que alegra mis oídos. La enfermera de antes trae a mi pequeña Almudena y me la pone en los brazos. El orgulloso papá tiene a su hijo y los dos estamos embobados mirando a nuestros niños.

Poco después se los llevan y Álvaro se acerca, sujeta mi mano y se inclina sobre mí para besarme en los labios. Cuando se separa, le miro confundida. Él niega y aprieta mi mano. Las personas que nos rodean echan a Álvaro del cuarto y proceden a acabar el trabajo. Una hora después, me han trasladado a una habitación. Allí el médico me informa que, por seguridad, dado que mis niños son muy pequeños, van a tenerlos unos días en la incubadora. Asiento y cierro los ojos. Estamos todos bien y eso es lo importante.

Cuando vuelvo a abrirlos me encuentro la habitación llena de orquídeas. Sonrío y busco al responsable, lo encuentro sentado en una silla a mi lado, mirándome.

—Hola.

—¿Cómo estás, dormilona?

—Bien. ¿Cómo están mis niños?

—Todo perfecto, puedes estar tranquila.

Suspiro y vuelvo a cerrar los ojos. A los pocos minutos escucho una voz de mi pasado y un temblor me recorre. Niego confusa, él no puede estar aquí, y vuelvo a escuchar esa voz. La voz que me dio órdenes durante dieciséis años, edad a la que decidí que no iba a obedecer más y me fui de casa. Abro los ojos y ahí están mis padres. Marcos Cid y su mujer, Pilar.

—¿Qué estáis haciendo aquí?

—Hemos venido a conocer a nuestros nietos.

—¡No! No os quiero cerca de ellos. ¡Largo! Desde la última Navidad que estuve en vuestra casa no he sabido nada de vosotros, ahora soy yo la que no quiere saberlo. ¡Fuera de aquí!

Álvaro entra corriendo en la habitación al escuchar mis gritos. Con su cara de jefe malo se coloca a mi lado y fulmina con la mirada a mis padres, que parecen sorprendidos.

—Les dije que si la alteraban tendrían que irse.

—Tú no me das órdenes, muchacho, ella es mi hija y tiene que obedecerme.

Ante su respuesta, Álvaro me mira y yo aparto la mirada. De su garganta sale un sonido muy parecido a un gruñido y su voz es fría como el hielo.

—He dicho que salgan de aquí o llamaré a seguridad. ¡Ella es libre de tomar sus decisiones! Pero ante todo, es la madre de mis hijos y nadie, ¿me ha oído?, nadie, va a molestarla. ¡Salgan!

Mi padre palidece y yo agradezco a Álvaro ese carácter suyo. Un hombre cualquiera no habría podido hacerle frente a Marcos Cid. A su lado, mi madre permanece callada, sé que desea acercarse y ver cómo estoy y, sé también, que no lo hará. Mi padre decide por ella y se lo permite. Le dice cómo ha de vestirse, de peinarse e, incluso, cuándo puede hablar. Al verles, mis miedos regresan, yo siempre temí acabar como mi madre, esa es la razón por la que siempre he desafiado a Álvaro y a todo hombre que ha querido dominarme.

Noto la tensión de mi padre y cómo este arrastra a mi madre fuera de la habitación, la mirada que me ha dedicado antes de salir es muy esclarecedora, no volverán. Me duele no ver a mi madre, pero ella ha dejado que esto pase, y yo no puedo hacer nada. Por unos minutos los dos permanecemos callados. Su mano agarra la mía y siento cómo acaricia mi piel.

—Yo nunca te trataría así. Me gusta cómo me desafías y tu forma de ser, nunca te anularía, Almu. Pensé que me conocías mejor...

—Yo...

Suspiro y mis lágrimas corren por mis mejillas. Mi miedo ha quedado expuesto y Álvaro, como siempre, ha dicho las palabras que yo necesitaba escuchar. Ha entendido que mi rechazo a su intento de dominarme no tenía nada que ver con él, y todo con mi padre. Al verlos salir de mi habitación he sentido como si una pesada carga se fuera con ellos. Álvaro se agacha y deja un dulce beso en mi frente. En ese momento entra Alex con Vicky.

—Vaya..., esto no me lo esperaba. Sí que eres rápida, amiga.

Me río al escuchar a Vicky y ella me guiña un ojo. La risa y mi vientre dolorido no son buenos amigos, cosa que ahora mismo no me importa nada. Al poco rato, entran en la habitación los demás, todos sonrían y me felicitan por mis preciosos niños. Pasadas las horas, todos se van y vuelvo a quedarme a solas con Álvaro. Por lo visto no piensa alejarse de mí, y eso me hace sentir mariposas en el estómago. ¿Será eso indicio de una reconciliación?

Para dormir lo veo acomodarse en una incómoda silla y, aunque puede que me rechace, me decido a ofrecerle un hueco en mi cama.

—Álvaro..., ven aquí.

Él acude raudo y yo le sonrío. Acaricio su cara con mi mano y noto la barba de dos días que cubre sus mejillas. Es tan raro que él no esté perfectamente afeitado que me regodeo en esa sensación, su barba pincha ligeramente mi mano y me hace cosquillas.

—Acuéstate conmigo. Abrázame, por favor.

Él me mira y respira fuerte. Asiente y empieza por descalzarse, se quita el cinturón y se acuesta detrás de mí. Su brazo se coloca sobre mi cadera, evitando hacerme daño, y yo sonrío porque siempre antepone mis necesidades a las suyas. Tras tanto tiempo separados, me he dado cuenta de que él nunca impuso su voluntad, quizá es algo mandón y controlador, son rasgos de su carácter. Y no por ello me ha hecho de menos, nunca me he sentido menospreciada a su lado. Al sentir que me he equivocado, que actué mal al dejarle y que mi corazón me pide a gritos estar con él, no puedo evitar susurrar:

—Lo siento...

—Nena...

Álvaro me abraza más fuerte y yo dejo a mis lágrimas correr. Lo he perdido por mi propia estupidez y hasta ahora no he sido consciente de que siempre conseguí hacer con él lo que quería. Que su dominación y su control eran meramente en apariencia. Cada vez que yo le pedía algo, él aplazaba sus proyectos o cancelaba sus planes para complacerme. Los sollozos son incontenibles, y Álvaro besa mi cabeza.

—Tranquila, Almu, al salir de aquí hablaremos. Ahora descansa, es lo que necesitas.

No digo nada, cierro los ojos y me dejo arrastrar por el cansancio. Los

brazos de Álvaro, rodeando mi cuerpo, me hacen sentir protegida y me duermo tranquila y relajada por primera vez desde nuestra separación.

A la mañana siguiente, una enfermera me despierta. Van a hacerme las curas y, si todo va bien, me dejarán ver a mis niños. Sonriente, veo salir a Álvaro de mi habitación. La promesa de una conversación me tiene con el alma en vilo. Nada deseo más que recuperar a mi hombre, y ahora parece posible.

La enfermera acaba de salir y me ha dicho que enviará a un celador a por mí para que vaya a ver a mis niños. Sonriente, estoy esperándole cuando unos toques en la puerta me sorprenden.

—Pasa.

—Hola, ¿podemos hablar?

La chica rubia del restaurante está a los pies de mi cama mirándome triste. Asiento y, Alice, creo que así se llamaba, toma asiento a mi lado.

—¿Estás bien?

Asiento y ella empieza a hablar, a cada palabra me pongo más nerviosa. ¿Cómo he podido estar tan ciega?

—Soy la hermana de la antigua ayudante de Jorge. Ella se enamoró de él y le cubrió en sus negocios, sus trapicheos y sus trampas. Sus investigaciones siempre acaban mal porque él intenta chantajear a los delincuentes.

La escucho respirar profundo y me preparo mentalmente para lo que voy a descubrir. Quizá el tipo que me secuestró solo intentaba escapar de la cárcel...

—A él le gusta vivir bien. Su sueldo de periodista no le da para cubrir todos los gastos, razón por la cual, en sus investigaciones, es siempre tan poco comunicativo. Cuanta más gente lo sabe, menos opciones tiene de sacar partido. Tú le estropeaste su plan maestro al hablar con la policía. Por su cabeza jamás pasó el no poder controlar a una mujer. Poco sabía de ti cuando aceptó que fueras su ayudante...

Me quedo mirándola embobada y sonrío. Ella parece saber más de mi vida que yo misma. Recuerdo el momento que vi por primera vez su coche y cómo por mi cabeza pasó la idea de que vivía por encima de sus posibilidades.

—Sí, no me mires así... Él siempre elige a sus ayudantes. Mujeres guapas y solteras a las que poder enredar si las cosas se complican. Cuando mi hermana me llamó unos días antes de morir, me contó que él la había obligado a hacer un intercambio con un traficante. La cita tendría lugar al día siguiente y, por si le pasaba algo, quería que supiese quién era el responsable. Durante años no he podido hacer nada contra él, está muy bien relacionado y siempre se cubre bien las espaldas. Pero eso cambió contigo...

Confundida, le miro y niego. No entiendo qué me hace diferente, no he visto la verdad y estaba delante de mis narices. Ella asiente y continúa su explicación:

—Cuando te eligió no sabía que tenías pareja y menos aún quién era él. Álvaro mandó investigar a tu compañero de trabajo y su investigación le llevó hasta mí. Estuvo dos semanas en Londres buscándome y, después, intentando convencerme de que le ayudase. Era tal su determinación que no lo pude evitar. Y aquí estoy...

—Cuando empecé a trabajar en el periódico yo no tenía pareja, eso vino después.

Ella se ríe y niega. Parece hacerle gracia mi aclaración. De pronto recuerdo algo y susurro:

—Cuando te vio en el restaurante se puso nervioso...

—Por supuesto, él sabía perfectamente lo que mi presencia podría significar para él. Por ese motivo hizo hasta lo imposible por cerrar la investigación y que nadie se diera cuenta de sus chanchullos. Pero fracasó, porque el tipo al que quiso chantajear era más listo que él. Le tendió una trampa y él cayó. En ningún momento pretendió hacerte daño al secuestrarte, lo sé.

—¿Cómo lo sabes?

—Pues... porque él es mi novio y me dijo lo que iba a hacer. Yo les ayudé a despistar a los vigilantes que Álvaro contrató para ti.

—¿¡Qué!?

—Tranquila, Almudena, estás bien y tus hijos están bien. Quiero que sepas que lamento mucho el daño que te hayan podido haber hecho sus hombres, algunos son un poco estúpidos, pero no iban a hacerte daño de verdad. Solo querían asustarte, pero el susto se lo llevaron ellos. En ningún

momento pretendían violarte, maltratarte ni nada similar. Tú le plantaste cara y, el muy idiota, perdió el control. Te aseguro que recibió una buena bronca por eso, nadie quería herirte. Sabíamos que tú eras inocente, pero amenazarle a él no hubiese servido de nada.

—No sé cómo tomarme esto...

—Me lo imagino, yo espero que la policía lo atrape y acabe pagando la muerte de mi hermana y el haber intentado implicarte a ti también es sus sucios negocios...

—¿Quieres algo más?

—Sí, un favor. Sé que les has visto las caras. Por favor..., no les delates.

Me quedo callada y ella parece no tener nada más que decir. En ese momento entra Álvaro en la habitación y nos mira a la una y a la otra, confundido. La tensión es palpable y solo la interrupción del celador nos salva de una escena desagradable.

Pesadillas

Con la ayuda del celador y de Álvaro, me siento en la silla de ruedas y salgo de la habitación. Desde el pasillo escucho un poco de la conversación que va a tener lugar en mi dormitorio y que me muero por presenciar.

—¿Qué cojones haces aquí?

—He venido a despedirme, regreso a Londres con mi novio.

—Bien, en cuanto cojan a ese cabrón te aviso. Que tengas buen viaje...

Y eso es todo lo que escucho. Al parecer, Jorge sigue desaparecido... Aparto al periodista de mi mente y pienso en mis niños. Mi mini-Álvaro y

mini-Almu. Estoy deseando volver a verles, tocarles y poder al fin cogerlos entre mis brazos. Llegamos a la zona de neonatos y me voy poniendo nerviosa. Mis bebés tienen que estar bien. El celador se detiene delante de una gran cristalera y al otro lado están las incubadoras con los pequeños. Sonríe al verles y me dejo llevar por la emoción, una lágrima de felicidad corre por mi mejilla y me reprendo a mí misma. Ahora ya no tengo la excusa del embarazo para tanta lloradera.

Pasados unos minutos, que a mí me parecen pocos, el celador me indica que debo regresar a mi cuarto y obedezco. Allí me espera Álvaro con mis compañeros de investigación. Reyes me sonríe y me ayuda a levantarme de la silla de ruedas.

—Tenemos que hacerte algunas preguntas, ¿estás bien para responder?

Asiento y, mientras me meto en la cama, le guiño un ojo a Álvaro. Los policías le miran a la espera de que salga, niego y sujeto su mano con fuerza.

—Si no os importa, él se queda conmigo.

—No pasa nada. Empecemos.

La voz de Raúl me sorprende por su tono apaciguador, suele ser él el firme, y Reyes la que trata de mediar.

—¿Le has visto la cara a tus secuestradores?

Niego, debería decir que sí, siento que les estoy fallando, que al

ocultarles información les traiciono. Aunque no quiera admitirlo, valoro que ellos me ayudaran en una situación en la que una mala persona habría dejado que me muriese sola, el apoyo de aquel hombre mientras las contracciones me torturaban fue importante para mí. Él era un desconocido y me ayudó, no puedo olvidar eso. Además, la petición de Alice hace mella en mí y soy incapaz de hacer daño a esa chica, ya bastante ha sufrido por culpa de Jorge. No seré yo la causante de más lágrimas.

—No, las pocas veces que les vi llevaban el rostro cubierto con pasamontañas.

—¿Algún tatuaje o marca en la piel que hayas podido diferenciar?

—No, estuve sola es ese cuartucho todo el tiempo.

Los inspectores se miran, y yo miro a Álvaro. Él asiente y continúa mintiendo a la policía. Sé que su trabajo es encontrar a los malos, lo que sucede es que el malo de esta historia intenta pasar por bueno y, esos, a mi modo de verlo, son los peores. Un asesino o un traficante, no miente a su entorno para fingir ser lo que no es. Tras varias preguntas más, el interrogatorio llega a su fin.

—Eso es todo, gracias por tu ayuda, Almudena. Si necesitamos hacerte más preguntas, te llamaremos.

Asiento y me despido de ellos. Me siento mal por haberles mentido, pero, como dice Aurora, ni los buenos son tan buenos, ni los malos tan malos. La voz de Álvaro me saca de mis pensamientos.

—¿Por qué les has mentido?

—¿De dónde sacas que les he mentido?

—Nena, te conozco y estabas mintiendo, ¿por qué?

—Porque mis secuestradores no me han hecho daño, me han alimentado y estuvieron a mi lado cuando me puse de parto. No me parece que sean tan malos después de todo.

—Eres increíble...

Álvaro me besa en los labios y yo me quedo paralizada, sentir su olor tan cerca de mí, el sabor de su boca y la calidez de sus labios me ha transportado al pasado irremediamente. Me he visto a mí misma esa primera noche, seduciendo al jefe de mi amiga, dándolo todo para hacer caer al señor Cuesta.

Quién me iba a decir a mí que hoy estaría en el hospital, con mis hijos recién nacidos y con él besando mis labios.

—Perdón.

La enfermera nos interrumpe y yo sonrío. Antes de seguir adelante con lo que quiera que conlleve este acercamiento, tenemos que hablar. Hay una conversación importante pendiente entre nosotros y ahora mismo me preocupa más el estado de mis hijos que aclarar nada.

Álvaro sale de la habitación y la enfermera me ayuda a desnudarme, voy a darme una ducha y lo estoy deseando. Ya limpia y de regreso a la cama, me dejo llevar por el cansancio. Sin darme cuenta me quedo dormida bajo la atenta mirada de un intruso.

Abro los ojos al sentir que alguien presiona mi boca. Aterrorizada por los recuerdos que ese simple gesto me trae, intento gritar y escucho una voz conocida en mi oído.

—Todo esto es culpa tuya, tuya y de este maldito novio tuyo.

Abro los ojos como platos al escucharle, su voz transmite odio puro al hablar de Álvaro. Asustada por lo que pueda querer Jorge de mí, niego. Nada es culpa de Álvaro, en todo caso sería culpa mía.

—No intentes hablar, no pienso permitir que una pequeña zorra como tú me destrozé la vida.

Estoy tan alucinada con lo que me dice que no sé ni cómo reaccionar. Poco a poco voy siendo consciente de dónde estoy. Su mano cubre mi boca, pero tengo el cuerpo medianamente libre. Estiro mi brazo en busca del timbre para avisar a las enfermeras.

—Has resultado ser más lista que la otra, pero no creas que eso te va a salvar. Nunca dejes cabos sueltos y tú no vas a ser el primero.

Resoplo indignada por sus palabras, qué engañada he estado durante todo este tiempo. Yo considerándole un amigo y él buscando la forma de que me quedase sola para poder manipularme, intentando hacerme pagar por sus pecados y, ahora, culpándome de sus errores.

—Estás de lo más ridícula con este camisón, me sería tan fácil quitártelo y desquitarme por la cantidad de veces que me has dejado con las ganas...

Intento escaparme de su agarre, este hombre se ha vuelto loco y yo no

quiero sufrir las consecuencias. En el momento en que mis nervios ya no pueden ir a más, la puerta se abre ligeramente. Yo intento comunicarle, a quien sea que entre, que no haga ruido y para mi alegría es Álvaro. Él me indica que guarde silencio con un gesto y yo empiezo a revolverme en la cama, cuanto más ruido haga yo, más posibilidad hay de que logre entrar sin ser descubierto.

—Joder... ¡Estate quieta!

La voz de Jorge me pone los pelos de punta, en el momento en que voy a empezar de nuevo a moverme, él retira la almohada de detrás de mi cabeza y la coloca sobre mi cara; nerviosa, empiezo a patallar con ganas. De pronto la almohada pierde su agarre y me apresuro a retirarla de mi rostro. Respiro con dificultad y me concentro en recuperar el aliento. Busco al culpable de mi estado y a mi rescatador por la reducida habitación. En el suelo encuentro a Álvaro sentado encima de Jorge, haciéndole la cirugía estética a su cara. Puñetazo tras puñetazo le golpea sin compasión. Cuando veo que no se mueve, me asusto.

—Álvaro, Álvaro, para. ¡Álvaro! Detente, lo vas a matar... ¡¡Álvaro!!

Detiene el brazo a medio camino de asestarle otro golpe y parece reaccionar, se levanta y acude rápido a ver cómo estoy. Lo siguiente que hace es llamar a los inspectores y estos tardan poco en llegar. Tras una revisión médica, se lo llevan a la comisaría, donde tendrá que responder por sus negocios y por haber intentado matarme.

Mi vida es un auténtico caos, de pronto, los que pensaba que eran mis amigos no lo son. El que creía que era el trabajo perfecto, ha resultado ser una trampa mortal, y el hombre que yo consideraba un controlador insensible, me ha salvado la vida.

Mi médica me ha hecho una revisión para comprobar que todo está bien tras el ataque y por fin me han dejado sola en mi habitación. Álvaro entra y, sin decir nada, se descalza, se quita el cinturón y se acuesta en la cama junto a mí. Ha ido a casa a darse una ducha y cambiarse de ropa, su olor me calma y suspiro. Entre sus brazos me siento segura y en pocos minutos me quedo dormida.

No pasa mucho hasta que me despierto cubierta de sudor y gritando. Las pesadillas han regresado y ahora el protagonista no es otro que Jorge. El momento en que noté que me estaba arrebatando el aire y que su intención

era matarme, es justo el que estaba reviviendo en mis sueños.

—Shhh. Tranquila, nena, estoy aquí y no voy a permitir que nadie te haga daño.

Suspiro al escuchar a Álvaro. Una simple frase y mis nervios se han ido. Todo mi cuerpo se relaja y de nuevo acabo dormida entre sus protectores brazos.

Llega la mañana y con ella la mejor de las noticias. Nuestros bebés están bien y pueden irse a casa hoy. Obviamente, yo también he recibido el alta y me encuentro poniéndoles su ropita a mis pequeños. Álvaro está a mi lado observando cómo cubro sus cuerpecitos, parece estar perdido en sus pensamientos. Yo le sonrío y, tras acabar de vestir a la niña de papá, voy en busca de mi pequeño Alvarito. Cuando les he vestido, aparece Aurora con el carro para sacarlos del hospital. Con mucho cuidado los coloco en él y, con los papeles en regla, salimos de esta habitación.

Álvaro conduce el coche y permanece en absoluto silencio a mi lado. Mis niños van en el asiento de atrás en compañía de Aurora, que no deja de vigilarlos. Al llegar a casa de Alba suspiro y me desabrocho el cinturón. Aurora y yo entramos en el edificio con el carro, me giro y veo a Álvaro apoyado en el coche.

—¿No vienes?

—No creo que sea una buena idea... —

Ah..., como quieras.

No puedo evitar que la tristeza y la desilusión impregnen mis palabras. Despacio, me doy la vuelta y me despido de él con la mano. Si esto es lo que quiere, que así sea.

Ya en el piso me dedico en cuerpo y alma a mis pequeños. Cuando acabo de darles el pecho, los tumbo en sus cunas y me dejo arrastrar por la tristeza. Yo pensaba que Álvaro iba a darme otra oportunidad, que le daría a sus hijos la opción de crecer con sus padres juntos, pero parece que eso no es lo que él desea. Desanimada por completo me tumbo en la cama y me quedo dormida. Los lloros de mis niños me despiertan y corro a atenderles.

Pasan tres días, tres días en los que casi no duermo, no tengo ganas de nada, casi no como y mi energía va menguando. En una de las veces que los bebés lloran, entra Aurora en mi dormitorio, me mira con pena y acude ella a

atenderlos.

Al cuarto día tomo la decisión de dejar de autocondolarme. Es sábado, el primer sábado de septiembre y, por más que quiera recuperar a Álvaro, es mejor darme por vencida. Preparo las cosas para salir, meto a mis bebés en el carro y salgo de mi cuarto. En el salón está Alba, me despido de ella y salgo a la calle a pasear a mis niños. El sol nos hará bien a los tres. Salgo del portal y por poco atropello a Reyes. La invito a que me acompañe en mi paseo y las dos salimos hacia el Retiro. Al cruzar sus puertas siento una especie de paz, la naturaleza siempre me relaja. Caminamos hasta un banco que está a la sombra y, aprovechando que mis niños duermen, la invito a hablar.

—Hemos acusado a Jorge de varios delitos. Recibirás una carta del juzgado para que vayas a testificar por lo que sucedió en la habitación del hospital. Esta vez va a pasar muchos años encerrado, son muchos cargos en su contra.

Suspiro y me levanto para revisar el estado de mis hijos. No me importa lo que le pase a Jorge, él solito se lo ha buscado.

—Si esperas que diga que lo siento o algo similar, no va a pasar.

—No pretendo eso, me gustaría saber por qué nos mentiste.

—Yo no os he mentado.

—¡Sí que lo has hecho! Te conozco y vi en tus ojos parpadear la duda. No digas que no es cierto. Solo dime la razón, no voy a delatarte.

Vuelvo a sentarme y suspiro, la miro de reojo y procedo con mi explicación. No pienso admitir la verdad, pero algún dato más le daré para calmarla.

—No os he mentado. Yo no les vi las caras... Además, ellos me trataron como a un huésped y no como a un rehén.

—Sí, es cierto que no parecen secuestradores convencionales.

—No lo eran. Ellos me dijeron que no iban a hacerme daño, que era una trampa para Jorge porque tenían que hacerlo salir. No sé si lo lograron o no, pero a mí no me hicieron daño.

—Vaya... El cazador cazado.

—Al parecer tuvieron que actuar así porque mis vigilantes no me

dejaban sola nunca.

—Esos tipos los contrató el señor Cuesta, a mí no me mires.

Las dos nos reímos por su gesto, ha levantado las manos en señal de inocencia. Charlamos un rato más sobre la investigación y, al ver la hora que es, me levanto y empiezo el camino de regreso a casa. Pronto será hora de comer y no quiero hacer esperar a Alba y Aurora. Hablando amigablemente, caminamos hasta el portal. Ahí me despido de Reyes y entro al edificio. Llamo al ascensor y empujo el carro al interior. ¿Por qué Álvaro contrató a los vigilantes si ya no estábamos juntos? El trayecto en el ascensor lo hago dando vueltas a esta pregunta. La sensación de que alguien me observaba ha resultado cierta. Por más que me decía a mí misma que era una paranoica, ahora confirmo que realmente siempre hubo alguien ahí, vigilando... Suspiro cuando las puertas se abren y salgo del ascensor.

No sé cómo sentirme con esa revelación. Yo le pedí a Álvaro que no me pusiera vigilancia y al final hizo lo que quiso. Actúo como siempre hace, pasando por encima de mí, por encima de mis deseos y avasallándome por completo. Otra cosa más para añadir a la lista de pecados del señor Cuesta.

Suspiro y me paro delante de la puerta, que está abierta y me asusto, espero que no haya pasado nada...

Sigilosa, entro y escucho una voz que me paraliza. ¿Qué hace Álvaro aquí? Después de tantos días ha aparecido, seguro que viene a ver a los niños, porque a mí, excusa acercarse. Nuestra hora ya ha pasado. Suspiro y camino hacia el salón. Lo que tenga que ser, será.

Álvaro

Empujando el carrito de los bebés entro en el salón. Al verme llegar, el silencio invade el lugar y yo me siento una intrusa en la que se supone es mi casa. Alba me mira y, aprovechando que Álvaro viene directo hacia sus hijos, me pide perdón uniendo sus manos. Asiento para que no se preocupe y la veo salir de la sala casi corriendo seguida de Aurora, a la que no había visto. Me centro en mis niños y en cómo Álvaro les mira, parece que nunca hubiese visto algo más precioso que ellos. Y como su madre que soy, confirmo que no hay nada más bonito que mis pequeños. Está tan distraído que ni me ha saludado, me enfada que ni siquiera tenga la educación suficiente para decir «hola» y eso me hace carraspear. Él alza la mirada y yo me apuro a escaparme.

—Voy a ponerme cómoda para estar en casa, te dejo con ellos.

No espero a que me responda, camino pisando fuerte hacia mi cuarto. ¿Quién se cree este que es? Ni me saluda, ni me mira, ni me responde... Resoplo indignada mientras me siento en la cama. No tenía pensado cambiarme de ropa, solo necesitaba huir de él. Pasan los minutos y continúo en la misma posición, sentada en la cama con los puños apretados, aguantando las ganas de salir y gritarle cuatro verdades al impresentable padre de mis hijos. Harta de todo, decido cambiarme la camiseta al menos, para que no diga que he escapado de él, aunque sea la verdad. Me sacó la camiseta justo en el momento que suenan unos golpes en la puerta y esta se abre. Me giro hacia la entrada de mi cuarto en sujetador con la camiseta hecha una bolsa contra mi torso.

—Perdón.

—¿Se puede saber por qué no esperas a que te den permiso de entrar?

Apurada, me pongo la camiseta de nuevo y le fulmino con la mirada.

Álvaro entra en el cuarto y cierra la puerta tras él.

—¿Has dejado a los niños solos?

Camino hacia la puerta, que él obstaculiza, decidida a salir y dejarle solo. No se merece que yo sea más educada de lo que él lo ha sido.

—Están con Alba, le he pedido que los cuide un momento. Tenemos que hablar.

—Ja, esta sí que es buena. No eres capaz de saludarme y ahora quieres que hablemos. Pues a la mierda, ahora soy yo quien no quiere hablar contigo.

Álvaro no se ha movido de la puerta, incluso se ha apoyado en ella para que no pueda salir, el muy... Arggg, cómo odio cuando impone su santa voluntad.

—No te he saludado porque la forma en la que quería hacerlo no era apropiada en ese momento.

—No me pongas excusas, ¡maldita sea! ¿Desde cuándo tú no haces lo que quieres cuando quieres?

Ante mi mirada iracunda se separa de la puerta y camina despacio pero con decisión hasta donde yo sigo parada.

—Desde el día que tú saliste de mi casa para no regresar.

Está tan cerca, tan sumamente cerca, que solo tengo que moverme unos centímetros y mi cuerpo rozará el suyo. Cojo aire y su olor me invade, ese olor que tantos recuerdos me trae y que tanto he extrañado acelera mi corazón y me hace sentir vulnerable por un momento.

—No me puedo creer que tú hayas dejado de hacer lo que te salga de las narices porque yo ya no esté. A otra con ese cuento...

Se pega a mi cuerpo y me siento intimidada, sin ser consciente de ello, retrocedo y él acompaña mis pasos hasta tenerme arrinconada contra la pared.

—Puedes creerme o no, eso es cosa tuya. Soy un hombre de palabra y tú me pediste fidelidad, yo he cumplido, ¿puedes tú decir lo mismo?

Su aliento sobre mis labios me pone nerviosa, intento escapar de él y acabo aún más arrinconada contra la pared. Siento su cuerpo presionando el mío, sus brazos rodean mi cabeza, apoyado en los antebrazos, recuesta su peso contra la pared y me impide escapar de su contacto.

—No creo que tenga que darte explicaciones...

—No te las estoy pidiendo, es simple curiosidad. ¿Me has sido fiel, nena?

Me derrito... ¡Esto no se hace, maldita sea! El tono de su voz me deja

claro que va a sacar todas sus armas de seducción y me siento vulnerable ante él. ¿Por qué ahora? Ha pasado casi una semana desde que nacieron los niños y no he sabido nada de él. Y ahora, de repente, se presenta aquí y hace esto...

—No, no he estado con nadie. Mis niños..., yo no quería que nadie pudiese... Da igual, no lo hice y punto.

—Joder, nena, aun estando separados y con ese imbécil persiguiéndote, me has sido fiel.

Resoplo al escucharle, su tono cada vez se parece más al del neandertal que conocí hace tanto tiempo, parece complacido porque no he estado con otros. Decidida a darle donde más le duele, le respondo en su mismo tono:

—No te lo creas tanto, de no haber sido por los niños, otro gallo hubiese cantado.

Una pequeña mentira no hace daño a nadie y menos si es para defender mis derechos como mujer, va listo este si se cree que porque no me sentí atraída por nadie en estos meses voy a seguir sin buscar compañía.

—Esa frase se merece un castigo...

—Eso no te lo crees ni tú. ¡Óyeme bien! No me vas a poner un dedo encima en tu vida.

Intento escapar de su contacto y él sonrío, el muy capullo es consciente de lo que me hace su cercanía y lo está disfrutando. Un cambio de táctica será pues...

—Nena, no me hagas sufrir más, tú también lo estás deseando.

—Álvaro, ¿sabes lo que es la cuarentena?

Me mira serio y frunce el ceño, sí, creo que sabe lo que es... Sonrío maliciosa y me acerco más a él. Si quiere acabar con dolor de huevos, que así sea.

—Si quieres calentarte para nada, hazlo.

—No seas así, nena, hay más formas...

—Sí, las hay, pero no voy a ponerme de rodillas para ti después de cómo me estás tratando hoy, no te mereces ni siquiera que te mire... Mejor, déjalo, ¡la estás cagando!

Se separa de mí y camina hacia la puerta, se pasa las manos por el pelo

y, para mi desconcierto, se apoya en ella de nuevo y me mira, tiene el pelo revuelto y eso le hace parecer más sexy. Es como si acabara de darse un revolcón... Ay, mis hormonas... ¡Que aún no se han recuperado del embarazo! —Volvamos a empezar. Buenos días, Almudena, venía a invitarte a comer.

Me quedo alucinada mirándole, no puede pretender que olvide la sarta de estupideces que ha soltado por esa boca como si nada. Esto debe de ser una broma...

—No pienso ir a comer contigo, ¿algo más?

—Joder, nena, colabora un poco.

—¡No quiero colaborar! Estoy harta de pasarme los días preguntándome por qué no me das otra oportunidad, cansada de intentar buscar una razón que explique por qué, desde que nacieron los niños, no has llamado para saber de ellos, harta de que Alex me culpe de haberte dejado cuando no sabe de la sopa la mitad. Y más que harta de llorar por un hombre que me puso entre la espada y la pared sin el menor remordimiento. Ahora, dime tú, Álvaro, ¿por qué debería colaborar?

Parece abatido cuando cruzo mi mirada con la suya. Toda la confianza que desprendía cuando me arrinconó contra la pared se ha convertido en incertidumbre, parece que las cosas no están saliendo como él esperaba.

—Yo... Joder, nena, ¡lo siento! Sé que actúe como un imbécil la noche del ataque. Me he fustigado por eso miles de veces, no era el momento...

—No, no lo era. Me pasé semanas enteras esperando verte entrar por la puerta y pedirme que volviera, pero tu maldito orgullo no te lo permitió. Tuve que estar a punto de morir para que te dieras cuenta de que me querías y ni así, no hiciste nada...

Las lágrimas corren por mi cara y Álvaro me mira desolado. Sé que no debería reclamarle esto, es culpa de él tanto como mía, pero mi enfado es tal que ya no hay filtro alguno entre mi cerebro y mi boca.

—No estoy aquí porque te secuestraran ni porque el idiota del periodista intentara hacerte daño, estoy aquí porque te quiero.

—¿Y debería creerte?

—Sí, joder, ¡claro que sí! Yo nunca te he mentado.

Niego, a cada minuto que pasa parece más derrotado, y mi corazón se ablanda al verle así. Si esto me lo hubiera dicho en el hospital hace una semana me hubiera lanzado a sus brazos, dándome igual todo, pero hoy no. He tomado la decisión de pensar en mí y en mis hijos antes que en nada y eso le incluye a él.

—¿Sabes cómo me sentí al tener que elegir entre mi vida y estar contigo? ¿La desesperación que recorrió mi cuerpo cuando saliste por aquella puerta sin mirar atrás y con el ultimátum lanzado? No, no tienes ni idea... —
Dímelo.

—No. ¡No! No pienso reclamarte nada más. Haz lo que quieras, no va a servir de nada.

Álvaro camina hasta mí y me abraza, permanezco impasible, aunque me estoy muriendo de ganas por abrazarle. Sentir su cuerpo pegado al mío es la mejor sensación que he sentido jamás, aparte de sentir a mis pequeños.

—Vamos, nena, hablemos de las razones que te llevaron a irte, tanto tú como yo sabemos que no fue mi ultimátum... Dímelo.

Con la cabeza apoyada en su pecho niego, no puedo hablar de eso. Si le cuento eso sabrá todo de mí y no estoy preparada para sentirme vulnerable.

—Por Dios, Almu, vi cómo te trató tu padre, cómo trata a tu madre. ¡Yo nunca te trataría así!

—Yo...

Suelta el abrazo en el que me tenía apretada y sujeta mi cara con sus manos. Eleva mi rostro y me obliga a mirar sus ojos. Esos ojos que me encantan y que me están gritando que me quiere. Apoya su frente sobre la mía y susurra sobre mis labios:

—Tú eres mi mujer, yo respeto tus decisiones así como tú respetas las mías. Somos una pareja y las opiniones de los dos cuentan. No voy a imponer mi voluntad.

Me besa en los labios muy suavemente y se separa para seguir hablando. Me estremezco al sentir sus labios y su sonrisa, esa que me pone a cien, premia mi reacción.

—El día del ataque, cuando regresé una hora después, estaba convencido de que me había excedido, iba a disculparme y pedirte que olvidaras mis

palabras, pero ya no estabas...

—¿Por qué no me lo dijiste? Pudiste llamarme o venir aquí. Sabías de sobra dónde estaba.

—Como bien has dicho antes, heriste mi orgullo. Es cierto que nunca doy segundas oportunidades, así como también es cierto que tú eres alguien especial y por ti haré una excepción.

Le miro ilusionada y a la vez preocupada. No sé cómo tomarme esto.

—¿Qué pasará la próxima vez que discutamos y uno de los dos la vuelva a cagar?

—Nada, porque contigo voy a seguir haciendo excepciones. Desde el primer día has sido alguien diferente, las normas por las que regía mi vida a ti no te impresionaban y las ignorabas. Más de una vez me encontré pensando en cómo ibas a sorprenderme la próxima vez que te viese. En la oficina me pasaba horas hablando con Victoria sobre ti. Si hasta le pedí ayuda con tu regalo de San Valentín. Se estuvo cachondeando por eso casi un mes.

Emocionada, le sonrío, él nunca admite necesitar a nadie, ni mucho menos pide ayuda. El haber hecho eso por mí, logra que la última de mis defensas caiga y quede totalmente vulnerable ante él.

—Yo... no sé qué decir, ella nunca me dijo nada.

Sonreímos ambos, en el fondo a mi amiga le cae bien su jefe, además son cuñados, es lógico que le cubra las espaldas.

—Nena, di que me quieres y volvamos a intentarlo. Hazlo por ti, por mí, porque juntos somos mejores y es así como tenemos que estar. Hazlo por nuestros hijos, para que sus padres estén con ellos siempre. Hazlo por la razón que prefieras, pero hazlo.

—Claro que te quiero, pero esta vez quiero hacer las cosas bien, Álvaro. No quiero volver a sufrir.

Me besa con ardor y se deja caer de rodillas delante de mí, lo veo rebuscar en el bolsillo y sacar un anillo. Alucinada le miro colocar una alianza de oro blanco en mi dedo.

—Cásate conmigo y en la próxima discusión puedes ser tú quien me eche de casa. Todo son ventajas en este matrimonio.

Me guiña un ojo travieso y estallo en carcajadas tras escuchar sus

razones. Me agacho para besarle y susurro sobre sus labios:

—Por supuesto, esa es una razón tan buena como cualquiera otra para casarse.

Locuras por amor

Agarrados de la mano, salimos de mi habitación temporal y vamos al encuentro de Alba y Aurora. Al vernos juntos y sonriendo, corren a abrazarnos y a felicitarnos. Unos minutos después, dejo a Álvaro con Aurora cuidando de nuestros hijos y me llevo a Alba a mi dormitorio, es hora de recoger mis cosas. Juntas empaquetamos lo más importante, lo que traje hace unos meses, recogemos las cunas y los ositos, y salimos del dormitorio. En el salón nos espera un sonriente Álvaro y una emocionada Aurora. Apoyo la maleta en el suelo y, las pocas cosas que me llevo, las dejo a su lado. En un arrebato vuelvo a la habitación y empujo la mecedora hasta el salón. Es algo que deseo llevarme a casa. Álvaro se echa a reír al verme y corre a ayudarme.

Hacemos varios viajes en el ascensor para poder llevar todo hasta el coche y, después, bajamos el carro con los niños y sus cosas. En la puerta del piso me despido de mi amiga y su madre, mi nueva vida me espera y esta vez voy a disfrutarla como nunca. Feliz, voy por la calle empujando el carrito, puesto que nuestra casa está cerca y el coche está cargado de mis cachivaches. Al llegar al portal veo a Álvaro descargando las cosas y me río. Me gusta verle tan feliz y sentirme así yo también. Entro en el portal y espero a que llegue el ascensor, hay un hombre muy sexy haciendo una mudanza que lo tiene acaparado. Me río al verlo salir del ascensor, está sudoroso y me recuerda a un anuncio que echaban hace años en la tele, de un obrero y un refresco. Le recorro con la mirada de forma poco honorable y camino hacia él. Se aparta para dejarme entrar, al pasar a su lado sujeta mi mano y me entrega mis llaves. Le sonrío y pulso el botón del ático. Vuelvo a casa.

Unas semanas después, estoy totalmente instalada. Norma está feliz de verme de regreso y más feliz aún de conocer a los pequeños de su jefe. Para que yo pueda descansar un rato, hemos estado buscando una niñera para las tardes, al no encontrar a nadie que me convenciese acabé pidiéndoselo a Aurora. Ella me dijo que lo haría gratis, pero me negué. No pienso abusar. Por esa razón ahora es nuestra empleada y la niñera de Almudena y Álvaro, los dos niños más guapos del mundo.

Hoy he quedado con Álvaro para cenar. No vamos a salir, nuestros hijos nos necesitan y, por ello, hemos acordado tener una cita en casa. Me he

arreglado para ir al mejor restaurante de la ciudad y sé que le va a gustar verme así. La doctora Jiménez aún no me ha dado permiso para tener relaciones y por ello he intentado ir lo menos sensual posible, no quiero provocar a la bestia.

El timbre de casa suena y voy a abrir, ante mí aparece un hombre sexy vestido para matar. El traje negro, la camisa gris antracita y la corbata negra y roja me tienen acelerada. ¿A quién le importa la cuarentena? Me acerco a él para saludarle y me sorprende sacando el brazo izquierdo, que oculta tras su espalda, y me ofrece una rosa roja. La cojo, la huelo y ahora sí, me acerco a él y le beso. Al principio con delicadeza y, poco a poco, la pasión toma el control de la situación. Me separo de él a regañadientes y le hago pasar al salón. Cierro la puerta y le sigo. Tengo la sensación de que esta cita acabará con mi autocontrol en pocos minutos. Los niños duermen, para no despertarlos he puesto música relajante de fondo para que cubra nuestra conversación. He puesto la mesa y colocado velas para hacer el ambiente más íntimo. La mirada de mi hombre me dice que le gusta lo que ve, la duda es si soy yo o la decoración, una duda tonta... Los hombres rara vez se fijan en la decoración.

Sirvo la comida y nos sentamos uno frente al otro. Comemos y hablamos tranquilamente de nuestros respectivos días, el mío no es muy diferente al de ayer, las anécdotas que le cuento son de nuestros hijos. A él parece que le va bien en el trabajo y, cuando empieza a hablar de números, me distraigo. Por un momento me he transportado a la investigación del caso Bustos. Así lo llamó la policía. Álvaro advierte que me he quedado traspuesta y sujeta mi mano, me sonríe y besa mis nudillos. Le devuelvo la sonrisa y seguimos cenando. En los postres, mi muy dominante y controlador novio, deja caer la bomba.

—He reservado la capilla para dentro de una semana. Haz lo que tengas que hacer, el día tres de octubre nos casamos, y me importa poco si vas en vaqueros o en pijama. Nos casamos sí o sí.

Me quedo anonadada mirándole y me encojo de hombros, si esto es lo que quiere, lo tendrá. Sonríe y saco mi móvil, entro al grupo de los amigos y escribo un corto pero muy esclarecedor mensaje.

ALM: Reservadme el sábado que viene. ¡¡¡Me caso!!!

Las respuestas no tardan en llegar. Sin dejar de sonreír, las leo todas y

quedo con las chicas para ir mañana, sábado, a buscar mi vestido y salir a celebrar mi despedida de soltera. La mirada de Álvaro no se aparta de mi teléfono y parece contrariado al comprobar la que ha liado. A los pocos minutos suena su móvil, y yo sonrío al ver quién llama. Alex quiere saber si es cierto que se casa. Me río y dejo que las cosas fluyan. Esta es la locura de amor más divertida y que más me asusta, mi vida va a cambiar por completo.

Tras muchas vueltas, acabamos encontrando un vestido que me queda perfecto, lo compramos y Alba se lo lleva a casa, he decidido arreglarme allí para la boda y ella está feliz por ello. Después, buscamos los vestidos para las chicas y todos los complementos necesarios. En una tienda vemos un vestido precioso para Clara y ese también lo compramos. Al finalizar el día, nuestras tarjetas echan humo y nosotras regresamos a casa de Alba cargadas de bolsas.

Juntas, nos dirigimos al que fue mi cuarto y empezamos a elegir modelito para mi despedida. Llega la hora de salir y las tres, vestidas con unos cortos trajes y taconazos, salimos al encuentro de Fran, que nos espera en la calle.

Esta noche mis niños se quedan con Aurora. Los chicos han decidido copiar nuestro ejemplo y se han llevado al novio de fiesta. Seguro que en algún momento de la noche nos encontraremos por ahí.

Ya en la calle, vamos directos al restaurante, cenamos y salimos de él casi corriendo al bar de cócteles. Al estar dando el pecho a mis niños, no puedo beber, por eso me pido uno sin alcohol para brindar con mis amigos. Felices, pasamos las horas, bailamos y cambiamos de local cada dos por tres. Al entrar en la discoteca, me quedo mirando a mi alrededor. Aquí fue donde tomé la decisión de seducir a Álvaro. Sonrío al recordarlo y, con mis amigos, caminamos hacia la zona vip.

El chico nos reconoce y nos deja pasar. Al llegar arriba veo a mi futuro marido bebiéndose una copa de un trago, los señalo y todas reímos al verles tambalearse. ¡Van muy borrachos! Seductora, camino hasta donde están y aferro la camisa de mi novio para llamar su atención. Sus ojos recorren mi cuerpo y brillan de aprobación. Le gusta lo que ve...

Me acerco a él y, cuando nuestros labios se rozan, niego y tiro de su mano para llevármelo a la pista. Hoy es el día ideal para recordar cómo empezó nuestra relación. Mis amigos se han quedado con sus parejas en la zona vip, y yo arrastro a un muy contento Álvaro al centro de la pista. La

canción que suena me hace sonreír, esto va a ser muy fácil. La voz de Justin Bieber resuena por los altavoces y empiezo a mover mis caderas. Noto las manos de mi impaciente pareja colocarse en mis caderas y a ritmo de «Sorry», nos movemos. Sonrío ladina al escuchar a J. Balvin, ahora sí que va a sufrir. Me muevo como una *stripper*, rozando mi cuerpo con el suyo, pero manteniendo mi ropa en su sitio, no es plan dar le espectáculo. Me pego a él y me restriego con ganas. Un bulto aparece en sus pantalones y sonrío al recordar nuestro primer baile. Sin dejar de moverme, me giro y pego mis labios a los suyos. Dejándome llevar, rodeo su cuello con mis brazos y esta vez es él quien interrumpe el beso, se acerca a mi oído y susurra:

—¿Quieres que repitamos lo que sigue también?

Los dos reímos y yo niego, me acerco a su oído para que me escuche, la música está muy alta y es complicado comunicarse.

—Hasta que estemos casados no vas a volver a tocarme... La veda sigue cerrada.

—Joder, no puedes calentarme así y dejarme con las ganas.

Se pega a mi cuerpo con descaro y roza su erección contra mi vientre. Le sonrío traviesa y muerdo el lóbulo de su oreja antes de rematar la faena.

—Creo recordar que se te dan bien las manualidades.

Estallamos en carcajadas y, agarrados de la mano, regresamos con nuestros amigos. Lo que resta de noche la pasamos todos juntos, disfrutando y celebrando que nuestra vida por fin se ha encaminado y ya no se ven nubes de tormenta en el horizonte.

Una semana después...

—Apúrate, Almudena, que vas a llegar tarde a tu boda. Mira la hora que es y tú sin vestir.

La voz de Alba me hace sonreír. Falta más de media hora para la boda y están todos nerviosos, menos yo. Vicky está ayudando al novio, Alex le ha pedido ayuda con él porque no sabe cómo hacer para tranquilizarlo. Fran está mirándome desde la puerta con gesto de hermano mayor, complacido por ver a otra de sus «niñas» casarse.

Resignada, obedezco a las súplicas de Alba y me pongo mi vestido, dejo que me coloquen las capas de tela en su lugar y me miro al espejo. ¡¡Parezco

un copo de nieve gigante!! Resoplo y salgo de mi cuarto hacia donde está Aurora, ella es la encargada de colocar el adorno de mi peinado, una peineta que ha pertenecido a su familia por años, y que tuvo que ir a buscar a Valencia. Me sentí honrada cuando me dijo que quería que yo la usara.

Me agacho delante de Aurora y espero a que coloque la preciada joya. Ya preparada, me agarro del brazo de mi padrino, Fran, y salimos del piso, camino a la capilla en la que se oficiará la boda. Allí nos esperan ya el novio y los demás invitados. Hemos invitado solo a los más cercanos, ninguno de los dos quería una boda multitudinaria. Las únicas que me ha pesado que no hayan podido venir son las hermanas de Vicky, ellas son importantes para Álvaro y, además, muy buenas amigas mías... Una pena, ha sido todo planeado con muy poco tiempo y les ha sido imposible venir.

Llegamos a la capilla y todo está listo. Con ayuda de Fran salgo del coche y me fijo en lo que nos rodea. Clara me espera de la mano de su abuela, está preciosa con su vestido, a su lado hay un niño... ¡Es Santi!

—Han venido...

—¿Qué dices, Almu?

—Que han venido, ¡¡las hermanas de Vicky han venido a la boda!!

—Sí, esa es una sorpresa de tu futuro marido.

Sonriendo más que antes, camino del brazo de Fran hacia la entrada, ahí me detengo y empiezan a caminar los niños, con los anillos y las arras van abriendo paso a la novia, o sea, yo. Nerviosa por saber qué más me tiene preparado mi futuro marido, empiezo a caminar. De forma ansiosa, alzo la mirada y busco a Álvaro entre los presentes, lo veo repasar mi cuerpo con ojos golosos y suspiro. Lo he tenido a pan y agua desde que hemos vuelto y el pobre ya no aguanta más. Llego hasta donde él me espera y, para mi sorpresa, a su lado está Vicky. Ha elegido a mi amiga como su madrina y nada podría complacerme más. Ante la atónita mirada del cura, beso a mi casi marido en los labios y sujeto su mano.

A partir de ahí no sé lo que sucede.

Ahora estoy en el exterior de la capilla siendo asediada por miles de legumbres y pétalos de rosa. Mis amigos están aquí, los amigos de Álvaro están aquí y, entre todos, formamos una pequeña gran familia feliz. No somos más de cincuenta personas, pero estamos los mejores.

La recepción de la boda se celebra en un hotel cercano, el mismo donde hemos reservado habitación para esta noche. Aurora cuidará de los niños hoy, y mañana pasaremos a buscarlos. Cuando el coche estaciona en la entrada del hotel, mi ansioso marido atrapa mi mano y me arrastra a la habitación. Ya sabía yo que con él las cosas no iban a ser de la forma tradicional.

Riéndome, lo sigo por los pasillos y me dejo arrastrar por la pasión del momento. Al entrar en nuestro cuarto, Álvaro me aplasta contra la puerta, se baja los pantalones, eleva la falda de mi vestido y sin preliminares se adentra en mi cuerpo de una embestida brutal. Los dos saboreamos el momento, tras meses de estar separados, por fin nuestros cuerpos se funden. Por fin volvemos a ser solo uno. Nos besamos y, en pocos minutos, llegamos juntos a un clímax que nos sabe a poco. Nos arreglamos la ropa lo mejor que podemos y, con unas sonrisas que delatan lo que acabamos de hacer, caminamos hacia el comedor, donde nuestros amigos nos esperan para que dé comienzo la fiesta.

Epílogo

Desde la mesa presidencial, con la mano de Álvaro sujetando la mía, miro a mis amigos. Alex y Vicky están felices, Clara lleva unos meses pidiendo un hermanito, dice que si el tío puede pedir dos a la cigüeña, ella quiere un hermanito para ser dos en casa. Me río de las ocurrencias de la niña y siento la mirada curiosa de Álvaro.

—No pasa nada, estaba recordando la forma en que Clara pidió a Alex un hermanito.

Ahora somos los dos los que nos reímos. Sigo mirando a los que me rodean y pensando que la vida nos ha sonreído a todos. En una mesa veo a Silvia con Carlos, ese par siempre están haciéndose arrumacos, da igual quién esté presente, a ellos les gusta demostrarse su amor, y a mí me encanta verlos. Sus hijos son prueba más que clara de que son un matrimonio bien avenido.

Paula está sentada al lado de Fran, están hablando de algo que parece muy entretenido con Miguel. Los tres parecen entenderse muy bien. Paula es la única de las hermanas Salinas que continúa soltera y no sé si es por elección propia o porque el amor aún no ha tocado a su puerta. Ojalá y pronto nos dé una sorpresa. Mi amigo, mi padrino de bodas, Fran, está feliz con su pareja. No me extrañaría que un día de estos nos sorprendan con que se casan. Dicen que una boda siempre lleva a otra y, esa, es la más factible.

Mi mirada se posa en Alba y suspiro. Hoy tiene a sus dos amores aquí. Por un lado está Lucas, el chico que la apoyó cuando ella más lo necesitaba. El que fue su amigo, su confidente y, finalmente, su amante. Por otro, está David, su amor de juventud y un tipo famoso que se cree por encima de los demás solo por salir en la prensa y cobrar mucho dinero. Hizo mucho daño a mi amiga y por ello soy incapaz de verlo como el buen tipo que Álvaro dice que es. Por mi cabeza nunca pasó que Álvaro invitaría a David a la boda, de haberlo sospechado, le habría pedido que no lo hiciese. Ahora es tarde para lamentarse, mi amiga tendrá que tomar una decisión y espero que sea la acertada.

Es la hora del baile. Álvaro me tiende la mano, la agarro con firmeza y juntos vamos al centro de la pista. Los acordes de nuestra canción empiezan a

sonar. Emocionada porque la ha recordado, coloco mi mano en su hombro y con la otra afianzo mi agarre sobre su mano. Juntos nos deslizamos por la pista al ritmo de Natalia Jiménez y su canción «Tú y Yo».

Pegada a su cuerpo, susurro la canción que tanto significa para mí. El resto del mundo deja de existir y solo estamos los dos. Su mirada está clavada en la mía y sus labios están a un suspiro de rozar los míos. Nos mantenemos así, cerca, pero sin acortar la distancia que nos separa. De pronto todos nuestros amigos se acercan a nosotros y empiezan a echarnos confeti y pétalos de flores. Emocionada como estoy, me cuesta aguantar las lágrimas, yo antes no lloraba nunca y ahora parezco un grifo abierto todo el día.

Suspiro y, cuando la canción acaba, beso a mi marido, sí..., mi marido. ¡Qué bien suena! Lo beso con ternura, con dulzura y lentamente. Poco a poco, nuestro beso se va volviendo más intenso y los silbidos de los invitados nos recuerdan dónde estamos. Parados en medio de la pista, pegados el uno al otro, abrazados y con su frente apoyada en la mía, acabo declarando a los cuatro vientos que estoy enamorada.

—Te quiero, Dios... ¡Te quiero!

Álvaro me coge en brazos y, mientras yo grito que le quiero, él me da vueltas y más vueltas. Parecemos dos locos enamorados, pero es que eso es precisamente lo que somos. Un par de locos enamorados.

Sobre la autora

Cristin Ferro nació en Gomariz, una localidad de Ourense, el 23 de Julio de 1986.

Desde pequeña ha sido una lectora empedernida, devorando todos los libros que cayeran en sus manos. A medida que pasaron los años, fue decantándose por la romántica sin descuidar los demás géneros. De niña escribía pequeñas cosas, relatos o poemas que con los años se perdieron. Colaborando con una amiga crearon un blog donde realizan reseñas de todo tipo, y con el apoyo de la misma, empezó a escribir de nuevo, dejando así salir lo que llevaba dentro. Publicó por primera vez su novela: *Las vueltas que da la vida* (2016), bajo el sello digital Bookit de Lxl Editorial, y ahora, repite de nuevo con *Los líos de Almudena*.

